
EL ESCÁNDALO
del Bebé
DEL CEO
AVA GRAY

EL ESCÁNDALO DEL BEBÉ DEL CEO

AVA GRAY

Copyright © 2025 por Ava Gray

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR AVA GRAY

El Bratva Valkov Serie

Robada por la Bratva || Cautiva por la Bratva

Los Millonarios Machos Alfa Serie

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado || Cautivada por el Mayor || El secreto del jefe: un bebé || El Escándalo del Bebé del CEO

La Mafia Multimillonaria Serie

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia || Encantada por la Mafia

Amor en Vacaciones Serie

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara

Relaciones Festivas de Medianoche Serie

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

Corazones de Harén Serie

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño

ÍNDICE

Blurb

1. Emily
2. Daniel
3. Emily
4. Daniel
5. Emily
6. Daniel
7. Emily
8. Daniel
9. Emily
10. Daniel
11. Emily
12. Daniel
13. Emily
14. Daniel
15. Emily
16. Daniel
17. Emily
18. Daniel
19. Emily
20. Daniel
21. Emily
22. Daniel
23. Emily
24. Daniel
25. Emily
26. Daniel
27. Emily
28. Daniel
29. Emily
30. Daniel
31. Emily
32. Daniel
33. Epílogo

BLURB

—¿Estás embarazada de mis gemelos? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

¿Cómo he acabado aquí?

1. Atrapada en la **oficina de mi jefe**
2. Sus besos aún *ardiendo* en mis labios
3. **Dos secretos** creciendo dentro de mí
4. Y nuestras familias preparadas para la *guerra*

Un romance de oficina prohibido.
Dos latidos que no puedo explicar.
Tres meses para esconder la verdad.
Cero maneras de que esto acabe bien.
Soy el **rey** de la sala de juntas.
Ella es la asistente que me puso de *rodillas*.
Un solo roce de su dulzura,
Y *rompí* todas mis reglas.
Dicen que está *por debajo* de mi nivel.
Demasiado joven. Demasiado inocente. Demasiado pobre.
Pero ellos no saben lo que yo sé:
Lleva el **futuro** de mi imperio.
Un sabor de fruta *prohibida*,

Dos corazones latiendo dentro de ella,
Y un amor que *desafía* todas las normas.
Este escándalo acaba de convertirse en mi mayor **victoria**.
Pero alguien quiere **destruirnos**...
Y se acerca *velozmente*.
La pregunta no es *si* caeremos...
Es **quién mueve los hilos**.

Nota de la autora: El escándalo del bebé del CEO es un ardiente romance de oficina prohibido que presenta una relación con diferencia de edad, gemelos sorpresa y un final feliz. Contiene temas y escenas maduras que harán que tu kindle se derrita.

1

EMILY

Sabía que aceptar el trabajo como asistente en un bufete de abogados no era el mejor uso de mi título en dirección de empresas, pero el sueldo era decente y no había recibido ninguna otra llamada. Me quedé cerca de la recepción del prestigioso bufete y esperé a que mi jefa me recibiera. La entrevista había ido bien. Le gustó mi currículum y el hecho de que pudiera escribir más de cincuenta palabras por minuto. Así que, ahí estaba, lista para mi primer día.

Olivia salió de la oficina con un expediente en la mano, mirándolo fijamente. Llevaba un traje Casper, rojo con una blusa de seda color crema debajo. Dejaba en ridículo mis pantalones negros y mi camisa blanca, pero no había tenido tiempo ni dinero para comprarme un nuevo vestuario. Supe que todos en este lugar vestirían mejor que yo en cuanto vi a la recepcionista con su bolso de Prada.

—Señorita Carter, me alegro de volver a verla —ofrecí mi mano, pero cuando levantó la vista del expediente que tenía en la mano, apenas reconoció mi presencia. Me quedé pacientemente de pie, retirando mi mano extendida, y agarré mi bolso frente a mí. Puede que mi personalidad amable y sencilla no encajara entre abogados poderosos, pero eso no significaba que no fuese a ser educada.

—Sígueme —dijo secamente. Sin levantar la mirada, se dio la vuelta y regresó a la oficina. Miré a la recepcionista, que estaba ocupada escribiendo en su ordenador y mascando chicle.

Era un saludo extraño para el primer día de trabajo, pero no sabía qué esperar. La vida en el condado de Monroe era muy diferente a la de Chicago. Todo el mundo se conocía, y por eso me fui. Bueno, una de las razones. Tenía muchas, incluyendo unos padres sobreprotectores y sed de ver mundo. Chicago significaba un nuevo comienzo y el inicio de una gran aventura. Además, mi mejor amiga, Charlotte, vivía aquí, lo que lo hacía aún más atractivo.

Pasamos por delante de oficinas con placas en las puertas que indicaban a quién pertenecían. La mayoría tenían ventanas, pero las persianas estaban cerradas. Cuando llegamos a la oficina de Olivia, empujó la puerta, con el expediente que tenía en la mano finalmente bajo el brazo. Entró con aire altivo y dejó caer el expediente sobre su escritorio. Un pequeño escritorio estaba situado fuera de la puerta con un vaso de lápices y un teléfono. Lo miré de reojo mientras la seguía al interior.

—Así que, llegas cuatro minutos tarde el primer día. No es una gran impresión. Lo pasaré por alto porque el tráfico es un infierno en esta ciudad a esta hora del día. No dejes que vuelva a ocurrir. — Tenía su pelo rubio recogido en un moño tan tirante que sus ojos se estrechaban en finas rendijas, dándole un aspecto de ascendencia asiática.

—Por supuesto, mis disculpas. Solo llevo unos meses viviendo en Chicago. Todavía estoy aprendiendo cómo funciona todo.

—Bien, suficiente con las cortesías. Hoy se tratará de conocer a todos, aprender sus funciones y tu posición para ayudarles. Quiero llevarte a conocer a los directores y ejecutivos, pero primero debes entender que yo soy tu jefa. Me asistirás principalmente a mí, aunque habrá días en los que se te necesite en otros lugares. — Tamborileó con sus largos dedos con manicura en la esquina de su escritorio y me miró como si necesitara una respuesta. No tenía ni idea de qué decirle.

—Sí, señora.

—Bien, sígueme. —Salió disparada hacia el pasillo otra vez y dio unos golpecitos en el escritorio—. El bolso aquí.

Su paso era tan rápido que tuve que apresurarme para seguirla después de meter mi bolso en el cajón superior del escritorio. Me alisé la camisa y corrí tras ella.

—Esta es la oficina de Tony, y Grace está aquí —señaló puertas que estaban claramente etiquetadas como si yo no supiera leer. No me ofendí por eso. No tenía tiempo para hacerlo. Abrió la puerta al final del pasillo y se quedó en ella—. Esta es la sala de conferencias. Acostúmbrate a traer café aquí.

Asentí. Sabía que solo era una asistente y suponía que mi papel no sería glamuroso, pero había esperado algo más que llevar café y hacer copias de archivos. Pasó rápidamente junto a mí y volvió por el pasillo, así que me apresuré, tomando nota mental de cada puerta de oficina y del nombre que figuraba en ella. La mayoría no tenía ningún título junto al nombre, pero algunos sí. Grace era socia junior, bueno saberlo. Tony no tenía etiqueta. Michael Blake y Benjamin Jameson tenían ambos «*Socio Sr.*» grabado en sus placas. Tenía muchos nombres que memorizar.

Olivia me condujo más allá de la recepción y por un pasillo más corto en dirección opuesta. Pasamos por otra sala que tenía una gran mesa, quizás una sala de juntas. Luego nos acercamos a una oficina con una brillante placa dorada.

—Aquí está la oficina de nuestro socio principal y CEO del bufete, Daniel Jacobs. —Llamó suavemente y esperó—. Al señor Jacobs no le gusta que le molesten, así que nunca entres en su despacho sin que te lo pidan. Además, sé muy directa con él, nada de juegos o vaguedades. Es probable que acabes ayudando a cada uno de los socios en algún momento, pero como jefe de la empresa, Jacobs va primero. Cualquier cosa que te pida, la haces. ¿Entendido?

Abrí la boca para responder cuando oí una voz que llamaba desde el otro lado de la puerta. Su charla motivadora era intimidante. Todo el mundo en Chicago conocía el nombre del bufete, y la cara de Jacobs estaba plasmada en vallas publicitarias y autobuses urbanos. Pensaba que trabajaría con asistentes legales y secretarias. No tenía ni idea de que se me exigiría asistir a los

socios, lo que hizo que mi estómago diera un vuelco cuando la seguí a la habitación y vi al mismísimo hombre sentado tras su escritorio.

—Señor, esto es... —Se giró y chasqueó los dedos como si hubiera olvidado mi nombre, así que se lo suministré.

—Emily Kline, señor —di un paso adelante y extendí mi mano nuevamente, pero esta vez, fue recibida—. Encantada de conocerle.

Su mano era suave pero fuerte. Olivia continuó presentándome basándose en mis méritos, que no eran muchos, pero el Sr. Jacobs nunca rompió el contacto visual. Había cierta travesura en su mirada que despertó mi interés. Era impactante, pelo oscuro, ojos oscuros. Para ser un hombre casi quince años mayor que yo, lo encontraba muy atractivo. No estaba segura si era yo quien seguía sujetando su mano, o si él simplemente no la había soltado aún.

—Así que, por ahora, trabajará exclusivamente conmigo, pero la pondré a su disposición cuando necesite hacer copias o si Jill no está —concluyó Olivia su presentación, y yo di un paso atrás. Mis dedos hormigueaban donde él los había tocado. Me miró fijamente por un momento como si fuera un trozo de carne, pero un tipo tan guapo... no me importaba.

—Bienvenida a Jacobs, Blake, Jameson y González, Srta. Kline —el Sr. Jacobs se puso de pie, apartando su silla—. Espero que Olivia la haya tratado con amabilidad.

Me sentía sumamente consciente de que el botón superior de mi blusa estaba abierto. Había dudado si abrocharlo o dejarlo abierto antes de salir de casa. En el condado de Monroe, habría sido el tema de conversación del pueblo. La Sra. Grubel seguramente me habría llamado la fulana del pueblo, pero aquí en la ciudad, noté que la mayoría de las mujeres no temían mostrar un poco de escote. Olivia no le prestaba atención, y podía ver por qué. La mitad de su pecho quedaba expuesto bajo su blusa de seda.

—Sí, ha sido muy amable —mentí. No había sido amable, ni desagradable, simplemente cortante. Junté las manos frente a mí y tragué saliva. Definitivamente estaba mirando mis pechos. Mis mejillas ardían porque me gustaba la idea de que se sintiera atraído por mí.

—Bueno, si no tiene nada para mí, le mostraré a Emily el resto de la oficina —Olivia cruzó los brazos sobre su pecho y golpeó el suelo con el pie.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas, Olivia. Puedes retirarte.

Sus ojos pasaron del Sr. Jacobs a mí, y frunció los labios, pero hizo lo que se le ordenó y se marchó, cerrando la puerta tras ella.

Si mis nervios ya estaban alterados solo por conocer al hombre, ahora estaban destrozados al estar a solas con él. Sus ojos azul cristalino tenían un anillo oscuro de color cerúleo alrededor, y se clavaron en mí nuevamente. Mi pecho se agitó. Ningún hombre tan guapo se había fijado en mí antes, y el hecho de que no solo fuera un poderoso abogado, sino el jefe de mi jefa, hacía que mis entrañas se derritieran.

—¿Señor?

—Siéntese.

Tragué saliva con dificultad y obedecí, agradecida de haber usado zapatos sensatos y no tacones de siete centímetros como Olivia. Me habría caído de bruces y habría hecho el ridículo, y este hombre nunca me habría mirado dos veces. No estaba segura de si debía sentirme halagada por la forma en que me observaba o intimidada por ello. No tenía intención de permanecer como asistente en ningún lugar durante mucho tiempo. Mi título debería haberle comunicado eso a cualquiera que mirara mi currículum.

El Sr. Jacobs se sentó y se alisó la corbata. —Emily, ¿puedo llamarte así?

—Sí, por favor —asentí, mordiéndome la lengua. Sonaba como una idiota.

—Emily, revisé tu currículum —mi pecho se tensó mientras él hablaba—. Dice que tienes un máster en gestión empresarial de la UC Berkeley. ¿Hiciste todo eso durante la pandemia? Increíble. ¿Por qué quieres ser una simple asistente? —Se reclinó en su asiento y me estudió mientras yo ordenaba mis pensamientos.

—Bueno, señor, no quiero serlo. Puede que no pueda utilizar mi formación aquí, pero no planeo ser asistente toda la vida. Me mudé a Chicago donde hay más oportunidades, y acepté este puesto

porque paga bien. Podré mantenerme. Pero es solo un trampolín hacia mi futuro. Quiero una carrera, no un simple trabajo.

Asintió con aprecio, y el brillo en sus ojos solo se intensificó. —Un plan tan sabio... —Sus ojos se deslizaron nuevamente por mi pecho, y aparté la mirada nerviosamente, sin detener la sonrisa que se extendía por mi rostro—. Creo que es fantástico que sepas adónde vas y estés dando pasos para llegar allí. —Se puso de pie otra vez, esta vez extendiéndome la mano. Me levanté con él y tomé su mano, que esta vez fue mucho más suave.

—Emily, si necesitas algo —se inclinó más cerca, y su voz se espesó hasta adquirir un tono sensual—, y me refiero a cualquier cosa, acude a mí. Yo lo haré posible.

Me mordí el labio y batí las pestañas. En este momento, necesitaba que soltara mi mano porque estaba sintiendo cosas que ninguna asistente debería sentir jamás por su jefe, y podía ver el hambre en sus ojos.

—Eh, gracias, Sr. Jacobs.

—Deberías llamarme Daniel. —Mis dedos hormiguearon nuevamente mientras llevaba mi mano a sus labios y la besaba—. Es como me llaman mis amigos.

Mi corazón casi se detiene. Pensé que mojaría mis bragas allí mismo. Mi conciencia me decía que un jefe no debería comportarse así con una empleada, pero maldita sea si la atención no era agradable. Mi hermana Evelyn conseguía todos los chicos que se cruzaban en su camino. Yo, sin embargo, había sido la hija poco agraciada: nunca salí con nadie, nunca un chico me invitó a un baile. La única vez que tuve un lío fue en una fiesta universitaria cuando Evelyn me obligó a ir con ella, y tuve una aventura de una noche con un chico de una fraternidad de la que más tarde me arrepentí terriblemente. Así que este hombre, con su cabello ondulado y suave, y ojos que penetraban en mi alma... bueno, podía obsesionarse conmigo si quería.

Me gustaba.

2

DANIEL

Tardé exactamente veinte segundos en empezar a excitarme cuando Olivia trajo a la nueva asistente a mi despacho. Tenía una inocencia que me resultaba intrigante, y su currículum presumía de credenciales que muchas mujeres de su edad no tenían. Ya había tenido la oportunidad de revisar sus cualificaciones y su foto, y pensaba que era impresionante, pero cuando entró quedé completamente cautivado. Ella tampoco pareció molestarse por mi mirada indiscreta.

Llevaba cuatro días con nosotros, pero no la había visto más de cinco minutos. Olivia la mantenía ocupada, y yo estaba desbordado de trabajo. Así que fue una agradable sorpresa cuando Olivia la envió a mi despacho para entregarme los informes que necesitaba para la reunión de socios de esta tarde. Era tímida, llamando tan suavemente que casi no la oí. Y cuando le hice un gesto para que entrara, se quedó revoloteando cerca de la puerta.

—Señor Jacobs, le traigo los archivos de la señorita Carter.

—Por favor, ya te dije que me llames Daniel —me levanté, haciéndole un gesto con la mano para que entrara. Dejó la puerta abierta, para mi disgusto, pero probablemente era mejor así. Era embriagadora, y me sentiría tentado a decir cosas inapropiadas.

—Lo siento, eh, Daniel. Tengo los informes que la señorita Carter le envía —me los entregó y dio un paso atrás, jugueteando con sus uñas. Yo sabía que era un hombre intimidante. Todos se encogían bajo mi sombra a pesar de mi personalidad abierta. Los hojeé para asegurarme de que estuvieran en orden y asentí con aprobación.

—Sí, esto servirá. Gracias, Emily —sonrió suavemente, y vi que un rubor se formaba en sus mejillas—. Tenemos una reunión importante para los socios, y he pedido algo de catering para asegurarme de que todos coman bien. Necesito que alguien baje a recogerlo. Te daré la tarjeta de crédito de la empresa. Puedes coger mi coche. Mi chófer se llama Paul. Él te llevará donde necesites ir, así que no te preocupes por las direcciones y demás. ¿Crees que podrás encargarte?

Parecía confundida y miró hacia la puerta, fuera de la cual Jill estaba sentada, tecleando en su ordenador. —¿Qué hay de su secretaria? —Su inocencia era realmente refrescante. Olivia y Grace nunca me habrían cuestionado. Jill nunca hablaba más de lo necesario, y aquí estaba esta belleza rubia, afrontando el desafío. Sonreí ante su osadía.

—Jill tiene una hija en el equipo de natación del colegio y tienen competición esta tarde, así que no puede recogerlo por mí. Eso te deja a ti. A menos que tengas otros planes.

Su cabeza giró bruscamente para mirarme, y negó con la cabeza. —No, señor. No tengo otros planes. Estoy a su servicio.

—Bien. Entonces, te enviaré un correo electrónico con los detalles —metí la mano en mi bolsillo y saqué mi tarjeta de crédito de la empresa. Era una buena prueba de su integridad. La tarjeta no tenía límite, y ni siquiera se la había ofrecido a Olivia, y menos aún a una asistente—. Toma —le ofrecí la tarjeta, y dudó en cogerla, pero insistí—. Tendrás que pagarlo. Guarda un recibo para Barbra. Me dará la lata con los gastos si no le doy uno. Y...

—Entendido —sonrió y me guiñó un ojo—. Mi madre era igual. Te cuidaré bien.

No tenía ni idea de lo que ese guiño y esa sonrisa me hacían, ni probablemente de lo hermosa que era en realidad. Era modesta, y eso me gustaba. —Gracias —me senté de nuevo y empecé a revisar

los archivos, y ella se dio la vuelta para marcharse, y levanté la mirada para observar cómo su trasero se balanceaba con cada paso. Llevaba una falda de tubo hoy, un poco más elegante que los pantalones que le había visto llevar a principios de semana. El material oscuro abrazaba sus muslos y mostraba sus pantorrillas musculosas.

—¡Ah!, y Emily —la llamé, sin querer nada más que ver su impresionante sonrisa de nuevo.

—¿Sí, señor?

—Cuando llegues con la comida, tráela directamente a la sala de conferencias. No hace falta que llames.

Ahí estaba, la sonrisa del siglo. —Por supuesto, señor.

—Daniel —corregí.

—Daniel —dijo ella, sonrojándose.

Mi polla estaba fuera de control. Cuando me senté, fue porque me sentí hinchándome de nuevo, ya que normalmente me mantenía de pie como cuestión de principios. Cuando una dama estaba de pie, los hombres de la habitación también deberían estarlo. Era una cuestión de respeto. Pero maldita sea, mi cuerpo me traicionaba. Sabía que tenía que controlar esto. No quería que Emily pensara que estaba coqueteando con ella como su jefe, sino simplemente como un hombre que la encontraba muy atractiva.

Intenté concentrarme en el trabajo durante todo el día, pero fue una lucha. Mientras estaba sentado en la sala de conferencias frente a Michael y Grace, la anticipación crecía en mi interior. Solo estábamos charlando, esperando que Emily trajera nuestro almuerzo tardío y que Ben apareciera, pero estaba tan tenso como si estuviera en una reunión de poder con uno de nuestros clientes más importantes. La forma en que me hacía esperar era una tortura.

Sonó un golpe en la puerta y Emily entró. Me levanté inmediatamente y le hice un gesto para que se acercara. —Adelante, adelante. Te dije que no hacía falta que llamaras.

Se sonrojó y malabareó con las bolsas de comida para llevar. —Lo siento, iban un poco retrasados. Paul se quedó atascado en el tráfico. Ha sido horrible —dejó las bolsas y comenzó a abrirlas. Sus dedos temblaban nerviosamente, y no podía decidir si era porque

había interrumpido la reunión de todos los socios o si se sentía alterada.

—Deja que te ayude —Grace acercó una de las bolsas hacia sí misma y la abrió, y las mejillas de Emily se tornaron rosadas.

Se apartó mientras Grace colocaba la comida, y yo inicié una conversación para mantenerla en la habitación un poco más. —Emily, ¿cómo ha sido tu primera semana hasta ahora? ¿Te mantiene ocupada Olivia? —Nunca prestaba atención a otros miembros del personal. Normalmente dejaba eso a nuestros asistentes legales o a Recursos Humanos. Michael me dirigió una expresión extraña, pero lo ignoré.

—Hasta ahora, todo bien. He estado archivando documentos, principalmente, haciendo recados para traer café, y ayer recogí la tintorería de Michael. —Sus ojos se dirigieron nerviosamente hacia mi socio y luego volvieron a sus manos.

—Excelente, espero que te estés adaptando bien.

Ella levantó la mirada para encontrarse con la mía, y no pude evitar notar cómo le brillaban los ojos. Belleza no era suficiente para describirla. Era elegancia y clase mezcladas con un encanto hogareño que cualquier hombre adoraría. La miré un poco demasiado tiempo, observando cómo una mejilla tenía un hoyuelo mientras que la otra no.

—Eso es todo, señorita Kline. —Michael la despidió, y ella inclinó el hombro antes de disculparse.

Observé nuevamente mientras caminaba hacia la puerta, sus caderas balanceándose con cada paso. Era como si intentara deliberadamente captar mi atención, cada paso desafiándome a mantener mi mirada fija en su respingón trasero. Echó un vistazo por encima del hombro al llegar a la puerta y me pilló mirándola. Podría jurar que me guiñó un ojo. Y mucho después de que se hubiera marchado, seguí mirando fijamente la puerta, a pesar de haberme sentado para disfrutar de mi comida.

—Pareces estar prendado de la nueva asistente. —El comentario de Michael me pareció un poco directo. Normalmente no nos metíamos en la vida personal del otro. Yo no había comentado sobre

sus relaciones, ni siquiera cuando su esposa se divorció de él por haberla engañado con una abogada de la fiscalía.

—Sí, bueno, es bastante impresionante. ¿No crees? —Quité la tapa de plástico de mi pavo asado con verduras y cogí mi tenedor.

Grace negó con la cabeza, arqueando las cejas mientras lo hacía. Era la madre gallina del lugar, siempre asegurándose de que tanto el personal como los socios mantuvieran la compostura. Masticó su comida en silencio, aunque tenía la fuerte sospecha de que si no hubiera tenido la boca llena de comida en ese momento, también habría hecho algún comentario.

—Es una empleada, Daniel. Son malas noticias. —Michael abrió una lata de refresco que sacó de una de las bolsas de papel marrón y dio un sorbo—. Es una demanda esperando a suceder. Las mujeres ya no se andan con rodeos.

Bufé mientras daba un bocado al pavo. Los sabores se derritieron en mi lengua, casi tan deliciosamente como estaba seguro que Emily lo haría si pudiera probarla. Michael tenía razón. El mundo se volvió loco con el último movimiento "me too", y el clima en el lugar de trabajo cambió drásticamente. Había tenido que traer a un experto para una formación sobre sensibilidad para asegurar que todos supieran qué constituía acoso sexual. Pero esto no era eso. Nunca impondría mi autoridad a ningún empleado de esa manera. Si a Emily no le gustaran mis avances, me controlaría.

Pero la mirada que me había dado cuando salió por la puerta no había sido una mirada de intimidación. Le gustaba cómo le prestaba especial atención. Después de tragar mi bocado de comida, dije: —Bueno, no creo que tengas que preocuparte por eso porque sé cómo controlarme.

—Es simplemente una mala imagen, Dan. —Grace había adquirido la incómoda costumbre de llamarme por ese apodo, y me molestaba—. Imagina que los medios se enteran de que el CEO está saliendo con su asistente. Ni siquiera es tu asistente, es la de Olivia. Incluso si ella no gritara al lobo, la prensa lo insinuaría. O peor, destruiría la reputación de la chica presentándola como la buscona que se acuesta para ascender.

—Ningún medio respetable haría eso. —Me limpié la boca y continué—. De todos modos, tendrían que tener alguna razón para venir a por mí. Mantengo mi expediente limpio. Los tabloides pueden irse a paseo. Todo el mundo sabe que solo publican tonterías inútiles, y si publicaran una historia así, les demandaría por difamación.

La puerta se abrió y Ben entró, seguido por Olivia. Estaban enfrascados en una conversación sobre sus planes para el fin de semana, y me alegré por la distracción. Me importaba lo que mis socios pensaran sobre con quién salía. Emily era la primera mujer que se cruzaba en mi camino que marcaba todas las casillas de mi lista: inteligente, decidida, preciosa, disponible y, lo mejor de todo, humilde. Sería un idiota si no intentara al menos conocerla mejor.

—Ah, habéis pedido comida. Genial, estoy hambriento. —Ben se sentó frente a mí y acercó hacia sí un plato de comida. Aproveché la oportunidad para cambiar de tema y poner en marcha la reunión.

—Olivia, cuando terminemos de comer, quiero que inicies el debate repasando los informes que me enviaste antes. Tenemos mucho trabajo por delante en este caso. —Di otro bocado al pavo, y Olivia empezó a exponer sus opiniones sobre el importante caso empresarial en el que estábamos trabajando, pero mi mente solo podía centrarse en una cosa.

Emily Kline era una joya rara que había entrado en mi vida en un momento en que yo tenía justo el tiempo libre suficiente para entretenerme con la idea de probar suerte con ella. Las cosas en el bufete iban bien, al igual que la vida fuera de él. Si era la mitad de perfecta de lo que yo creía, quería que fuera parte fija de mi vida. No había visto un anillo en su dedo, aunque podría estar saliendo con alguien. Aun así, me guiaba por las sabias palabras que me dijo mi entrenador de baloncesto en la universidad: "Salir no es estar casado". Era su forma torpe de decir que si alguien no está casado, sigue disponible.

Eso ponía a Emily directamente en mi radar. Y yo nunca fallo a mis objetivos.

3

EMILY

Malabareaba con las dos bolsas de comida para llevar en mis manos. Por segundo día consecutivo, el Sr. Jacobs había pedido que trajeran comida. Al menos esta vez no me pidió que saliera a buscarla. El repartidor de DoorDash la trajo directamente al edificio, aunque se negó a subirla hasta las oficinas. Así que bajé en el ascensor para recogerla y volví a subir a nuestra planta con el aroma de comida mexicana inundando mis fosas nasales. Mi estómago rugió durante todo el trayecto. Todavía me quedaban cuarenta minutos hasta poder almorzar, y estaba muerta de hambre.

Con las manos ocupadas, era difícil llamar a la puerta del despacho de Daniel, así que me alegró ver que la había dejado entreabierta. Al acercarme, pude verle reclinado en su silla hablando con alguien por teléfono. Esperé allí, sin escuchar a escondidas, hasta que terminó, y cuando colgó, empujé suavemente la puerta para abrirla.

—Disculpe, Sr. Jacobs, la puerta estaba abierta. Le traigo su almuerzo —me sentí incómoda al entrar así, especialmente después de que Olivia me dijera que nunca entrara en su despacho sin ser invitada. Él me miró y me hizo un gesto para que me acercara mientras escribía algo en su ordenador. Parecía estar concentrado,

así que dejé las bolsas en una esquina de su escritorio y me apresuré hacia la puerta, sin querer interrumpirle. Tenía la mano en el pomo cuando me llamó.

—Emily, por favor, quédese.

Me quedé paralizada, sintiendo como si hubiera hecho algo mal. Era solo mi quinto día en el trabajo, y solo quería hacerlo bien para todos, pero había cometido un terrible error al no llamar.

—Y cierre la puerta, por favor.

Tragué saliva mientras cerraba la puerta silenciosamente y me giraba para enfrentarle. La reprimenda estaba justificada. Sabía que no había seguido las instrucciones, pero tenía las manos ocupadas y la puerta estaba abierta, así que no pensé que sería un problema entrar, dejar la comida y salir. Me quedé junto a la puerta mientras él terminaba lo que estaba haciendo y me preparé para una explosión de ira o, como mínimo, una reprimenda.

Apartó algunos archivos de su escritorio y acercó las bolsas de comida hacia sí. —Venga, siéntese —ordenó mientras abría la primera bolsa.

Confundida, me dirigí vacilante a las sillas situadas frente a su escritorio y me senté. Desempaquetó los platos, recipientes de aluminio con tapas de papel. El vapor que subía de la aromática comida mientras destapaba los recipientes me hacía la boca agua.

—Eh, señor...

—Shhh —me interrumpió—. Solo estoy preparando el almuerzo.

Mi estómago rugió sonoramente. Tenía algunas cosas que terminar antes de poder salir a buscar mi propio almuerzo, y cuanto más tiempo pasara sentada viendo cómo desvelaba este verdadero festín delante de mí, torturando mis papilas gustativas, menos tiempo tendría para terminar esas tareas y conseguir mi propia comida. Sin embargo, no quería parecer impaciente, y Olivia me había dicho lo severo que era el Sr. Jacobs, así que crucé las manos en mi regazo e intenté no molestarme por los deliciosos aromas que llegaban hasta mí.

—¿Chorizo o pollo? —preguntó, mirándome.

—Eh, no estoy segura de entender lo que me pregunta.

—He pedido suficiente para dos. ¿Le gustaría chorizo o pollo? —Inclinó los platos hacia mí para que pudiera ver lo apetitosos que se veían. Pude distinguir inmediatamente cuál era el de pollo, bañado en queso y pico de gallo, con una porción de nata agria y guacamole sobre la ensalada junto a la carne.

—Estoy confundida —me preguntaba si era normal que el socio principal y director general de la empresa invitara a comer a los nuevos empleados, o si quizás estaba recibiendo un trato especial. Había visto cómo me miraba, y yo no era tímida a la hora de devolverle esas miradas de atracción no tan sutiles.

—Le estoy invitando a comer conmigo. Si no le apetece comida mexicana, podemos salir y conseguir lo que usted quiera.

Me sentí halagada. —Oh, no, señor. Me encanta la comida mexicana. Creo que el pollo tiene buena pinta.

—Aquí tiene —dijo, empujando el recipiente en mi dirección. Deslizó un paquete de cubiertos a través de la mesa hacia mí y se acercó el plato de chorizo a su lado del escritorio—. Me alegro de que le guste porque la mexicana es mi favorita. La como un par de veces por semana.

Mientras alcanzaba los cubiertos de plástico, no pude evitar mirar hacia la puerta y preguntarme si alguno de los socios o miembros del personal entraría e interrumpiría. Me verían comiendo con él y se preguntarían qué estaba pasando. No quería que me pintaran como la mujer que prestaba especial atención al jefe para obtener un trato especial. Tampoco quería rechazar los avances de un hombre muy atractivo por el que sentía un verdadero interés. La confusión hizo que mi apetito disminuyera ligeramente.

—No se preocupe. Nadie entra en este despacho sin ser invitado.

—Excepto yo —murmuré, pensando que lo había dicho lo suficientemente bajo como para que no pudiera oírme, pero él se rio.

—Cierto —desenvolvió sus cubiertos y continuó—. Pero sabía que usted vendría y dejé la puerta entreabierta a propósito.

Su buen humor me tranquilizó. —¿Por qué es usted así? —Era una pregunta honesta. Había tenido jefes que eran demasiado estrictos, tipos a los que les gustaba ejercer su poder sobre los

demás para mantenerlos a raya. El Sr. Jacobs no parecía así. Al menos no conmigo.

—Manejamos mucha información confidencial y sensible. Nadie entra en mi despacho en ningún momento sin ser invitado porque en cualquier momento podría estar en una llamada o tener documentos privados a la vista.

—¿Así que dejó la puerta abierta para mí sabiendo que no estaría manejando información confidencial? —Quité el envoltorio de los cubiertos y lo desenrollé. Casi podía saborear la comida.

—Algo así —me guiñó un ojo mientras daba un bocado. Empezaba a intuir, por su lenguaje corporal y lo amable que era, que se trataba más de un almuerzo social que de un almuerzo de negocios. No me importaba. Era muy atractivo y era el primer hombre que se había fijado en mí desde que llegué a la ciudad.

—Eh, bueno, ya sabe que mi hora de almuerzo no es hasta dentro de unos cuarenta minutos —hundí el tenedor en la ensalada y recogí también un poco de nata agria.

—Tu almuerzo es cuando el jefe dice que es tu almuerzo. Déjame que yo me ocupe de Olivia —después de dar un bocado, se limpió la boca y sacó dos botellas de agua de debajo de su escritorio—. Toma, casi se me olvidan las bebidas.

—Oh, gracias —todo en este almuerzo se sentía extraño pero de alguna manera correcto. Como si estuviéramos en una primera cita conociéndonos, no frente a su escritorio durante el horario laboral.

—¿Alguna vez te han dicho lo guapa que eres? —dejó el tenedor mientras abría su botella de agua, y sentí que mis mejillas ardían.

—No, sinceramente.

—Pues lo eres. Y quiero conocerte mejor, como persona, no como tu jefe —sus ojos brillaron con picardía—. Dime, ¿por qué UC Berkeley y por qué Chicago?

—Bueno, estudié en línea durante la pandemia, y UC ofrecía todo el curso online. Y Chicago siempre me pareció el lugar ideal para estar. Cuando era pequeña, odiaba ser una chica de campo. Me gusta el bullicio y el ajetreo de la ciudad —comí un trozo de pollo y gemí por lo delicioso que estaba—. Qué bueno está.

—¡Ya te digo! —se rio y continuó con su amistoso interrogatorio —. ¿Echas de menos a tu familia?

—Solo tengo a mis padres y una hermana, que también vive en Chicago. Y echo de menos mi hogar, pero no la forma en que se vive en los pueblos pequeños. ¿Sabes? —me gustaba que se interesara por mí como persona. Me hacía sentir más cómoda almorzando con él, como si no solo buscara sexo, tal como mi madre y Evelyn me habían advertido que hacían los hombres.

—Ah, sí. Yo crecí en Springfield. No es precisamente una gran ciudad, pero tampoco un pueblo pequeño. También prefiero Chicago... —dio otro bocado y masticó, y aproveché la oportunidad para hacer una pregunta.

—¿Tienes hermanos?

—Un hermano —tosió, atragantándose con su bocado de comida —. Perdona... —bebió un sorbo de agua—. Solo somos mi hermano y yo, pero él está casado, así que tengo una cuñada.

—Qué bien. Mi hermana está casada, pero no sé mucho sobre su marido —la conversación se calmó un momento mientras comíamos. La comida estaba tan buena, y me sentía agradecida de que me hubiera invitado.

—¿Y qué hay de tus aficiones? ¿Practicas deportes? ¿Arte?

El Sr. Jacobs parecía realmente interesado en mí, y me gustaba que tuviéramos algunas cosas en común. Al crecer con solo un hermano, a veces había deseado tener una familia más grande y otras veces había deseado ser hija única. Me preguntaba si a él también le pasaba. —Eh, sí. Jugué al baloncesto en el instituto y practiqué atletismo. Me encanta leer.

—Vaya, a mí también —asintió apreciativamente mientras daba otro bocado y luego lo acompañaba con un trago—. Yo era base.

—Alero —me encogí de hombros y sonreí.

—Tendré que llevarte a jugar un uno contra uno —se inclinó sobre su plato y dio otro gran bocado. Empezaba a sentirme realmente cómoda con él. Comía como cualquier otro hombre, bocados enormes, labios manchados. Al menos tenía la decencia de no hablar con la boca llena, pero no era diferente de cualquier otro chico que había conocido. Nada intimidante.

—Así que, ¿también te gusta leer? —bebí agua y esperé mientras terminaba su bocado antes de contestar.

—Sí, me encantan los clásicos. Dostoyevski es mi favorito, pero también me gustan Dumas, Lewis, y he leído algo de Dickens.

La lista de autores que le gustaban hizo que mi corazón se derritiera. Teníamos tantas cosas en común. —¿Has leído *El conde de Montecristo*? —no quería dar otro bocado y romper el flujo de la conversación. Mi mente tenía más hambre por conocerle que mi estómago por la comida.

—Lo he leído. De hecho, es uno de mis favoritos. Me encanta lo complejas que son las subtramas —no podía dejar de admirar su sonrisa y cómo le brillaban los ojos—. No puedo creer cuánto tenemos en común. ¿Sabes? Me alegro mucho de haberte invitado a almorzar. Deberíamos hacer esto más a menudo.

—Sí, yo también lo creo —si el hombre no me hubiera resultado tan atractivo como lo hacía, esto habría cerrado el trato. Era culto pero con los pies en la tierra, honesto y valiente, y estaba interesado en mí—. Si no le importa que lo diga, señor, creo que probablemente es el hombre más atractivo que he conocido nunca.

Se rio tan fuerte que pensé que todo el piso le oiría. Cuando se calmó, dijo: —Yo también te encuentro preciosa, y creo que pasaremos mucho más tiempo juntos en el futuro, ya sabes, para ver lo bien que encajamos, si conectamos... —me lanzó una mirada seductora por encima del tenedor que estaba a punto de llevarse a la boca.

La repentina oleada de excitación que inundó mi entrepierna envió otra ráfaga de calor a mis mejillas. —Definitivamente quiero saber si encajamos bien —no estaba segura de si él había hecho el comentario con doble sentido, pero yo desde luego sí. Y estaba convencida de que quería que encajáramos.

4

DANIEL

La ventana que separaba la sala de conferencias del pasillo estaba muy escarchada a lo largo del horizonte, pero podía ver los pies de los miembros del personal que pasaban durante todo el día. Las reuniones eran agotadoras y me distraía cada vez que Emily pasaba con sus brillantes tacones rosas. Con solo pensar en ella me resultaba imposible concentrarme en el trabajo. Ni siquiera era necesario que estuviera en la reunión, pero nuestro cliente, una de las firmas de inversión más ricas de la ciudad, esperaba mi presencia. Esto me permitió fantasear todo el día sobre ella.

Cuando la reunión llegaba a su fin, me encontré preguntándome si ya habría salido a comer o si podría invitarla a acompañarme de nuevo. Sería una comida tardía, lo que significaba que probablemente ya habría comido y sería rechazado, pero quizás podría encontrar otra excusa para pasar tiempo con ella. Estreché las manos de los clientes y me excusé solo para descubrir que Emily había salido a comer con Jill. Fue una decepción, pero nada para lo que no estuviera preparado.

Bajé por el ascensor hasta la pequeña cafetería frente al edificio. Michael frecuentaba el lugar porque tenían unos sándwiches increíbles, así que supuse que estaría allí tarde o temprano. Encontré un sitio en un reservado de la esquina y esperé, pidiendo un

sándwich de queso a la plancha y patatas fritas. El sitio tenía una vista perfecta de la entrada de la oficina, así que estaba preparado para ver a Emily regresar de su almuerzo.

Se me había metido bajo la piel de una buena manera, pero tan profundamente que no podía sacudírmela. Intenté pensar en el consejo que Grace y Michael me habían dado la semana pasada sobre mantener la distancia con ella, pero una mujer tan perfecta —o aparentemente perfecta— era como encontrar un diamante en bruto. Había salido con tantas mujeres que no tenían nada en común conmigo. No quería una relación en la que yo estuviera haciendo mis cosas y ella gastándose mi dinero. Quería una relación con alguien a mi mismo nivel.

Emily y yo teníamos mucho en común. Podía vernos siendo muy felices leyendo libros y compartiendo las complejidades de las tramas o jugando al baloncesto en el club deportivo local. También podía vernos teniendo sexo increíble, porque Dios sabe que mi apetito sexual no había disminuido en absoluto en todos estos años. Necesitaba a alguna jovencita con energía para seguirme el ritmo, no a una mujer de mediana edad que no quisiera saber nada de eso. Y había muchas otras cosas que teníamos en común.

No la veía como un problema, sino más bien como un desafío que teníamos que superar... si ella quería salir conmigo tanto como yo quería salir con ella.

Antes de que me trajeran la comida, Michael entró y me vio. Hizo su pedido y cruzó el pequeño comedor para sentarse frente a mí.

—Vaya, ese tipo es intenso, ¿eh? No puedo creer que piense que no necesita asesoramiento legal para su negocio. Me alegro de que Grace sea muy buena convenciendo a la gente.

—Mira, ya he tenido suficiente charla de trabajo por hoy. Disfrutemos del almuerzo y nos ocupamos de eso cuando volvamos —asentí a la camarera mientras colocaba mi bandeja frente a mí y recogía el número que indicaba cuál era mi pedido. El sándwich se veía delicioso—. Gracias.

Ella asintió y se alejó, y yo alcancé el bote de kétchup y bañé mis patatas con él.

—Hay algo de lo que quería hablarte.

—¿Ah, sí? —preguntó Michael. Robó una patata de mi bandeja y se la metió en la boca, hablando con la boca llena—. ¿De qué se trata?

—Bueno, me conoces prácticamente desde hace dos décadas —comí una patata y organicé mis pensamientos antes de continuar—. Sabes que soy un hombre muy exigente con estándares altos.

Se rio y robó otra patata. Antes de metérsela en la boca, dijo:

—Eso es quedarse corto. ¿Has tenido qué, dos relaciones serias?

—Tres, pero no las estoy contando —puse los ojos en blanco ante su estúpida sonrisa—. Mi punto es que se necesita a una persona muy especial para llamar mi atención y convencerme de que vale la pena intentarlo. Claro, he salido con muchas mujeres, pero no he conocido a más de cuatro que merezcan una segunda cita, y eso dice algo —la camarera regresó trayendo el almuerzo de Michael. Él la despidió con un gesto de la mano y levantó su enorme wrap de pollo hacia su boca y dio un gran mordisco.

De nuevo hablando con la boca llena, dijo:

—Entonces, ¿quién es la afortunada número cuatro? —era asqueroso ver los trozos de comida que le caían de la boca a la bandeja, pero así era Michael. Un completo desastre.

—Esa nueva asistente, Emily, es justo mi tipo, tío, y no es porque sea preciosa. Tenemos mucho en común. Es fácil hablar con ella. Hemos comido juntos varias veces durante la última semana más o menos desde que empezó, y me gusta su personalidad. Tiene una buena cabeza sobre los hombros.

En el momento en que le dije quién había despertado mi interés, frunció el ceño, pero seguí hablando. No me interrumpiría, y le daría tiempo para tragar su comida para que no terminara manchando mi traje con su almuerzo. Sabía que tenía una opinión al respecto porque ya me la había dado la semana pasada, pero en ese momento ni siquiera había tenido la oportunidad de sentarme y hablar con ella. Ahora que lo había hecho, las cosas eran diferentes. No era solo atracción sexual, aunque definitivamente me resultaba excitante.

En lugar de sermonearme como yo esperaba, Michael dio otro bocado a su comida. Esto me dio la oportunidad de explicar por qué

esta situación era un dilema para mí, aunque quizás estaba pensando demasiado las cosas.

—Entiendo que podría verse mal que la cortejara porque es una empleada, pero creo que podría mantener el trabajo separado del lado personal. ¿Crees que está mal pedirle una cita? ¿Y cómo le dejo claro que esto no aumentará sus posibilidades de ascender dentro de la empresa si sale conmigo? No solo eso, sino ¿cómo puedo asegurarme de que no me responde basándose en algún tipo de presión que siente, pensando que tiene que hacerlo o perderá su trabajo? —negué con la cabeza y di un mordisco a mi sándwich de queso.

Los pensamientos seguían rondando por mi cabeza: si la hubiera conocido en la calle o en un bar, no estaríamos teniendo esta conversación. Emily era mucho más joven que yo, doce años, para ser exactos, pero eso no era un impedimento en mi mente. Una vez que cumples veintiuno, la edad es solo un número. Era el trabajo lo que complicaba las cosas.

—Intenté decírtelo el otro día. Es una mala idea. Te arriesgas a mala prensa, complicaciones en la oficina como dramas y demás. ¿Y qué pasa si ella solo se siente presionada a salir contigo porque eres su jefe y no quiere rechazarte por miedo a ser despedida? Todas esas son cosas muy válidas. Es simplemente un desastre esperando a ocurrir, Dan.

Masticaba mientras le escuchaba, pero no podía quitarme de la cabeza que no tenía por qué ser así. Éramos adultos. Si ella no quería salir conmigo, encontraría a otra mujer en algún sitio y me quedaría tranquilo... al menos, intentaba convencerme de que haría eso. Lo más probable es que si me rechazaba, me iría a casa a lamber mis heridas y a hundirme en la autocompasión.

—Sí, pero…

—Escucha —dijo Michael, interrumpiéndome—, entiendo que parezca tan especial, pero hay un millón de otras mujeres ahí fuera que podrían reemplazarla fácilmente. Yo digo que, si crees que es una oportunidad real, haz que Olivia la despida ahora. Así quedas libre para salir con ella.

—Eso es una locura. No ha hecho nada que justifique un despido. Podría destrozar sus finanzas. Podría acabar sin hogar o algo así, ¿solo para que yo pueda salir con ella? Era absurdo que Michael pensara que esa era una buena idea.

—Bueno, entonces, córtalo de raíz. Es demasiado arriesgado, y lo sabes. No puedes permitirte un escándalo en tu vida, por no mencionar lo que pensarían tus padres. Ella es prácticamente una niña todavía. No necesitas ese lío. ¿Qué pasó con Keri?

Solo el nombre de mi ex fue suficiente para hacerme hervir la sangre. Perdí el apetito y aparté mi plato. —Keri es historia, Mike. Lo sabes. Fue un montaje desde el principio, y solo salí con ella para complacer a mis padres.

—Solo digo. —Continuó comiendo como si estuviera famélico, pero yo había terminado.

—Creo que voy a volver. Quiero alcanzar a Em antes de que suba. —Recogí mi bandeja y me deslicé fuera del reservado.

—¿Ya estás usando apodos? —Michael se burló y volvió a negar con la cabeza. Parecía que últimamente sus ojos disfrutaban dando vueltas en su cabeza—. Córtalo, Daniel. Son malas noticias. Te lo digo, se va a torcer muy rápido, y vas a desear haber escuchado mi consejo.

—Gracias por tu consejo, Michael, pero como mi amigo más antiguo y fiel, sabes que no voy a hacerte caso. —Me reí y esperaba que captara la broma, pero su ceño fruncido permaneció firmemente intacto.

—Te veré en la oficina. —Me alejé tranquilamente, dejando mi bandeja en la estación de recogida antes de salir del local. Nunca había sido de los que toman el camino seguro. Si lo hubiera hecho, no sería el socio principal en el bufete con mayores ingresos del estado. A veces los riesgos valían la pena, y esta era una apuesta por la que estaba dispuesto a apostar.

5

EMILY

Llamé a la puerta del despacho de Daniel y esperé. Acababan de dar las siete, y él solo llevaba unos veinte minutos allí. Él, Olivia y yo éramos los únicos que habíamos llegado tan temprano. Quería adelantar el archivo, pero nada más entrar, Olivia me dijo que Jill estaba de baja hoy y que debía ser la «pequeña ayudante» del Sr. Jacobs. Odiaba ese término y me parecía una forma degradante de tratar a alguien de mi edad, pero no me quejé. Olivia tenía algunas asperezas, pero era una buena jefa.

—Adelante —llamó, así que empujé la puerta y entré. Me daba la espalda mientras entraba. Estaba ordenando un archivador detrás de su escritorio—. Déjalo en la mesa. —Debía de estar esperando su café. Me pregunté si era algo que Jill hacía habitualmente por él.

Atravesé la gran habitación, habiendo cerrado la puerta tras de mí. El tacón se me enganchó en la alfombra de pelo largo y tropecé, derramando café de la taza al suelo. —¡Dios mío! —El café me quemó la mano, pero me preocupaba más el charco que había dejado en el suelo. El Sr. Jacobs se dio la vuelta y me miró con expresión de sorpresa—. Vaya, lo siento mucho. —Me apresuré hacia el escritorio y dejé la taza, cogiendo varios pañuelos de la caja de su mesa—. Lo limpiaré.

—Emily, no te esperaba. ¿Dónde está Jill? —Se levantó y se abrochó la chaqueta mientras me observaba forcejear con los pañuelos.

—Eh, Jill ha llamado para decir que está enferma, así que Olivia ha dicho que soy suya por hoy. —Me encogí de hombros y volví a ocuparme del desastre. Necesitaría varios pañuelos para limpiar el charco del suelo, y la alfombra probablemente quedaría manchada. Estaba a cuatro patas, presionando los pañuelos sobre la alfombra empapada cuando oí a Daniel silbar de forma larga y aguda.

Me detuve y le miré por encima del hombro. Estaba mirándome el trasero con los ojos muy abiertos, prácticamente babeando.

—Tú estás... yo estoy... —Tropezaba con las palabras, y yo solté una risita. Estaba sonrojado, y yo me sentía un poco atrevida esa mañana.

—¿Te gusta la vista o algo? —Sabía que estaba mal coquetear con él, pero no pude evitarlo. Habíamos comido juntos varias veces, siempre bordeando la obvia tensión sexual entre nosotros. Él había hecho comentarios sobre ver si «encajábamos» juntos, con los que yo había seguido el juego.

Seguí empapando el desastre con pañuelos y dejé que disfrutara mirándome. No veía ningún daño en que disfrutara del aspecto de mi cuerpo. Ya habíamos hablado de conocernos mejor, y con lo que había aprendido hasta ahora, sabía que realmente me gustaba. Así que cuando me levanté para coger más pañuelos, me aseguré de darle algo que mirar de verdad. Me puse de pie lentamente, incorporándome y asegurándome de permanecer inclinada justo delante de él durante unos segundos.

—Ahora solo me estás provocando.

Sonreí ante su comentario, pero le daba la espalda, así que obligué a mi rostro a adoptar una expresión plácida y me volví para tirar los pañuelos sucios a la basura antes de coger más. —No estoy provocando. Solo estoy limpiando un desastre que he creado. —Me encogí de hombros y saqué unos cuantos pañuelos más de la caja—. Yo no provoco. —Le guiñé un ojo y me dirigí de nuevo hacia el desastre, ofreciéndole la misma vista que cuando me levanté.

—Dios, mujer, me estás volviendo loco. Si no me estás provocando, entonces o bien lo llevas hasta el final o...

—¿O te dejo en paz? —pregunté con descaro. Esta vez, ni me molesté en arrodillarme. Me quedé de pie inclinada, presionando los pañuelos contra la alfombra. Oí cómo su silla rodaba por el suelo, y me incorporé para ver qué estaba haciendo.

—¿Estás diciendo que no me estás provocando porque tienes intención de llevarlo hasta el final? —Rodeó el extremo de su escritorio y se acercó a mí, y me quedé paralizada. El juego del gato y el ratón era estimulante, pero no sabía si realmente estaba preparada para llevarlo hasta el final. Al menos no en su despacho. Lo había pensado, incluso había tenido un sueño erótico con él la semana pasada, pero ¿aquí y ahora?

—Yo, eh...

Extendió la mano y la posó en mi cadera, y mi cuerpo se estremeció de excitación. Pensaba que solo estábamos coqueteando un poco, algo de bromas, un tira y afloja. No esto. Mi lengua se pegó al paladar. Solo había tenido relaciones con una persona en mi vida. No tenía nada que ofrecerle, ¿y si lo odiaba porque yo era tan inexperta?

—¿Así que solo me estabas provocando? —Su otra mano se posó en mi otra cadera, y me atrajo contra su cuerpo. Su polla estaba dura, presionando contra mi muslo.

—No, señor. Definitivamente no estaba provocando. —Me lamí los labios y puse mis manos en sus hombros, mientras los pañuelos convenientemente revoloteaban hacia el suelo—. Yo, eh... simplemente no esperaba que hicieras un movimiento aquí, en tu despacho, con Olivia justo al final del pasillo.

—Nadie entra en mi despacho si no le invito a entrar. —Sus ojos me devoraban, absorbiéndome y haciendo que mi presión sanguínea subiera por segundos—. Y ahora solo estoy esperando una invitación tuya, porque quiero estar dentro de ti.

Mi vagina dolía terriblemente por dejarle entrar. —Pero señor, estamos en su despacho. La puerta no está cerrada con llave. ¿Y si alguien llama?

—Entonces no respondemos. —Sus pulgares se clavaron en mis caderas y su pelvis se frotó contra mí.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres tener sexo conmigo aquí mismo? ¿Ahora mismo? —Tragué saliva con dificultad, esperando oírle decir las palabras.

—¿Tú quieres? —Alzó las cejas y me miró a los ojos.

—Yo... eh... —Me lamí los labios otra vez—. Sí, la verdad es que sí, muchísimo, señor.

—¿Te gusta la idea de follar con tu jefe en su despacho?

Mi corazón se aceleró mientras sentía que ejercía presión contra mí, empujándome hacia atrás en dirección al sofá en la esquina de su despacho. Retrocedí lentamente, casi tropezando cuando mi tacón se enganchó en el mismo maldito punto de la alfombra. El zapato se me salió, y me quité el otro de una patada. Él era mucho más alto que yo.

—Si digo que sí, ¿eso rompe el trato? —Agarré las solapas de su chaqueta mientras sus manos buscaban la cremallera en la espalda de mi vestido.

—Ni de coña. Creo que es excitante. Tú serás la asistente traviesa, y yo seré el jefe exigente —me guiñó un ojo, y sentí su mano deslizarse por mi espalda, bajando la cremallera del vestido y exponiendo mi piel al frío del aire acondicionado.

Mi cuerpo ardía. El juego previo era tan intenso que podría correrme solo con su voz. —Sí, señor —bajé los brazos mientras él deslizaba mi vestido por los hombros, y agradecí haberme puesto mi mejor sujetador para ir a trabajar. Sus ojos se deleitaron con mi pecho, con mis pechos redondos y llenos asomando por el sujetador negro de encaje—. ¿Le gusta lo que ve, señor?

—Joder, sí, me encanta.

Empujé el vestido por mis caderas y dejé que cayera al suelo, llevándose las bragas con él. Daniel se quitó la chaqueta del traje y se desabrochó la bragueta de los pantalones. —Siéntate ahora —ordenó, y obedecí. El cuero del sofá estaba frío contra mi piel, y estaba segura de que Daniel me pediría que se la chupara. Así que cuando se arrodilló con su miembro duro, listo para follarme en el

borde del sofá con destreza, me pregunté a cuántas secretarias habría follado de esta manera.

Abrí las piernas y él se acercó a gatas, acariciándose mientras babeaba sobre mi pecho. —¿Quieres ver más? —le pregunté, alcanzando el cierre de mi sujetador, y él asintió. Lo desabroché y deslicé los tirantes por mis hombros. Cayó detrás de mí sobre el cojín, y su mano libre agarró inmediatamente mi pecho derecho—. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted hoy, señor?

—Sí, tócate para que pueda mirarte.

Se arrodilló entre mis rodillas mientras me masajeaba el clítoris, extendiendo los fluidos alrededor de mis suaves pliegues. Su mano apretó mi pecho con más fuerza, luego retorció mi pezón y lo pellizcó. —Métetelos —ordenó, así que introduje mis dedos en mi cuerpo mientras observaba cómo una neblina de lujuria se formaba en sus ojos—. Dios, estás tremenda.

Se tomó un segundo para quitarse la camisa por la cabeza. Esperaba el cuerpo de un hombre normal, pero tenía el torso de un dios, con músculos definidos y un abdomen perfecto. Si seguía tocándome así mucho más, iba a correrme intensamente. Gemí ligeramente cuando bajó más sus pantalones, pero cuando apartó mi mano y provocó mi sexo con la punta de su miembro, jadeé.

—Ahora, Srta. Kline, voy a follarte, y luego vas a traerme un café nuevo. Me temo que el otro se ha quedado frío —su voz era áspera y ronca, pero no tan áspera como la forma en que metió su polla dentro de mí, golpeando mi fondo. Envolvió sus brazos alrededor de mi cuerpo y me atrajo hacia él mientras embestía. Volví a jadear.

—Oh, vaya... —gemí, probablemente demasiado alto. Me hizo callar y continuó embistiendo. Mi clítoris, aún sensible por las caricias, se frotaba contra su hueso púbico mientras su cuerpo chocaba contra el mío una y otra vez. Pero fue diez veces más intenso cuando cubrió mi boca con la suya y me besó de nuevo.

Agarré los brazos de Daniel, con cuidado de no usar las uñas. No quería hacerle sangre y que manchara su camisa cuando se la volviera a poner, pero, Dios, era enorme. Me tensé a su alrededor y gemí en su boca mientras nuestras lenguas bailaban. Un gruñido profundo emergió de su garganta, y mordió mi labio inferior. —Dios,

se siente increíble —su beso se volvió más hambriento, devorándome. Y pensaba que había sido brusco cuando entró en mí al principio, pero cuanto más tiempo me follaba, más fuertes se volvían sus embestidas hasta que me estaba embistiendo tan duro que el sofá se sacudía y golpeaba contra la pared.

—Oh... sí... —jadeaba y gemía, cada uno de mis sonidos tragados por sus labios. Mi cuerpo estaba al límite. Estaba tan cerca.

—Eres una buena asistente, Emily —el aliento caliente en mi cara, el gruñido en su tono, la forma en que se convertía en un animal al ver mi cuerpo desnudo, y estaba perdida. Mi tensión se liberó como una goma elástica, enviando ondas de choque a través de cada fibra de mi ser. Dejé escapar un gemido de mis labios, y Daniel me agarró el pelo y atrajo mi boca contra la suya con más fuerza.

Me convulsioné a su alrededor, en un momento tuve que apartarlo de mi boca para poder respirar. Sus fuertes embestidas continuaron hasta que le sentí liberarse, derramando su semen caliente dentro de mí. Sus propios gruñidos se mezclaron con mis gemidos en la canción de los amantes, y cuando disminuyó el ritmo, sentí cómo el desastre se escapaba de mi cuerpo y caía por el borde del sofá.

—Vaya... —respiré, apoyando la cabeza en su hombro. Él se quedó allí, con su miembro aún dentro de mí.

—Sí, vaya... Dios, he pensado en hacer esto mil veces desde el primer día que entraste en mi despacho —soltó mi pelo y mordió suavemente mi hombro.

—¿Tantas veces? —me reí entre dientes, y él me dio una palmada en el trasero, haciendo un satisfactorio sonido de carne contra carne.

—Quizás más —Daniel salió y se puso de pie—. Quédate ahí —me dijo mientras caminaba hacia su escritorio. Sacó unos pañuelos y se limpió, luego se subió la cremallera de los pantalones. Me trajo la caja para que yo también pudiera limpiarme.

—Gracias —limpié lo mejor que pude y tiré los pañuelos a la papelera antes de recoger nuestra ropa dispersa. Daniel me observó todo el tiempo.

—Eres preciosa, ¿lo sabes? —tomó su camisa de mis manos y le sonreí.

—Creo que me lo has dicho antes —busqué mi sujetador por todas partes pero no pude encontrarlo, así que me vestí sin él. La forma en que me miraba me ponía un poco nerviosa—. ¿Hablabas en serio con lo del café?

Se rió. —Sí, por favor. Creo que el mío realmente está frío ahora. O quizás estoy demasiado caliente después de ese ejercicio, así que el café me parecerá frío.

Me subí la cremallera del vestido y encontré mis zapatos. —Entonces... Esto complica un poco las cosas, ¿no crees? —me quedé de pie frente a él mientras se metía la camisa por dentro y se abrochaba los pantalones. Cuando se levantó, pensé que se inclinaría para besarme, pero me dio una palmadita en el brazo y se dirigió a su escritorio.

—Nada es complicado —se sentó y ordenó unos papeles—. ¿A menos que tú quieras complicarlo? —me sentí confundida por lo que dijo, pero continuó, así que no le interrumpí—. Creo que eres increíble, y ahora sé lo bien que se siente, así que para mí eso no es complicado.

Había dicho la palabra "complicado" tantas veces que empezaba a no sonar como una palabra en absoluto. También me sentía un poco fría, no íntima y cercana a él como pensé que me sentiría después de aquello. Quizás seguía jugando a nuestro juego travieso que habíamos comenzado antes del sexo, o quizás no tenía ninguna intención de salir realmente conmigo. Solo era sexo con mi jefe.

Dejé que el pensamiento permaneciera en mi cabeza por un segundo, pero sabía que si me quedaba demasiado tiempo pensando en ello, me arrepentiría.

—Voy a buscarte ese café, señor.

—Daniel... por favor —la forma en que me miró me dijo que no era solo sexo con mi jefe, lo que añadió más confusión.

—Daniel —repetí.

Mientras caminaba por el pasillo, mi mente era un torbellino de pensamientos. Él era increíble en todos los sentidos. No tenía espejo para comprobar mi aspecto y estaba segura de que alguien había

oído nuestro encuentro. Quería mucho más con él, pero no estaba segura de si él lo quería también, o qué quería, para el caso.

Y no habíamos usado protección.

Eso fue un gran error.

6

DANIEL

—Sí, y hace dos semanas jugué al par en Malibú. Fue fantástico. Aunque no es un campo precisamente fácil —papá se limpió el sudor de la frente por tercera vez en diez minutos.

El sol en lo alto era cálido. Era un día perfecto para jugar al golf con papá. Me encontraba junto a su limusina, charlando con él mientras su chófer cargaba mis palos en el maletero. Teníamos la costumbre de jugar nueve hoyos al menos una vez al mes. El tráfico era ligero, lo que significaba un viaje rápido, y debería poder regresar a la oficina para terminar los últimos documentos antes del cierre.

—Eso es fantástico. Sabes, no he tenido mucho tiempo para trabajar en mi juego, así que seguro que me dejarás en ridículo ahí fuera —se rio, pero yo sabía por qué. Siempre me dejaba en ridículo. Papá debería haberse unido al circuito profesional. Era así de bueno. Mientras tanto, yo era un golfista aficionado. Había otras cosas que disfrutaba mucho más que el golf, así que nunca me lo tomé demasiado en serio.

—¡Señor! —al oír la llamada, me giré para ver a Emily corriendo hacia mí. La forma en que su vestido le quedaba un poco más suelto en la parte superior sin sujetador me tenía embobado de nuevo. Su pecho se balanceaba mientras se acercaba, y quería volver a ver

esas tetas rebotar—. Señor, se ha dejado los guantes en su escritorio. Estaba preparando los archivos para enviarlos por fax y los he encontrado.

Sin aliento, me entregó los guantes y sonrió educadamente a mi padre. Las cejas de él se arquearon con intriga. No pude contenerme. Era demasiado cautivadora, su cuerpo demasiado tentador. Tomé los guantes y le dije:

—Si me vuelves a dejar olvidar cosas así, tendré que inclinarte sobre mi escritorio, Srta. Kline —no había nadie a nuestro alrededor excepto mi padre. Él no le diría nada a nadie, y su sonrisa me indicaba que apreciaba un poco de coqueteo en la oficina.

—Eh... yo... —Emily parecía nerviosa.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato? ¿O te estás imaginando enrollándola alrededor de mi polla? —No tenía ni idea de qué me había pasado, excepto que la sensación de estar dentro de ella esta mañana me tenía completamente hechizado. Era así de increíble.

Intentó ocultar su sonrisa mientras bajaba la mirada, pero no se acobardó.

—No, señor. Solo estaba pensando que la próxima vez deberíamos cerrar la puerta con llave, eso es todo —sus ojos miraron nerviosos a mi padre, quien negó con la cabeza y subió a la limusina a instancias del conductor.

—Tengo que irme. Es la hora de salida —sentí el impulso de inclinarme y besarla, pero me contuve. Aunque el personal de la oficina no pudiera oír nuestra conversación, definitivamente me verían besarla si estuvieran mirando por la ventana—. Perdona si te he avergonzado delante de mi padre. Es un buen tipo, no se lo dirá a nadie.

—Está bien. Ve y diviértete. Tendré tus archivos listos cuando regreses —cruzó los brazos sobre el pecho y retrocedió—. Pero hablaba en serio sobre cerrar la puerta la próxima vez. Quizá también convenga poner música alta para poder gritar tu nombre —me guiñó un ojo y se dio la vuelta, alejándose con ese trasero que se balanceaba con cada paso.

Me reí un momento por su comportamiento descarado y subí a la limusina. Para ser una chica de pueblo pequeño, tenía descaro y me gustaba. Cada cosa nueva que descubría de ella, me encantaba. Emily no tenía idea de lo loco que me estaba volviendo por ella, y quería contárselo al mundo.

—Un poco de jugueteo en la oficina, ¿eh? —preguntó papá mientras me abrochaba el cinturón y la limusina se incorporaba al tráfico—. Yo también hice un poco de eso en mi época —me guiñó un ojo y asintió con aprobación.

—Ah, esto no es un simple jugueteo, papá. Emily es alguien especial. Me gusta mucho. Y lo mejor es que es tan atrevida como yo —pensé en cómo se había arrodillado seductoramente en el suelo con su trasero en el aire para que lo admirara.

—¿Es una nueva socia? ¿Trayéndote los guantes como una asistente? —sus ojos se entrecerraron con sospecha, así que la disipé de inmediato.

—Oh, no. Es una asistente, y es muy buena en su trabajo —miré por la ventana mientras pasábamos una fila de tráfico que se movía más lenta que nosotros. La línea de preguntas de papá era bastante normal para cualquiera con quien yo saliera. Pensaba que todas las mujeres estaban por debajo de mí.

—¿Estás interesándote seriamente por alguien que es una simple asistente? ¿Ni siquiera una asistente jurídica? ¿Tiene al menos alguna educación? —No me gustaba nada su tono, pero sabía que era mejor no cuestionarlo ni oponerme a lo que pensaba. Vivía mi vida muy felizmente por mi cuenta hasta que mis padres metieron las narices en mis asuntos.

—Tiene un título, papá. Es una mujer maravillosa —no tenía nada negativo que decir sobre Emily, y no iba a rebajarme a discutir con él sobre su estatus socioeconómico.

El coche quedó en silencio, y me volví hacia mi teléfono, desplazándome por mis últimas notificaciones. Ninguno de los dos habló de nuevo hasta que nos registramos y nos dirigimos al primer hoyo en el carrito de golf. Serpenteamos entre los espesos pinos del camino. El hombre conducía demasiado rápido, lo que me hizo agarrar el manillar con fuerza.

—Estaba pensando en almorzar contigo y mamá, quizá Nick también. ¿Qué te parece? —pensé que romper la tensión entre nosotros con un cambio de tema sería bueno, pero papá se mantuvo en el tema de Emily como si fuera el rey de la montaña.

—¿Para que puedas traer a tu asistente? —su tono era seco. Estaba intentando provocarme, algo que no le permitiría.

—Sería bonito presentársela a mamá, sí —el caddie paró y apagó el carrito, dirigiéndose hacia nuestros palos mientras papá y yo nos poníamos los guantes y esperábamos.

—Sabes, una cosa es tener un pequeño romance con una mujer por debajo de tu estatus. Muchas mujeres son preciosas y se entregan un poco —cogió el hierro siete que le entregó el caddie. Puse los ojos en blanco—. Otra cosa completamente distinta es bajar tus estándares para salir con alguien que ni siquiera está en tu mismo tramo fiscal. Una asistente jurídica, quizás —ellos tienen la oportunidad de convertirse en abogados algún día. ¿Pero una simple asistente?

Papá se acercó con orgullo al tee y colocó su bola en equilibrio. Habría preferido ignorar el tema durante el resto del día y simplemente disfrutar del golf, pero sabía que no me dejaría en paz. Ahora era un juego de cuánto tiempo podría mantenerme paciente con él antes de estallar. Dio el golpe y su bola salió disparada por la calle, luego se hizo a un lado y me indicó que me acercara. El caddie me entregó un hierro siete y una bola, y tomé mi posición. Pero cuando hice mi swing, papá volvió a empezar, y la bola se desvió hacia la derecha en la maleza.

—En serio, Daniel. Te educamos mejor que eso. Los mejores colegios privados. Fuiste a Harvard, por el amor de Dios. No puedes salir con una asistente.

Apreté la mandíbula y empujé el palo hacia el caddie, quien pareció un poco asustado, pero tomó los palos y se dirigió al carrito. Fingiendo que no había oído el comentario de mi padre, subí al carrito y me agarré con fuerza mientras papá se sentaba a mi lado y el caddie arrancaba.

—Solo va tras tu dinero. Ya lo verás. Va a hacer algo estúpido como presentar una demanda por acoso, o quizás te dirá que su

coche se ha averiado para que le compres uno nuevo. Mujeres como esa no pertenecen a nuestro círculo, Daniel.

—Papá, ¿puedes dejarlo ya? ¿Por favor? —estallé como una rama seca—. Solo quiero disfrutar del golf, ¿vale? Ya has dejado claro tu punto de vista.

Se quedó en silencio, pero sabía que no era el final. Lo volvería a sacar más tarde y me atosigaría con ello. Es curioso cómo hicieron lo mismo con Nick, mi hermano menor, pero cuando él siguió adelante y se casó con su ahora esposa, Ginny, se vieron obligados a aceptarla en la familia. No creía que yo tuviera tanta suerte.

El resto de la tarde se arrastró lentamente. Hablamos muy poco, centrando la conversación que tuvimos en la tarea que teníamos entre manos. No me sorprendió hacer doble bogey en la mayoría de los hoyos. Papá jugó casi una partida perfecta, haciéndolo notar muy alto en la casa club después. Todo lo que pude hacer fue agradecer que no siguiera machacándome por salir con Emily.

Cuando regresé a la oficina, Emily ya se había marchado por el día y yo estaba exhausto. Había planeado pedirle que charláramos sobre lo que sucedió esta mañana. Después de las charlas de Michael, pensé que teníamos que discutir la difícil dinámica de ser yo su jefe y cómo eso podría malinterpretarse por ambas partes. Una semilla de duda me aguijoneaba los pensamientos después de la diatriba de mi padre sobre ella, pero logré apartarla. No pensé ni por un segundo que Emily solo buscara mi dinero. Yo fui quien le hizo los primeros avances. No al revés.

Aun así, la comunicación es la base de todas las relaciones y quería empezar esta correctamente con una idea clara de sus expectativas y mis límites. Me senté detrás de mi escritorio, incapaz de concentrarme en los expedientes y faxes simplemente porque todo lo que podía pensar era en verla mañana por la mañana. De hecho, decidí en ese momento pedirle a Olivia que hiciera de Emily mi asistente a tiempo completo, sin compartir su tiempo con ningún otro socio. Quería verla tanto como fuera posible.

7

EMILY

El camarero de pelo oscuro y rizado se llevó nuestros platos vacíos después de preguntarnos si queríamos postre. El elegante restaurante que Evelyn había escogido para nuestra salida nocturna probablemente no era tan exclusivo como yo pensaba, pero en el condado de Monroe, el restaurante más elegante que teníamos era un McDonald's y siempre estaba lleno. Aquí en Chicago, comer en un sitio como este probablemente era poco para algunos, pero para mí era alta cocina.

—Deberías darle tu número —me pinchó Evelyn, dándome un codazo. Yo estaba sentada a su lado en el reservado, sin poder salir a menos que ella se moviera primero. Charlotte estaba sentada frente a nosotras, riéndose por lo bajo. A ambas les encantaba emparejarme con chicos que creían que me vendrían bien. No podía contar la cantidad de citas a ciegas que había tenido que cancelar porque ellas querían que fuera.

—No, no me gusta. Chicas, es demasiado joven. Parece recién salido del instituto —apuré la copa de vino y negué con la cabeza. En realidad no me interesaban los chicos más jóvenes, pero la perspectiva de un hombre mayor nunca me había desagradado.

—Vale, ¿y qué me dices del tipo de la barra? —Evelyn continuó con su acoso de hermana. Ahora que estaba casada, insistía en que

me estaba perdiendo algo maravilloso. Ella tenía un niño pequeño y una bonita vida doméstica, mientras que yo seguía soltera y disponible.

Charlotte, que estaba prometida, solía animar a Evelyn la mayoría de los días, aunque siempre apoyaba más mi soltería. Puso los ojos en blanco ante las insistencias de Evelyn y, como mi mejor amiga, me defendió.

—Mira, Eve, si no está preparada para salir con alguien, no lo está.

—No he dicho que no esté preparada —dejé mi copa de vino y sentí que el calor me subía a las mejillas. La idea de Daniel y yo saliendo juntos había estado en mi mente durante días. Después del sexo con él la semana pasada, no podía pensar en otra cosa. Incluso había cometido algunos errores en el trabajo y Olivia tuvo que regañarme por estar distraída, pero ¿cómo se suponía que iba a concentrarme en el aburrido papeleo y en la presentación de escritos cuando Daniel estaba al final del pasillo?

—¿Ah, sí? Entonces el tipo de la barra, el del tatuaje —Evelyn señaló con el pulgar por encima de su hombro, y me giré para ver a un hombre allí. Lo que Evelyn no notó fue el anillo en el dedo anular de su mano izquierda.

—Casado —me encogí de hombros y terminé mi vino—. Además, creo que me interesa alguien del trabajo.

—Ooooh —exclamó Charlotte, inclinándose hacia delante. Sus cejas bailotearon mientras decía—: Cuéntamelo ahora. Todos los detalles.

Sonreí, sin estar segura de cómo explicar exactamente lo que estaba pasando entre Daniel y yo porque ni siquiera habíamos hablado de ello todavía. Habíamos comido juntos varias veces y charlado, y luego habíamos tonteado mucho. El sexo fue completamente inesperado y me tenía la cabeza dando vueltas, pero fue increíble y quería repetirlo. Aun así, no había evidencia de que él quisiera una relación. El mayor estímulo que había recibido fue su pícaro flirteo antes del golf el día que tuvimos sexo. Desde entonces, había estado ocupado.

—No sé qué decir.

—¿Hola? ¡Todo! —Evelyn giró su cuerpo para mirarme y me dio un golpecito en el hombro—. ¿Quién es? ¿Cuál es su trabajo? ¿Cómo es? ¿Cómo se llama?

Charlotte sorbió su refresco y asintió siguiendo el interrogatorio de Evelyn.

—Sí, todos esos detalles y más. Queremos saber cómo os conocisteis y qué has hecho con él. ¿Habéis ido a cenar? ¿A comer? ¿Os habéis besado?

Me arrepentí de haber abierto la boca. Las dos eran incorregibles, sinceramente, y sabía que no me dejarían salir del reservado hasta que les contara todo. Respiré hondo, suspiré y comencé mi historia.

—Bueno, se llama Daniel. Es un poco mayor que yo, y es realmente guapo. Eh, es abogado, y le conocí el primer día porque a veces le ayudo con el papeleo y esas cosas —miré a Evelyn mientras sacaba su móvil y empezaba a escribir. Pensé que quizás le estaba mandando un mensaje a su marido o algo así, así que continué—. En fin, un día le llevé unos archivos y tenía comida extra. Me pidió que me sentara y comiera con él. Es increíble, Char. Juega al baloncesto y le encantan los deportes. También le gusta leer. Dios, tenemos tanto en común —me oí a mí misma derritiéndome con los detalles.

—Oh, suena maravilloso. Qué romántico. ¿Comiste con él? ¿Qué más? ¿Te ha llevado a cenar? ¿Le has besado?

Ante la pregunta de Charlotte, sentí que mis mejillas ardían, solo de pensar en lo poco que nos besamos antes de tener sexo, y luego los besos fueron solo para evitar que hiciera tanto ruido que toda la oficina nos oyera. Juré que Olivia sospechaba algo cuando pasé por su despacho camino al baño para lavarme la cara y comprobar mi pelo. Y Grace también me había mirado mal.

—Eh, bueno... —estaba nerviosa. Le contaría cualquier cosa a Charlotte, pero con Evelyn allí, me sentía intimidada. Ella siempre le contaba todo a mamá, incluso cosas que no eran asunto suyo.

—¡Le besaste! —Charlotte se rio por lo bajo—. Pequeña descarada. Oh, Dios mío, ¿besa bien? —se inclinó hacia delante, con los ojos muy abiertos por la intriga mientras yo dudaba en

responderle. Estaba ansiosa por lo que pudiera decir, pero más aún por lo que diría Evelyn.

Encogiéndome de hombros, me mordí el labio inferior y le lancé una mirada cómplice sin apartar los ojos de ella. Esperaba que entendiera que había tenido sexo con él, no solo le había besado, pero sin decírselo a Evelyn. Al menos no todavía. Sus cejas se alzaron, sus ojos se agrandaron y soltó un grito ahogado.

—¡No me lo creo! ¿En serio? —se inclinó hacia delante, con las palmas extendidas sobre la mesa.

Sonreí y bajé la mirada. Fue entonces cuando Evelyn finalmente intervino, ajena a la interacción entre Charlotte y yo. Tenía una mueca en la cara que me recordaba exactamente a mi madre y me desanimó al instante.

—¿Estás hablando de Daniel Jacobs? ¿El socio principal y director general? —Evelyn me miró fijamente, con el teléfono en la mano y una evidencia condenatoria. Estaba en el sitio web de la empresa, viendo las fotos de todos los abogados del bufete. Daniel era el único "Dan" que trabajaba allí—. Emily, ¿te das cuenta de que es doce años mayor que tú, verdad? Podría ser tu padre.

Le arrebaté el teléfono y lo bloqueé, dejándolo sobre la mesa. Me frustraba que no pudiera simplemente alegrarse por mí. —Eres ridícula. Los niños de doce años no tienen relaciones sexuales, y si las tuvieran, no dejan embarazadas a las mujeres. ¿Vale? No es lo suficientemente mayor como para ser mi padre.

—Esa diferencia de edad es enorme. ¿Qué problema tienen los chicos de tu edad? ¿Y el socio principal? Probablemente solo te está acosando sexualmente y eres demasiado ingenua para darte cuenta. —Evelyn se volvió hacia Charlotte—. Dile que es asqueroso.

Charlotte negó con la cabeza. —No, no es asqueroso, pero sí es un poco extraño. Quiero decir, ¿es agradable? ¿Te habla como a una persona? Evelyn tiene razón, Em. ¿Y si solo está usando su autoridad para presionarte a tener sexo?

—Oh, créeme —les dije—, no tiene que obligarme a hacer nada. —Tuve que ocultar la sonrisa en mi cara—. Estoy muy dispuesta a hacer todo lo que él quiera.

Evelyn permaneció callada, ahora aferrando nuevamente el teléfono en su mano. La forma en que se retraía cuando Charlotte no estaba de acuerdo con ella era preocupante, pero al menos ya no me estaba acosando. Me volví hacia Charlotte y suspiré, ignorando la mirada fulminante de Evelyn.

—De todos modos, tenemos mucho en común y creo que realmente nos gustamos. Quiero ver a dónde va esto. Sé que no es convencional salir con alguien mucho mayor que yo, pero él tiene su vida organizada, que es más de lo que puedo decir de la mayoría de los hombres de mi edad.

—Bueno, yo digo que tengas cuidado. Eso es todo. —Charlotte terminó su refresco y le hizo señas al camarero para que se acercara a nuestra mesa—. Solo usa tu cerebro, no tus hormonas. Si te dice que tienes que hacer algo con él para mantener tu trabajo, entonces definitivamente es acoso. ¿Entendido?

Asentí en señal de acuerdo, y Evelyn se excusó para ir al baño antes de que nos fuéramos. Todas vinimos por separado, así que no me preocupaba que me sermonearan más en el coche, aunque me preocupaba que Evelyn fuera directamente a mis padres con el jugoso cotilleo y ellos me llamaran con su acto de padres preocupados.

Después de pagar y despedirnos, caminé hacia la línea de metro que me llevaría a mi apartamento. Daniel no me había presionado en absoluto. Pensé que yo era quien había iniciado las cosas, lo que sabía que provocaría otro nivel de cotilleos si la gente se enteraba. Evelyn asumiría, como mis compañeros de trabajo, que estaba intentando abrirme paso hacia la cima acostándome con él, cuando en realidad, no tenía ningún interés en escalar esa escalera. Quería usar mi título en empresariales para ayudar a una empresa a crecer realmente, no quedarme en un bufete de abogados. Nunca sería socia, y eso era lo que quería, estar en la cima.

Pasé mi tarjeta del metro y encontré un asiento en el tren que me llevaba a casa, y mi teléfono vibró. Metí la mano en mi bolsillo para ver que había perdido una llamada de un número desconocido, entonces llegó un mensaje mientras revisaba mis notificaciones.

Remitente desconocido 9:17 PM: Tus tetas son tan perfectas, quiero chupártelas.

Leí el mensaje y me quedé helada. ¿Quién demonios podría estar enviándome cosas tan desagradables? Miré alrededor del vagón mientras empezaba a moverse y cubrí mi teléfono para que la gente a mi alrededor no lo viera, y el teléfono volvió a vibrar. Bajé la mirada para ver otro mensaje.

Remitente desconocido 9:18 PM: Si te envío mi dirección, ¿vendrás para que pueda enterrar mi polla dentro de ti?

Este era peor que el anterior. Me hizo temblar pensar que alguien tenía este número, o tal vez solo era una broma, no lo sabía. Escribí un mensaje en el teléfono y pulsé *Enviar* tan rápido como pude, luego bloqueé el número inmediatamente.

Emily 9:19 PM: Lo siento. Ya estoy ocupada. Pierde mi número.

Me recosté en el tren, nerviosa. Muy pocas personas tenían mi número en absoluto, y no tenía idea de quién podría ser. Durante todo el viaje en tren, me sentí hipervigilante, estudiando las caras de las personas a mi alrededor en el tren como si al examinarlas pudiera descubrir quién me había enviado esos mensajes. Temía también que alguien me estuviera siguiendo, así que llamé a Charlotte para charlar con ella solo para calmar mis nervios. Sin embargo, surgió el tema de Evelyn, lo que amargó la conversación.

—¿Crees que va a armar un escándalo, llamar a tu madre como hace normalmente? —Podía oír a Charlotte comiendo de nuevo y me pregunté cómo comía tanto y se mantenía tan delgada.

—Sí, creo absolutamente que lo hará. Es solo cuestión de tiempo antes de que mi madre me llame para sermonearme. —El tren se detuvo en mi estación, y me levanté y me dirigí hacia la salida y subí las escaleras hacia la calle.

—Vaya, bueno, estoy aquí para ti. Me alegro de que hayas conocido a alguien, y realmente espero que no sea un perdedor. Espero que todo salga bien. —Siempre podía contar con mi mejor amiga para apoyarme.

—Gracias, Char. Me voy a ir ahora. Estoy a punto de llegar a mi casa. Gracias por acompañarme.

—Para eso estoy, cielo. Llámame si me necesitas de nuevo.

Mientras pulsaba el botón del ascensor, decidí que tenía que hablar con Daniel sobre lo que fuera que estuviéramos haciendo. Me gustaba mucho, y quería más que solo almuerzos de oficina y sexo. Quería ver adónde iba esto porque veía que teníamos una oportunidad real de tener algo especial. Además, él no era mi supervisor directo. Olivia lo era. ¿Cómo podría afectar eso a mi trabajo?

8

DANIEL

Mantuve pulsado el botón del intercomunicador, llamando a Jill, quien respondió inmediatamente.

—¿Sí, señor?

Animada como siempre, su voz sonó clara a través de la línea.

—Jill, necesito que traigas a Olivia a mi despacho, por favor.

—Por supuesto, señor.

Me recliné en mi silla, reflexionando sobre la decisión que había tomado. Emily era perfecta como asistente, pero quería pasar más tiempo con ella. Solo ver ese sofá donde ella y yo habíamos tenido sexo hace más de diez días era un enorme recordatorio de cuánto me gustaba su compañía. Todavía no habíamos hablado del encuentro debido a mi apretada agenda, pero habíamos encontrado un ritmo cómodo con el trabajo. Ella me traía café justo como me gustaba, y yo la invitaba a comer a diario. En dos ocasiones, pasó su hora del almuerzo con compañeros de trabajo en lugar de conmigo, lo cual yo fomentaba para que estableciera relaciones dentro de la empresa.

Ahora esperaba a que su jefa viniera a escuchar mis nuevas instrucciones. El reloj en la pared marcaba los segundos, frustrándome que Olivia tardara tanto en acudir a mi llamada. Jill habría estado aquí en unos segundos, pero le di a Olivia el beneficio

de la duda. Como socia, probablemente estaba ocupada con un cliente, lo que sería la única razón que yo consideraría digna de hacerme esperar. Todo el mundo sabía que era un hombre difícil de complacer, Emily incluida.

Cuando sonó el suave golpe en la puerta, dije:

—Adelante.

Tanto Jill como Olivia sabían que debían llamar y esperar mi respuesta, algo que Emily ya no haría porque le había dado rienda suelta en mi despacho.

—Señor, ¿quería verme?

—A las dos, sí —Olivia asintió ante mi corrección, y ambas mujeres se acercaron a mi escritorio. Jill tenía una expresión agradable en su rostro, pero Olivia parecía perpleja, así que fui directo al grano—. Decidme qué sabéis sobre Emily Kline.

Olivia frunció el ceño y miró a Jill.

—Bueno, Emily se graduó magna cum laude en UC Berkeley con un máster en gestión empresarial. Estaba entre las mejores de su clase. Creció en el condado de Monroe, Illinois, en un pequeño pueblo. Tiene una familia pequeña y es nueva en la ciudad.

Podría haber sabido todo eso por mi cuenta. Lo que me interesaba eran detalles sobre Emily que ella compartiría con una compañera de trabajo y que quizás no se sentiría cómoda compartiendo con su jefe, el director general.

—He leído su currículum, Olivia. Me refiero a que habéis llegado a conocerla un poco. ¿Cómo es ella?

—Eh, señor, hemos comido juntas varias veces hasta ahora —intervino Jill con una sonrisa—. Emily es generosa, y tiene una actitud maternal y quiere asegurarse de que todos estén atendidos y felices. Me trae un café cada mañana, y se asegura de pedirlo como a mí me gusta.

—Ah, es bueno saberlo. —Pensé que solo lo había hecho por mí, pero me gustaba que fuera tan amable con todos como lo era conmigo. Aunque eso me hizo dudar de que su amabilidad hacia mí fuera más que a nivel de compañero de trabajo, y dada su respuesta a mis mensajes de texto hace unas noches, me preocupaba que realmente estuviera viendo a otra persona—. Continuad.

—Señor —comenzó Olivia—, es puntual. Está orientada al detalle con un enfoque preciso. Cuando le pido que haga algo, supera regularmente mis expectativas. Estoy de acuerdo con Jill. Es generosa y considerada. También creo que es muy ambiciosa, pero no de la forma en que podría pensar.

Esto ya lo sabía, pero las dejaría que me lo contaran.

—Sí, me dijo que quiere usar este trabajo como un trampolín, una experiencia personal para mejorar su currículum. Quiere construir realmente una carrera en torno a la estrategia empresarial y la consultoría. —Jill se retorció las manos y me miró nerviosa—. ¿Por qué lo pregunta, señor?

—Bueno, tengo una proposición. —Me levanté y me abroché la chaqueta del traje, dándome cuenta de que no me había levantado cuando ellas entraron en la sala como siempre hacía cuando Emily entraba. Era una evidencia para mí de que la veía diferente a nivel fundamental, no solo porque fuera preciosa—. Jill, ahora vas a encargarte de la gestión de la oficina. Supervisarás tanto a Emily como a la secretaria de Olivia, Brita. También al resto de asistentes y personal de oficina. Es un aumento de sueldo y una reducción de horas, lo que te permitirá pasar más tiempo con tus hijos sin que te falten recursos económicos.

Los ojos de Jill se iluminaron.

—¿Qué? ¿Estoy recibiendo un ascenso? —No había visto un ascenso en los años que había trabajado para mí, así que ya era hora. Además, sabía que podría hacer mucho más con sus talentos.

—Sí. —Asentí y me volví hacia Olivia, demasiado ansioso por ir al grano como para regodearme en su entusiasmo—. Olivia, Emily ahora es mi asistente permanente. Llámala secretaria o lo que sea. Da igual. Si necesitamos otra asistente, habla con RRHH para encontrar un buen rango salarial y empieza a buscar.

—Pero, señor, apenas he conseguido que Emily se instalara. —Me encontré con la protesta de Olivia levantando una mano. Ella dejó de hablar, pero su cara decía muchas cosas que sus labios no podían pronunciar. Estaba enfadada conmigo.

—Mi decisión es definitiva. Ahora quiero que la hagas pasar, para poder darle la noticia. También, dile a Gary en RRHH que aumente el

salario de Emily y el de Jill, ambos en un diez por ciento. ¿Entendido?

Olivia me ofreció una mirada escéptica y frunció los labios.

—Sí, señor.

—Gracias, señor Jacobs —dijo Jill, casi eufórica. Se giró y siguió a Olivia hacia afuera, cerrando la puerta tras de sí, y yo me senté de nuevo, listo para poner en marcha la segunda parte de mi plan. Quería tener a Emily en este despacho tanto como fuera posible, incluso si eso significaba reducir mis propios beneficios como director de este bufete.

Intentando centrar mi mente en el trabajo, repasé algunos informes de casos en mi ordenador mientras esperaba a que Emily entrara. No era propio de ella hacerme esperar, así que cuando pasaron casi veinte minutos y entró precipitadamente algo nerviosa, me sorprendí. Parecía un cachorro regañado, pero en lugar de centrarme en su reacción emocional, me fijé en lo fuera de carácter que era esto en ella. Incluso Olivia había mencionado lo puntual que era Emily.

—Te pedí que vinieras aquí hace más de veinte minutos —me levanté y la saludé, indicándole que se sentara en una de las sillas junto a la mesa al otro lado de la habitación.

—Lo siento, Olivia tenía algunas cosas para que terminara a última hora, y también quería hablar conmigo —sacó una silla y se sentó, alisándose los mechones sueltos alrededor de las sienes y colocándoselos detrás de la oreja—. ¿Qué necesitaba, señor?

—En primer lugar, deja de llamarme señor —me reí al sentarme, lo que dibujó una sonrisa en sus labios—. Y en segundo lugar, ahora vas a ser mi asistente personal de forma permanente.

Me ofreció una expresión confusa pero feliz. —¿Soy qué?

—Sí, mi asistente personal exclusivamente. Nadie más en el bufete tendrá acceso a ese increíble talento que tienes. ¿Entendido? Así que cuando te presentes a trabajar mañana por la mañana, puedes limpiar tu antiguo escritorio y mudarte al de Jill —abrió la boca para protestar, pero anticipé sus quejas—. He ascendido a Jill.

—¿Hiciste eso solo para que yo te reportara únicamente a ti? —su mano revoloteó hasta su pecho donde jugueteó con un pequeño

dije de oro en el collar que llevaba. Esto atrajo mis ojos hacia el escote de su blusa y el indicio de sus pechos que se veía.

—Lo hice —me lamí los labios, listo para saborear su piel, pero primero necesitábamos hablar—. Y hay algo de lo que he querido hablar contigo desde hace tiempo —mi miembro estaba hinchándose, la piel ya se sentía tensa. Ella me hacía eso: me excitaba como ninguna mujer que hubiera conocido.

—¿De qué se trata? —Emily se relajó en la silla e inclinó la cabeza hacia mí.

—De cómo se sentía tu coño envolviendo mi polla.

Mientras decía las palabras, la vi tensarse visiblemente. Se sentó más recta, sus cejas se elevaron y miró hacia la puerta. —Apenas creo que sea una conversación apropiada para un lugar de trabajo.

—Entonces realmente vas a pensar que lo que tengo que decir a continuación es inapropiado —vi la sonrisa que intentó ocultar—. Me gustas mucho, y quiero que consideres lo que podríamos tener juntos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, jugueteando nuevamente con su collar. Sus labios se oscurecieron varios tonos, y percibí que estaba ansiosa por que aclarara.

—Me refiero a que cuando encuentras a alguien con quien conectas al instante, y sientes como si lo conocieras toda tu vida, simplemente sabes que es lo correcto. Encajas con esa persona, como la mantequilla de cacahuete y la mermelada, o el puré de patatas y la salsa. Y tú, Emily, eres mi pareja perfecta.

—Señor, yo... —bajó la mirada, sonriendo.

—Te dije que dejaras de llamarme señor. Mi nombre es Daniel. Puedes llamarme Dan, o Danny, o incluso D, pero por favor no seas tan profesional conmigo nunca más. Lo dije en serio cuando dije que me gustas.

El rostro de Emily permaneció agachado, pero la sonrisa que tenía no se me escapó. Era tímida pero no débil, educada, pero no una pusilánime. La estudié mientras consideraba mis palabras, la forma en que su cabello caía en suaves ondas alrededor de su cara, la manera en que la curva de sus pechos era provocativa, pero modesta a su manera. Emily no era un tiburón como Olivia y Grace,

pero tampoco era una medusa como algunas de las otras asistentes que había tenido. Y tenía algo de lucha en ella, un espíritu para esforzarse por la excelencia incluso si iba contra la corriente. Me di cuenta de eso la primera vez que entró directamente en mi oficina sin llamar.

—No estoy segura de cómo responder en este momento —sus mejillas estaban teñidas de rosa (vergüenza o timidez), pero sus labios se oscurecieron. Eso significaba excitación.

Me incliné hacia adelante y tomé su mano, llevándola a mis labios para besarla. —No digas nada ahora —sus palmas estaban sudorosas, otra señal de que estaba nerviosa, pero estaba a punto de ponerla tan a gusto que no podría caminar cuando terminara con ella.

Me miró, con la boca ligeramente abierta. —Pero...

—Solo ve a cerrar la puerta con llave.

9

EMILY

Hice lo que me pidió, cerrando la puerta con llave. En cuanto me lo pidió, mi cuerpo reaccionó. Sabía lo que quería, y yo también lo había estado deseando. Me quedé junto a la puerta cerrada, un poco más tranquila esta vez que la anterior. Él mantuvo la mano en el aire, doblando un dedo y atrayéndome hacia sí.

—La puerta está cerrada, señor. ¿Y ahora qué? —jugueteé con el botón de mi vestido. Mi centro palpitaba, la humedad ya se acumulaba entre mis piernas anticipando su contacto. Y la lujuria en sus ojos me provocaba, obligando a mi cuerpo a humedecerse contra la tela de mis bragas.

Miré hacia las ventanas. Ya había bajado las persianas. Estaba sentado observándome acercarme, y podía ver su pulgar frotando la parte delantera de sus pantalones. —Quítate la ropa.

¿Un ascenso, una puerta cerrada y ahora esto? Mi estómago se revolvió por un momento, dudando. Cuestioné sus motivos en mi cabeza. No necesitaba usar su autoridad para mover hilos y conseguirme tiempo para hacer esto porque yo lo deseaba tanto como él claramente lo hacía. Pero lo había hecho, o tal vez solo parecía que lo había hecho. Pero de sus propios labios, me dejó claro que me quería solo para él y por eso me había dado este

trabajo. Me quedé mirándole sin expresión mientras consideraba qué hacer.

—Su ropa, ahora, Srta. Kline —su dedo se agitó en el aire, señalándome a mí y luego al suelo—. No voy a esperar.

No podía distinguir si solo estaba jugando al travieso juego jefe-empleada en el que participamos la última vez o si realmente estaba haciendo alarde de su poder. La ambivalencia ganó, y me quedé paralizada.

—Mira, Emily, creo que dejé claro hace un momento que no estoy interesado solo en el sexo contigo —se levantó y se acercó a mí, pareciendo entender mi conflicto interno—. Realmente me gustas, y quiero pasar más tiempo contigo para conocerte como persona porque lo que sé hasta ahora es tan increíble, que estoy dispuesto a saltar obstáculos y disgustar a mis padres solo para tenerlo.

Sonreí y bajé la mirada mientras él sujetaba mis hombros. —Si no quieres hacer esto, no tenemos por qué hacerlo. Solo hablaremos.

—No —solté de golpe, mordiéndome el labio—. Quiero decir, no, señor.

—Bien, entonces quítate la ropa como te he dicho.

Toda mi indecisión desapareció, y comencé a quitarme las capas de ropa. Cuando estuve frente a él solo con mi sujetador y bragas, negó con la cabeza. —Todo —dijo, desabrochándose la cremallera.

Mi vagina me gritaba. Era una locura el nivel al que llegaría para complacer a este hombre, pero Dios, cómo lo deseaba. Habría hecho cualquier cosa que me pidiera en ese momento y Evelyn lo habría calificado como una debilidad, pero yo lo llamaba destreza. Contoneé mis caderas, deslizando mis sedosas bragas hasta que cayeron al suelo, y luego me desabroché el sujetador.

Daniel me ayudó a quitarme el sujetador, arrojándolo a un lado, luego señaló su escritorio, convenientemente despejado de cualquier cosa que pudiera dificultar que lo pasáramos bien. —Inclínate —ordenó. Tenía su miembro en la mano, acariciándolo. Me sentí un poco decepcionada de que no quisiera besarme primero, pero

cuando sacó un pañuelo de su bolsillo y lo balanceó frente a mí, entendí lo que quería.

—Eh... no —sacudí la cabeza—. No vas a amordazarme —me reí. Podía ser un poco inexperta, pero no era ingenua. Algunas prácticas sexuales simplemente estaban fuera de mi zona de confort.

—No... no voy a amordazarte. Solo te ofrezco algo para morder y amortiguar los sonidos que vas a hacer. La última vez tuvimos suerte y era temprano. Esta vez, hay mucha gente detrás de esa puerta y no pueden oírte. ¿Me entiendes? —sus ojos eran serios. Asentí.

—Sí, señor —cogí el pañuelo y lo retorcí, envolviéndolo alrededor de mi puño.

—Entonces inclínate y ábrete porque te voy a follar, Srta. Kline.

Le sonreí con picardía y me incliné sobre su escritorio. Con una mano, me estiré detrás de mí y me abrí para él. Se quedó de pie acariciándose mientras me miraba, y yo le observaba por encima de mi hombro. —¿Le gusta lo que ve, señor?

—Demonios, sí.

Daniel avanzó hacia mí con ojos de tigre. Deslizó su miembro arriba y abajo por mi hendidura, esparciendo mi humedad. Luego empujó dentro de mí, y gemí fuertemente.

—Shh... —siseó, recordándome que esta sesión debía ser silenciosa. Recordé el pañuelo retorcido y envuelto alrededor de mis nudillos, y llevé mi mano a la boca y mordí, dejando que mis gemidos de placer fueran absorbidos por el suave algodón—. Buena chica —susurró—. Ahora dime que quieres que te folle.

—Quiero que me folles.

—Ah... pero olvidaste algo.

—Quiero que me folles, señor —gimoteé y volví a meter mi puño contra mi cara, mordiendo con fuerza. Mi sexo se contraía y lo apretaba. Se sentía increíble deslizándose dentro y fuera de mí. La fricción era increíble, y ya sentía como si fuera a hacerme llegar al orgasmo. Nunca había tenido un orgasmo solo con estimulación interna. Quería alcanzar mi clítoris, pero su firme mano me sujetaba contra el escritorio, sin dejarme espacio para tocarme.

—Dios, tu culo es perfecto —murmuró, pero le oí. Embistió con más fuerza, empujándome contra el escritorio. Definitivamente

tendría moretones por cómo mis caderas se presionaban contra la madera dura, pero no me importaba.

—Oh, Dios... —gemí contra la tela. Agarré el borde del escritorio y balanceé mis caderas hacia arriba. Puso su miembro en la posición perfecta para golpear mi pared posterior y volverme loca de lujuria —. Oh, Dios... —gemí de nuevo, más fuerte de lo que debería.

Daniel extendió la mano, agarró un puñado de mi pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás formando un ángulo. —He dicho que se calle, señorita Kline —. Su voz no era fuerte, pero sí autoritaria, y el tono que empleó —de autoridad y firmeza— hizo que mi cuerpo temblara de deseo.

—Sí, señor —murmuré, y él soltó mi pelo. Presioné mi mano contra mi boca de nuevo y me contraje alrededor de él, y al hacerlo sentí que el orgasmo se apoderaba de mí—. Ahora... —susurré—. Ahora... por favor...

Empezó a embestir más rápido, y fue suficiente. Mi cuerpo convulsionó, y no pude hacer otra cosa que asegurarme de que mi boca estuviera cubierta. Los gemidos y suspiros de placer quedaron mayormente ahogados por el pañuelo, y me alegré de que me lo hubiera dado. Me hizo sentir increíble otra vez, y si hubiera querido continuar, habría tenido tres o cuatro orgasmos más.

Pero le sentí explotar dentro de mí, y luego su semen bajando por mi pierna. Su cuerpo estaba hecho para el mío: la forma en que me llevaba al clímax tan rápido y se aseguraba de que yo estuviera satisfecha antes de permitirse disfrutar. Se deslizó fuera de mí, y más semen goteó de mi interior. Me quedé sin fuerzas, tendida sobre el escritorio, incapaz de moverme por un momento. Oí el tintineo de su cinturón, y luego sentí sus manos en mis muslos, secando sus fluidos.

Me incorporé del escritorio y me volví para mirarlo. Él tiró los pañuelos y me entregó mi ropa, que cogí con una sonrisa nebulosa. —¿Significa eso que ahora somos pareja?

—No voy a negar que existe esa posibilidad —. Me gustó cómo sus ojos me devoraban incluso después de haber saciado su lujuria y no tener razón para mirarme como un animal hambriento—. Pero tengo algo para usted.

Rodeó su escritorio y abrió un cajón mientras yo me vestía rápidamente. Esperaba a medias que fuera mi sujetador, el que perdí la última vez, y me aseguré de ponerme todas las prendas que había llevado puestas esta vez. Cuando me entregó una tarjeta de visita, me quedé confundida.

—Sé dónde trabaja —me reí y cogí la tarjeta.

—Dele la vuelta —dijo, señalando, así que lo hice.

Leí el número escrito a mano en el reverso de la tarjeta. Me resultaba muy familiar, pero no pude ubicarlo inmediatamente. Supuse que era su número de móvil, y me alegró saber que iba en serio con lo de tener una relación real, no solo sexo en el trabajo.

—Si tiene novio, debe romper con él. Ahora es mía.

La forma posesiva en que dijo eso sobrecargó mi cuerpo. Me produjo una descarga de adrenalina que me reclamara como suya. —Eh, no estoy saliendo con nadie. ¿Por qué pensaría eso?

—Bueno, le envié un mensaje el otro día. Conseguí su número de nuestros archivos de personal, y usted me dijo que estaba comprometida —. Se apoyó en el borde de su escritorio, donde yo acababa de estar inclinada—. Así que, si está comprometida, deshágase de él.

Me reí y sacudí la cabeza. —No sabía que era usted. Pensé que mi hermana le había dado mi número a algún tipo raro o algo así. Me refería a usted.

Las cejas de Daniel se alzaron con sorpresa. —¿De verdad?

—Sí... Últimamente no puedo pensar en nadie más que en usted. Incluso me distrae del trabajo a veces. Ya se lo dije —. Deslicé la tarjeta en mi sujetador y me arreglé la parte superior antes de sacudir mi pelo para asegurarme de que no pareciera despeinado.

—Me siento halagado —. Extendió la mano y tomó la mía—. ¿Realmente quiere intentarlo?

—Sí, Dan. Realmente quiero.

—Soy mucho mayor que usted.

—No me importa —. Di un paso hacia él—. La edad es solo un número.

—Y soy su jefe.

—Y me estoy enamorando de usted. ¿Qué importa eso? Cuando cae un rayo, lo absorbes y dejas que cargue la atmósfera. No huyes de él.

Se inclinó hacia delante y me besó suavemente, demorándose un momento. —De acuerdo, entonces. Supongo que cualquier mujer que rechaza a otros hombres porque me quiere a mí incluso antes de saber lo que siento es una mujer a la que quiero conocer mejor —. Sus labios rozaron los míos de nuevo—. Porque puede que yo también me esté enamorando de ella.

Mi corazón se elevó. Él no tenía idea de lo que esa confesión me hacía sentir. Quería quedarme allí y hablar, pero sabía que el trabajo me esperaba.

—Deberíamos... —señalé con el pulgar por encima de mi hombro.

—Deberíamos —dijo con firmeza—. Pero sus almuerzos son míos ahora. Y cuando le mande un mensaje, no me diga que me largue otra vez —. Me guiñó un ojo, y me reí, dejándolo allí en su escritorio.

Las cosas acababan de volverse mucho más interesantes, y yo caminaba en las nubes. Le contaría todo a Charlotte, pero Evelyn tendría que enterarse por los rumores. Me estaba enamorando.

10

DANIEL

Observé a Emily contoneándose fuera de mi despacho mientras tiraba del borde de su falda. Se arregló el pelo y salió al pasillo, y yo me relajé tras mi escritorio. Sin embargo, la tormenta que entró en mi despacho era algo que no esperaba.

La cabeza de mi madre se sacudía de un lado a otro peor que un muñeco de cabeza oscilante en el salpicadero de una furgoneta Volkswagen de los años 70. Resopló e hizo un gesto de desdén, señalando en la dirección en la que Emily se alejaba. —Tiene que ser una broma —dijo mi madre, de pie, mirando fijamente el pasillo, y tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco ante su ridícula reacción dramática.

—¿Qué pasa, mamá? —Me incliné hacia delante en mi silla, apoyando los antebrazos en el borde del escritorio y entrelazando mis manos. La habitación olía a sexo, y no me importaba. Era mi despacho, mi bufete y mi asunto.

Ella dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí antes de acercarse con paso fuerte a mi escritorio y dejar caer su bolso con fuerza. Sus fosas nasales estaban dilatadas y sus ojos entrecerrados. —No puedo creer que estuviera diciendo la verdad. Tenía que venir a verlo con mis propios ojos —dijo. De pie, con las manos en las

caderas, me miró fulminantemente como lo hacía cuando era un niño travieso, pero debía saber que eso ya no iba a funcionar.

—¿Ver qué? —Señalé la silla para que se sentara, y se dejó caer en ella dramáticamente.

—Esa fulana de tres al cuarto de la que me habló tu padre. ¿Una asistente, Daniel? —Se inclinó mientras siseaba las palabras—. Puedes aspirar a mucho más.

—Por favor, no hables así de Emily, mamá. No sabes nada sobre ella —Mi temperamento se crispó ante sus insultos. Quería ser respetuoso como siempre, pero tenía que poner un límite en algún sitio. Mis padres se entrometían demasiado en mi vida.

Mamá resopló de nuevo, recostándose en su silla y cruzando los brazos sobre el pecho con desafío. Su traje rojo de rayas se arrugó por la parte delantera, dejando pliegues que normalmente le habrían molestado. Hoy, parecía que yo le molestaba más que la ropa arrugada. Cruzó una pierna sobre la otra y movió el pie con fuerza.

—Quiero lo mejor para ti, Daniel. Cualquier madre querría lo mejor para su hijo. Simplemente no entiendo por qué insistes en rebajar tanto tus estándares. ¿Una asistente? ¿En serio? Quiero decir, ¿al menos está estudiando Derecho?

—No, mamá, no lo está. Es brillante y amable, y si te tomaras aunque fuera dos segundos para conocerla, verías por ti misma que es bastante perfecta para mí.

—¿Porque es fácil? ¿Qué hiciste, inclinarla sobre el escritorio? —Su tono era desagradable, y me resultaba difícil mantener la calma. Me negué a responder a su pregunta, lo que no le importó. Continuó con sus insultos—. Tenía el pelo revuelto, la falda subida. Toda esta habitación huele a sexo. No puedes mentirme. Soy tu madre. Estás destruyendo tu carrera a propósito.

—¡Mamá! —exclamé sin levantar la voz, pero si no paraba con lo que estaba haciendo, vería mis garras salir—. Por favor, podemos hablar de esto y ser civilizados. Emily no ha hecho nada malo. Es una buena chica.

—¡Chica! ¡Ja! ¿Ves? Incluso tú admites que es solo una cría. ¿Qué dirán los medios cuando descubran que estás saliendo con una cría? ¿Eh? —Sus cejas se elevaron acusadoramente, y gesticuló

exageradamente con la mano—. Todo esto se acabará. Lo perderás todo. Ella se enterará de todo el dinero que tienes y presentará una demanda por acoso sexual. Los medios lo publicarán y te llamarán pedófilo o algo así. Daniel, escúchame. Acaba con esto ahora.

Mamá cogió su bolso y lo abrió, rebuscando en él. Sacó un frasco de pastillas y tomó dos, luego volvió a guardarlo. Ni siquiera usó agua para tragarlas. No estaba seguro si eran pastillas para la ansiedad o simplemente medicinas para el dolor de cabeza. Tal vez las tomó como un medio para hacerme sentir culpable, como si mis acciones la hubieran impulsado a un estado frenético que no podía controlar.

Deseaba tener una botella de tequila para ahogar la ira que bullía en mis entrañas, pero incluso si la tuviera, la habría rechazado. Tenía reuniones importantes esta tarde que no podía estropear. Tratar con mi madre nunca era fácil, pero esta interacción realmente estaba tocando mis límites de una mala manera.

—Mira, sé que te preocupas, pero estás completamente fuera de tu ámbito de autoridad.

—¿Lo estoy? —Me miró fijamente—. Creo que el hecho de que salgas con una buscona cazafortunas sí es de mi ámbito de autoridad. Te hemos convertido en todo lo que eres. Déjame recordarte, ¿quién pagó tu universidad? ¿Quién invirtió en este bufete para ayudarte a empezar? ¿Quién te puso en el camino correcto con tus primeros casos y...

—Lo entiendo, mamá. Tú y papá sacrificasteis mucho para traerme hasta aquí, y lo agradezco. Pero mi carrera profesional es independiente de mi vida personal. Salir con Emily no va a hundir mi carrera —Tuve que respirar profundamente para no gritarle, aunque realmente quería desahogarme.

Mamá se levantó de un salto de su asiento, recorriendo la habitación de un lado a otro. Simplemente no entendía mi punto de vista porque ni siquiera había hablado con Emily. Ninguno de mis padres quería hacerlo. Preferían hacer juicios rápidos y descartarla como no lo suficientemente buena para mí porque no tenía un nombre o una reputación.

—¿Sabes, Daniel? Pensaba que te había educado mejor que esto. Piensa en lo que harán tus clientes cuando te vean salir con alguien tan joven. ¿Crees que es solo una amenaza? ¿Qué hay de Bob Nickles? Su hija fue víctima de un hombre mayor que casi la lava el cerebro para unirse a una secta. ¿Cómo le explicarás por qué estás tan obsesionado con ella? ¡Y encima trabaja para ti!

Mamá estaba furiosa, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas y las manos cerradas en puños.

—¿Y si el resto de tu personal te ve jugando a tener favoritos y empiezan a esperar que hagas cosas por ellos como las haces por ella? ¿Eh? Cuando no lo hagas, te pondrán una demanda por trato preferencial o condiciones laborales desiguales.

—Mamá, por favor, siéntate. Esto es ridículo —me levanté, presionando las yemas de mis dedos contra mi escritorio. Mamá se sentó enfadada en el sofá y se reclinó hacia atrás. Al hacerlo, se removió un poco hasta que alcanzó detrás de ella y sacó el sujetador de encaje negro de Emily. Recordé habérselo quitado y dejarlo caer. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había perdido en el mobiliario.

—Dios mío, Daniel —negó con la cabeza y dejó caer el sujetador, cubriéndose la cara—. No puedes estar haciéndome esto.

Ahí estaba, la rotunda puesta de ojos en blanco. Todo en la vida de mi madre giraba en torno a ella, incluso a quién elegía yo para salir. Ya podía oír la siguiente frase que saldría de su boca antes de que la abriera. Las señoras de su club rotario iban a tener un ataque. Los hombres del club de puros de papá me alabarían como el rey de la colina, el gran hombre del campus por haberme ligado a semejante belleza, todo para su evidente desdén. Y yo era la oveja negra, balando la vergüenza familiar a pleno pulmón.

—Daniel, yo...

—Lo sé, mamá. Tus amigos. Los amigos de papá. Etcétera, etcétera —agité la mano en el aire y me acerqué a ella, llevándole su bolso. Se lo entregué y recogí el sujetador de Emily—. Mira, entiendo tu preocupación, pero quiero que sepas que no voy a arruinar mi vida. Sé lo que estoy haciendo. Me gusta mucho esta mujer —con cuidado de no llamar "chica" a Emily otra vez, extendí una mano y la

ayudé a levantarse—. Ahora tengo trabajo que hacer, que si no lo termino, realmente hundirá mi carrera. Así que si tienes algo más que decir sobre mi vida personal, quizás pueda esperar hasta que esté en mi tiempo personal.

Mamá se inquietó, frotando su pie contra la alfombra como si no fuera a marcharse, pero abrí la puerta y me quedé allí esperándola.

—Daniel, no puedes creer que serás feliz con alguien como ella.

—¿A qué te refieres, mamá? ¿A alguien preciosa, divertida, inteligente, ambiciosa y de pensamiento libre? —le lancé una mirada de desaprobación—. ¿O te refieres a alguien pobre?

—Bueno... —se arrastró hacia mí y frunció los labios—. Creo que necesitamos continuar esta conversación cuando tu padre esté presente porque es obvio que no estoy haciéndote entrar en razón.

—Adiós, mamá —dije mientras pasaba junto a mí.

Con la puerta del despacho cerrada, me froté la frente, frustrado. La intensa relajación que sentía después del sexo había desaparecido. Mamá se había encargado de ello. Me desplomé en la silla de mi escritorio y miré fijamente la pantalla. No me importaba que mis padres no aprobaran a Emily, aunque significaría mucho para mí que al menos le dieran una oportunidad.

Solo esperaba que mamá no acorralara a Emily en la oficina exterior y le diera una charla. No quería que esa fuera la primera impresión de Emily sobre mi familia. Eran geniales una vez que los conocías. Solo había que superar sus estándares ridículamente altos.

11

EMILY

Para ser un sábado perezoso, mi cuerpo actuó como un niño rebelde. Me desperté antes de las siete de la mañana sin poder volver a dormirme, así que mientras el resto del mundo seguía durmiendo, navegué por mis redes sociales, borrando notificaciones. La cama estaba demasiado cómoda para levantarme, pero sabía que si no lo hacía, me quedaría allí durante horas, perdiendo la mitad del día. Aparté las sábanas y dejé el móvil en la mesita de noche, pero empezó a vibrar, mostrando en la pantalla la identificación de mi madre. Lo cogí y contesté, lanzándome de nuevo bajo las sábanas.

—Hola, mamá, ¿qué tal?

—Buenos días, cariño. No pensaba que estarías despierta todavía. Creía que quizás estarías somnolienta cuando te llamara —escuché el sonido del agua corriendo de fondo en su lado de la línea. Probablemente estaba fregando los platos después del desayuno. Ella y papá siempre madrugaban.

—Bueno, ahora tengo que levantarme a las cinco y media de la mañana todos los días para ir a trabajar, así que mi cuerpo se está adaptando y no consigo dormir más —me froté los ojos y esperé a que continuara. Hacía unas semanas que no hablaba con ella. No es que estuviera evitando el hogar. Simplemente he estado ocupada con el trabajo últimamente.

—Bueno, tu hermana me ha llamado. Está preocupada por este hombre con el que estás saliendo.

Se me encogió el estómago. Cerré los ojos y suspiré profundamente, esperando que no lo oyera. ¿Por qué Evelyn iría directamente a mamá y papá para hablarles de Daniel? No era asunto suyo con quién salía yo ni lo que hacía en mi vida personal. A veces, odiaba tener una hermana mayor que me acusaba de todo. Ya tenía edad suficiente para tomar mis propias decisiones sin el consentimiento de mis padres.

—¿Dice que es tu jefe? ¿Es el socio principal y director ejecutivo?

—Mamá, no es para tanto —había utilizado el hecho de que Olivia era mi jefa directa para justificar esta relación, pero ahora que dependía directamente de Daniel, probablemente era un poco más poco ético—. No es tan mayor.

—Doce años es mucha diferencia, Emily —el tono de su voz me indicó que ella o Evelyn habían estado investigándole, lo que me enfadó.

—Mamá, soy una mujer adulta. Puedo cuidar de mí misma —aparté las sábanas y me levanté de la cama, ya no me sentía cómoda—. Llevo cinco años tomando mis propias decisiones, vivo sola y pago mis propias facturas. ¿Por qué no puedes confiar en que sé lo que estoy haciendo?

Fui a la cocina, puse una cápsula en mi Keurig y lo encendí. Mientras la máquina se calentaba, cogí una taza, la coloqué bajo la boquilla y preparé la nata y el edulcorante.

—Emily, eres muy joven. No has vivido lo suficiente para saber cuándo alguien te está manipulando.

Mientras decía esas palabras, apreté los dientes. Por supuesto que sabía cuándo alguien me estaba manipulando, como estaba haciendo ella ahora. —Soy mayorcita, mamá.

—Probablemente está usando su autoridad como tu jefe para conseguir que hagas lo que él quiere. Cuando se canse de ti, te despedirá. Emily, se te romperá el corazón. Seguramente ya ha hecho esto con todas sus asistentes hasta ahora.

Las palabras de mamá calaron hondo, pero me negué a creerlas. Sí, había tenido exactamente esos mismos temores, pero me negaba

a creer que Daniel fuera así. —Mamá, no todos los hombres de este planeta son unos idiotas —la máquina siseó, anunciando que el café estaba listo, así que mezclé la nata y el azúcar y volví a meter la nata en la nevera. Luego cogí mi café y me acurruqué en el sofá.

—Emily, por favor. Es mucho mayor que tú. ¿Y si te involucras con este tipo y descubres que no tenéis nada en común? ¿Y si te das cuenta en la treintena de que él está cerca de los cincuenta y se va a la cama antes de las ocho de la tarde mientras tú quieres salir? ¿O si quieres tener hijos pero él ya está pasado de su mejor momento? Necesitas a alguien de tu edad.

—Mamá, por favor. Creo que puedo tomar mis propias decisiones. Me voy a ir. Tengo muchas cosas que hacer hoy, ¿vale? Te llamaré la semana que viene.

Mamá sonaba molesta, pero a estas alturas, no me importaba. Colgamos, y sabía que no sería el final. Ella pondría a mi padre tras de mí después, probablemente exigiendo que volviera a casa. Pero esta era mi vida ahora. Había construido toda mi vida en torno a Chicago: nuevo trabajo, nuevo apartamento, la capacidad de mantenerme. No había forma de que volviera al pequeño pueblo de Illinois para vivir bajo el yugo de mis padres.

Tenía ganas de llamar a Evelyn y regañarla en ese mismo momento, pero esta conversación sería mejor tenerla en persona. Así que abrí la aplicación de calendario en mi móvil. Apareció una notificación que no había visto. Había estado tan ocupada que ni siquiera había abierto mi calendario en días. Cinco días, para ser exactos, porque el seguimiento de salud que se conectaba con mi aplicación de calendario me notificó que no había confirmado el inicio de mi período. Se suponía que debía empezar hace cinco días, y aún no había empezado.

Se me cayó el alma a los pies. Había mantenido relaciones sin protección con Daniel dos veces este mes. Dos veces. Me golpeé la frente y me quedé rumiando un segundo. ¿Cómo podía ser tan tonta? Una parte de mí seguía queriendo reprender a Evelyn, pero ahora una parte mayor de mí se sentía realmente nerviosa. Un embarazo lo complicaría todo. Mis padres realmente exigirían que volviera a casa. Daniel... bueno, ¿quién sabía lo que diría?

Acabábamos de decidir que realmente íbamos a intentar esta relación. Un bebé lo estropearía seriamente. Y mi trabajo... Dios, ¿cómo me mantendría mientras tomaba semanas libres después de dar a luz?

Me entró el pánico, corrí a mi habitación y me vestí. Ni siquiera me tomé tiempo para pensar. Me puse los zapatos, llamé a un Uber y corrí a la farmacia para comprar un test de embarazo. La mujer en el mostrador escaneó el test y tomó mi tarjeta de débito como si esto fuera algo cotidiano. La gente en la ciudad probablemente pasaba por esto todo el tiempo, pero en el condado de Monroe, habría sido la comidilla del pueblo. Así que el anonimato de que nadie me conociera estaba bien, pero seguía teniendo la misma ansiedad.

Corrí a casa tan rápido como pude, rompiendo el embalaje de la caja del test por los sitios equivocados, así que acabé sin tener las instrucciones. Tuve que buscar en Google qué hacer. Me sentí como una idiota porque cualquier otra mujer en este planeta tendría una hermana o una madre para ayudarla. Consideré llamar a Charlotte, pero estaba tan avergonzada. Ella me había advertido que me protegiera y no lo había hecho. Todo en lo que había pensado era en lo maravilloso que era Daniel y en lo mucho que disfrutaba pasando tiempo con él.

Casi empecé a llorar mientras sostenía el pequeño palo de plástico en mi chorro de orina y esperaba a que empapara el algodón del extremo. No pude mirar cómo se procesaba. Lo dejé en la encimera, me lavé las manos y me puse a pasear por el pasillo fuera de la puerta del baño. La idea de tener hijos era algo en lo que siempre había pensado. Quería hijos. Quería una familia numerosa. Solo que pensaba que sería con alguien a quien amara profundamente después de estar casada. No de esta manera.

Pero ser madre significaría el mundo para mí. Un pequeño ser humano que me amara, a quien cuidar. No podía imaginar la cantidad de trabajo que implicaría, pero algo en mi interior secretamente esperaba que quizás estuviera embarazada. Me sentía como un yo-yo, lanzada arriba y abajo en emociones, con la euforia y el puro terror sacudiéndome.

Tenía tantas dudas, tantos miedos. La mayoría de ellos giraban en torno a Daniel y a mí, y nuestra relación. Él probablemente pensaría que me quedé embarazada a propósito y que estaba usando eso para obligarle a quedarse conmigo. No podría estar más lejos de la verdad, pero había visto a dos chicas de mi promoción en la universidad pasar por algo similar. Y para ambas, fue el fin de la relación. Me presioné la mano contra la frente y susurré una oración. No quería pensar en que las cosas con Daniel terminaran. Apenas acababan de empezar.

Después de comprobar la hora en mi teléfono y ver que habían pasado tres minutos, empujé la puerta del baño y entré sigilosamente. Tuve que revisar de nuevo lo que decía internet para determinar los resultados del test porque los nervios ya me habían hecho olvidar. Cuando miré hacia abajo y vi esas pequeñas líneas rosas, lo supe. Las piernas me flaquearon, y me senté en la tapa del inodoro. Cogí el test y me quedé mirándolo.

—Rosa... —murmuré, sintiendo cómo una tonta sonrisa cruzaba mi rostro.

Mi mano revoloteó hacia mi estómago. Esperaba sentirme enferma o aterrorizada. No fue así. Miré fijamente esas líneas rosas y sentí que las lágrimas brotaban. Lágrimas de felicidad.

—Estoy embarazada —. Había una pequeña vida creciendo dentro de mí, una que Daniel y yo habíamos creado juntos. Era un milagro vivo y respirando, y yo formaba parte de él. Todos los miedos que habían pasado por mi cabeza durante los últimos veinte minutos habían desaparecido, reemplazados por una alegría que no podía expresar.

¿Qué importaba si estaba sucediendo antes de lo que había planeado o de manera inesperada? Iba a ser madre, y estaba instantáneamente enamorada del pequeño niño o niña que llevaba dentro. Lloré durante diez minutos enteros, aferrándome a ese test. No sabía cómo le daría la noticia a nadie. Sus reacciones serían exactamente como temía, pero tenía que mantenerme confiada.

Me sequé los ojos y tiré el test a la basura. Lo primero era lo primero, tenía que averiguar si Daniel siquiera quería tener hijos.

12

DANIEL

Miré mi reloj. Era casi la hora de salir y mi día no había sido más que reuniones y llamadas durante horas. Estaba agotado y hambriento. Pasé caminando junto al nuevo escritorio de Jill. Ella estaba felizmente escribiendo en su ordenador como siempre. —¿Qué tal el nuevo puesto? He oído que has contratado un nuevo asistente para Olivia.

Su cara se iluminó y me miró. —Sí, señor. Jeffrey empieza mañana con Olivia. Será una gran incorporación para nuestro equipo.

—Bien, bien. Me alegro de que las cosas te estén yendo bien. —Golpeé con los dedos la esquina de su escritorio y seguí mi camino. Me alegraba tener ahora a Emily solo para mí y que los consiguientes cambios de personal hubieran sido positivos para todos.

Después de pasar por el baño de caballeros para aliviar mi vejiga, me dirigí a mi despacho. Emily no estaba en su escritorio como esperaba, pero la puerta de mi oficina estaba entreabierta. Siempre la dejaba cerrada, así que sabía que Emily tenía que estar trabajando allí. Se había convertido en una especie de espacio de trabajo compartido, ya que ahora ella hacía tanto por mí que necesitaba más espacio para trabajar.

Al entrar, noté los archivos y papeles que había extendido por toda la alfombra. Había al menos una docena de pilas de papel. Ella se movía por allí, colocando copias de las hojas que tenía en la mano encima de cada montón.

—¿Ordenando copias? ¿Sabes que la fotocopiadora puede hacer eso por ti?

—Sí, lo sé. —Fue brusca, inclinándose sobre las pilas sin mirar hacia arriba. No era propio de ella ser cortante conmigo, así que supuse que algo iba mal.

Caminé a su alrededor, con cuidado de no pisar ninguno de sus papeles, y acerqué una silla para poder sentarme y hablar con ella. Estaba ocupada clasificando su papeleo, y me pregunté por qué no había usado simplemente la fotocopiadora, pero no se lo pregunté. No quería molestarla.

—¿Cómo ha ido tu día?

Me miró de reojo cuando le pregunté, pero volvió a centrarse en su trabajo. —Bien. —No había hablado mucho con ella, pero no creía que eso fuera motivo para que estuviera tan molesta conmigo. Teníamos muchos días en los que la comunicación era mínima y me resultaba difícil encontrar tiempo durante mi jornada laboral para pasar con ella.

—¿He hecho algo mal?

—No, no has hecho nada mal. ¿Vale?

Me senté y la observé ordenando todos los archivos durante al menos veinte minutos. Sus hombros estaban tensos y tenía el ceño fruncido. Si no supiera mejor, habría pensado que estaba enfadada conmigo, pero me había dicho que no lo estaba, lo que me dejaba muy confundido. Cuando tuvo todas sus hojas distribuidas en las pilas correspondientes, tomó cada montón y los grapó. Luego los apiló todos juntos.

Mientras se impulsaba del suelo para ponerse en pie, me ofreció una magnífica vista de su trasero. Esa falda que llevaba le quedaba como un guante, y no pude resistirme a decir: —Vaya, tu culo está increíble con esa falda. ¿Qué tal si vienes aquí y te sientas en mi regazo y dejas que te ayude a relajarte?

—Mira, D, no tengo tiempo para esto hoy. —Dejó caer los papeles en mi escritorio—. Los documentos para tu reunión de las cuatro de mañana están aquí. Puedes revisarlos, pero hice exactamente lo que me dijiste que hiciera.

Emily se volvió hacia mí, y noté su expresión triste. Parecía que había lágrimas en sus ojos, aunque no quería entrometerme. —¿Estás bien?

—Ya te he dicho que sí, estoy bien.

Me levanté y me acerqué a ella. —No pareces estar bien. —Extendí la mano hacia ella, pero se alejó, dirigiéndose hacia el sofá. Allí había otra pila de papeles que recogió.

—Mira, simplemente no quiero hablar de ello. —Se colocó el pelo detrás de la oreja y volvió a mi escritorio, y esta vez no dejé que evitara mi agarre.

—Me importas, Em. Mira, algo va mal. Háblame.

Bajó la mirada como si estuviera avergonzada o tuviera miedo de hablar conmigo, y me entristeció que alguna vez pudiera sentir esas emociones a mi alrededor. Sin embargo, nuestra relación no era convencional, y yo había estado muy ocupado y distraído. Incluso nuestros almuerzos juntos habían sido desplazados por reuniones durante la última semana.

—Mira, ¿podemos hablar? —preguntó. Se retorció las manos, y yo asentí.

—Por supuesto que podemos hablar. Sentémonos. —Hice un gesto hacia el sofá, y ella caminó conmigo y se sentó. Sus hombros caían. Podía notar que había estado llorando. Estando tan cerca, vi las marcas a través de su maquillaje, secas hacía tiempo pero aún visibles de cerca—. Dime qué te preocupa.

Emily suspiró y dijo: —Bueno, creo que si vamos a tener una relación, deberíamos hacerla oficial, ¿sabes? —Me miró con expresión esperanzada—. Creo que solo almorzar juntos cuando no estás ocupado y tener sexo sobre tu escritorio no es suficiente. Quiero más, D. Quiero salir contigo y cenar. Quiero ver tu casa, e invitarte a mi apartamento. Quiero presentarte a mis padres en algún momento, y quiero tener sexo en una cama. No en un sofá, o sobre un escritorio, o en una alfombra.

Moví las cejas sugestivamente, recordando el sexo sobre mi escritorio. —Aunque fue sexo bastante caliente. Tienes que admitirlo.

Mi comentario le dibujó una sonrisa en los labios, pero se desvaneció rápidamente y bajó la mirada hacia sus manos, que seguía retorciendo en su regazo. Tuve la sensación de que algo más le preocupaba, pero sabía que se abriría a su debido tiempo.

—Sí, bueno, el sexo no es suficiente para mí. ¿Vale? Necesito un futuro.

—Entonces empecemos ahora mismo. —Me di una palmada en las rodillas y me levanté, y sus ojos siguieron mi movimiento.

—¿Qué quieres decir con ahora mismo?

—Quiero decir, vamos a cenar. Tú y yo. Me muero de hambre. Has estado trabajando duro todo el día. Quiero llevar a mi chica a disfrutar de algo delicioso y estar con ella sin la presión del trabajo sobre nosotros.

Una sonrisa curvó sus labios. —¿Lo dices en serio? —preguntó, levantándose conmigo.

—Sí, lo digo en serio. Lo que sea que tengas entre manos con todo este papeleo puede esperar hasta mañana. Te llevo a Amelio's. Es un sitio de pizza increíble, pero muy elegante. Imagínate el bar de El Padrino, pero sin comida de bar. Y hacen el Moscow Mule más increíble que existe.

—Eh, ¿qué es eso? —Emily tomó mi mano y me siguió hacia la puerta. Ya tenía el móvil en la mano, enviando un mensaje a mi chófer para que viniera a recogerme.

—Es una bebida rusa, cerveza y vodka con lima y algo más... No recuerdo. Pero te encantará.

Emily palideció y negó con la cabeza. —No, gracias. Creo que no voy a beber.

El anuncio me sorprendió. Realmente no había interactuado con Emily fuera del trabajo, pero nunca la tomé por el tipo purista que no bebía. Respetaba a cualquiera que pudiera pasar por la vida sin una cerveza de vez en cuando, pero prefería un acompañante que bebiera.

—¿Estás segura? Yo invito. Puedo pedirte un mojito, o una margarita. Lo que quieras. Es una cena fuera. No estamos en horario laboral. Podría ser divertido soltarse un poco.

Cuanto más la animaba, más pálida se ponía, y su mano acunaba su estómago. —No estoy segura de que sea buena idea. Tengo que trabajar por la mañana, ¿y si acabo con resaca o algo así? Creo que lo mejor para mí es no beber.

—Como quieras. ¿No te importa si yo me tomo algo?

—Por supuesto que no. Puedes hacer lo que quieras. —Su sonrisa regresó mientras colocaba mi mano en la parte baja de su espalda y la guiaba hacia el ascensor. Olivia nos observó pasar, y luego Grace se detuvo para mirarnos boquiabierta. Jill levantó la vista, con los ojos muy abiertos mientras acompañaba a mi cita al ascensor. Cada miembro del personal por el que pasamos tuvo una buena vista de Emily y de mí caminando demasiado cerca como para ser profesional.

Emily se pegó a mi lado, como un ratoncito tímido asustado por las bestias que la devoraban con la mirada. —Están mirando.

—Bueno, deja que miren. De hecho, podríamos darles algo de qué hablar. —Me reí entre dientes, pensando en besarla allí mismo mientras esperábamos a que se abrieran las puertas del ascensor, pero ella se apartó, pulsando el botón de llamada al menos una docena de veces.

—Preferiría que no se hablara de mí ahora mismo.

Cuando pasamos por la oficina de Michael, vi su mirada asesina. Me había advertido que mantuviera las distancias, pero me negaba a dejarme intimidar por él. Se levantó y nos observó caminar, pero no nos siguió. Por eso estaba agradecido. Aunque yo defendería, a cualquier coste, mi decisión de salir con Emily, rezaba para que nunca llegara a una discusión abierta o desacuerdo en la oficina. Y tampoco quería tener esa conversación delante de Emily. Ya lo oiría mañana, pero por esta noche, ojos que no ven, corazón que no siente.

Desanimado pero no derrotado, mantuve las distancias hasta que estuvimos en el coche, momento en el que la atraje contra mi cuerpo y la besé con fuerza. Pareció dudar un momento, pero se

relajó y me dejó profundizar el beso y tocarle también el pecho. Gimió, pero sonó más a dolor que a placer, así que no lo volví a hacer.

—Significa mucho para mí que te tomes lo nuestro en serio. —Emily se apartó ligeramente de mí, mirándome a los ojos. Su mano seguía apoyada en mi pecho.

—Te dije que quiero conocerte. Tenemos una química entre nosotros que nunca he tenido con nadie más, y quiero explorarla.

Mientras hablaba, el rostro de Emily se iluminó de felicidad. Miró por la ventana, más allá de mí, y me giré para ver qué estaba mirando. Cloud Gate había captado su atención, la gigantesca obra de arte con forma de judía en el parque, una gran atracción turística. Se quedó mirando embobada durante los treinta segundos que estuvo a la vista, y luego se recostó.

—Vaya, hay tantas cosas que no he visto en este pueblo.

—Ciudad —corregí.

—¿Eh?

—Chicago es una ciudad, una muy grande.

—Sí, eso es lo que he dicho. En fin, puedes llevarme a ver todos los lugares de interés algún día. Sé muy poco sobre esto. —Se acurrucó de nuevo a mi lado y apoyó la cabeza en mi hombro.

Emily era una chica de pueblo pequeño, completamente ignorante de la vida en la ciudad. Probablemente había visto más granjas y tractores mientras crecía que rascacielos y taxis. Sin duda era algo a lo que tendría que acostumbrarme, porque yo no tenía ningún interés en ir de un lado para otro por la ciudad, enseñándole lugares de interés. Chicago había perdido el encanto para mí hace años. Ahora era solo una ciudad aburrida para mí.

Sin embargo, no iba a renunciar a ella. No importaba cuán diferentes fuéramos, iba a hacer que funcionara.

13

EMILY

Cuando intenté salir de la limusina antes de que el chófer abriera la puerta, Daniel me regañó. Sabía que no pretendía hacerme sentir mal y se disculpó al menos tres veces antes de llegar siquiera a la puerta del restaurante, pero de todas formas rompí a llorar. Mis emociones estaban por todas partes, y no había tenido buenos días últimamente. Pensaba que Evelyn exageraba cuando me contó lo mal que le afectaron las hormonas durante su primer trimestre con Jesse. Ahora lo entendía perfectamente.

Daniel me acompañó a nuestra mesa, y pedimos inmediatamente. Él conocía el menú y tenía sus favoritos, y yo estaba tan hambrienta que me habría comido un caballo, así que no protesté ante sus sugerencias. Pedí un refresco de dieta y decidí estar lo más contenta posible. Mi corazón sopesaba la idea de contarle lo del bebé esta noche. No había pasado mucho tiempo, menos de dos meses, y tenía mucho miedo de que se enfadara, así que sentía mucha presión sobre mis hombros, pero finalmente decidí que cuando el momento fuera propicio, lo mencionaría.

—Emily, has estado un poco alterada todo el día... toda la semana, de hecho. ¿Qué ocurre? ¿No estás feliz saliendo conmigo? —Extendió la mano por encima de la mesa y tomó la mía, y yo le permití sostenerla.

—No... Eh, estoy muy feliz saliendo contigo. Creo que tenemos algo especial. Tenemos tanto en común a pesar de ser tan diferentes en otros aspectos. Es solo que...

Su rostro decayó, con las cejas fruncidas y los ojos entristecidos. —¿Qué pasa?

—Bueno, en primer lugar, eres mi jefe. Y cuando empezamos con esto, no eras mi jefe directo. Era Olivia. Ahora eres tú. Y me preocupa que la gente hable de nosotros. Antes de esta noche, nadie lo sabía realmente. Es decir, había oído rumores por la oficina, pero nadie me preguntó directamente si pasaba algo entre nosotros. Pero ahora que nos han visto salir juntos, y tu brazo estaba alrededor de mí... Van a hablar.

Pensé en cómo las amigas de Evelyn en el instituto cotilleaban sobre ella a sus espaldas, hablando del último chico con el que había salido. A veces, difundían rumores desagradables sobre ella y una vez incluso hicieron correr la historia de que se había quedado embarazada y había abortado solo para no perder la figura. Tenía miedo de que algo similar me pudiera pasar a mí. Chicago quizás me había tratado con anonimato cuando compré aquella prueba de embarazo, pero la oficina no tenía la población de la ciudad. Era un grupo de compañeros de trabajo muy unidos que sabían mucho los unos de los otros.

—Mira, si te preocupa eso, puedo poner las cosas claras. La gente me respeta, y les obligaré a que te respeten a ti también.

Me apretó la mano, pero no me sentí tranquilizada. Sabiendo que mi vientre pronto empezaría a crecer y no habría forma de ocultar este secreto a mis compañeros. Tuve que apartar ese pensamiento porque solo revolvía más emociones y tuve que parpadear para contener las lágrimas.

—Vale, pero ¿qué pasa con la diferencia de edad? —Mi labio tembló mientras hablaba—. Quiero decir, doce años es una gran diferencia. ¿Qué crees que dirá la gente sobre nosotros cuando lo hagamos público de verdad? ¿Y si mueres antes que yo? No puedo casarme con alguien que morirá pronto y me dejará viuda. —Eso fue todo. Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. La idea de que mi marido de cincuenta años muriera cuando yo solo tuviera treinta y

siete y todavía tuviera adolescentes en casa me aterrorizaba. Los hombres morían temprano todo el tiempo: ataque al corazón, derrame cerebral, cáncer. Me estremecí ante la idea.

—Bueno, no tengo planes de abandonar este mundo hasta que esté en mis noventa, así que puedes estar tranquila. Además, necesitamos ir paso a paso. Preocupémonos primero sobre si somos capaces de salir con éxito antes de meternos en un escenario de matrimonio. —Se rio, y me sentí tonta por sacar el tema del matrimonio en nuestra primera cita real, pero en el fondo, sabía que si él supiera lo del bebé, o bien querría casarse o saldría corriendo.

—De acuerdo, entonces... Quiero ser independiente. Quiero construir mi propia carrera y pagarme mis propias cosas. Vi a mi madre teniendo que hacer todo lo que mi padre decía porque él fue el único sustento económico durante mucho tiempo. Quiero tener libertad para tomar decisiones.

—¿Qué te hace pensar que no tendrás libertad? —Asintió al camarero que trajo nuestra gran pizza. Hicimos una pausa en la conversación mientras él servía una porción de pizza en mi plato y luego una en el suyo. Esperé hasta que dio un bocado antes de continuar.

—Bueno... tú ganas mucho dinero. Yo apenas gano nada. Creo que eso va a causar problemas. No vas a dejarme luchar y fracasar y aprender a hacer las cosas. Intervendrás y me salvarás, pagarás mis cosas. No quiero limosnas. —Di un pequeño mordisco a la pizza y me di cuenta de lo buena que estaba. Mi estómago gruñó fuerte. Todavía no había tenido demasiadas náuseas, lo cual era bueno, pero también había ido con cuidado al comer cosas ácidas, y esta salsa era tan increíble que sabía que me iba a exceder.

—De acuerdo, prometo no rescatarte ni imponerte mi dinero. ¿Vale? —Daniel sonaba un poco molesto por mis preocupaciones, así que me eché atrás. Comí mi porción de pizza en silencio y esperé a que él hablara. Quizás había dejado que mis miedos irracionales me llevaran demasiado lejos.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa ahora? ¿Qué tal tu familia? ¿Cómo son? —Sonrió y dio otro bocado a la pizza. Este era un tema

que quería evitar por completo, pero él lo había sacado, así que no había forma de escabullirse.

—Bueno, mis padres son emprendedores, como te conté. Son muy familiares y sobreprotectores, una de las razones por las que vine aquí. Evelyn es un poco controladora como mamá, aunque puede pasar días sin hablarme siquiera, lo cual es agradable. A veces, necesito un respiro. —Me limpié la boca y di un sorbo a mi refresco.

—Interesante... Entonces, ¿dónde te ves dentro de cinco o diez años?

—Quiero quizás mudarme fuera de la ciudad. No necesariamente volver al condado de Monroe, pero tampoco quedarme en Chicago. Es grande y agradable, pero estoy aquí por la oportunidad. Espero tener quizás algunos hijos, una carrera sólida... Ya sabes, el sueño americano.

Daniel me miró fijamente, y vi cómo sus hombros caían un poco mientras se servía otra porción de pizza en su plato.

—¿Y tú? ¿Dónde te ves dentro de diez años? —Me serví otra porción, pero me advertí a mí misma no comer mucho más que eso. Realmente estaba preocupada de que las náuseas matutinas aparecieran en el peor momento posible. No quería terminar vomitando pizza en el baño del restaurante.

—Bueno, me veo dirigiendo mi consolidado bufete aquí en Chicago. Quiero abrir sucursales en Nueva York y Los Ángeles. Siempre he sido un gran fan de la ciudad y realmente no tengo planes de marcharme.

Mi corazón se hundió un poco al escuchar sus planes de futuro. Aunque me encantaba la ciudad y había elegido mudarme aquí, sabía que era un trampolín hacia mi futuro, similar a cómo me sentía respecto a aceptar el trabajo en el bufete. Mis planes no incluían vivir en una ciudad a largo plazo. Noté que tampoco había mencionado nada sobre formar una familia, así que a pesar de mi desánimo por su deseada ubicación de residencia, seguí adelante.

—¿Y una familia? Yo creo que dos o tres niños, quizás. Me encantó tener una hermana con quien crecer, aunque a veces peleábamos. Simplemente no podría imaginar crecer sin hermanos.

Mi amiga Amanda era hija única y lo odiaba. Me contaba cómo sus padres eran tan controladores y agobiantes porque no tenían otros hijos a los que prestar atención —me reí al recordar la historia, pero Daniel se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Nunca me he visto realmente como un hombre de familia, por así decirlo. Me centro principalmente en mi carrera y mis clientes. Se necesita mucho trabajo para dirigir una empresa tú solo, y ni siquiera he tenido tiempo para salir con alguien, mucho menos para tener hijos —mordió su pizza, y mi corazón se hundió hasta las profundidades del océano.

Intenté no dejar que la emoción me abrumara, pero sentí que las lágrimas volvían. —Eh, tengo que ir al baño —forcé una sonrisa—. Vuelvo enseguida, ¿vale?

—Claro —Daniel me sonrió y dio otro mordisco a su comida, y yo me escabullí. Las lágrimas corrían por mis mejillas antes de que lograra encerrarme en un cubículo, y me senté allí con los hombros sacudidos por los sollozos.

Últimamente me emocionaba por las cosas más tontas, pero esto no era una tontería. Si Daniel no quería ser padre, estaba en un gran aprieto. Mi mente daba vueltas con pensamientos que no podía expresar. Ya estaba embarazada. No era como si estuviéramos pensando en planear una familia juntos. Él no sabía nada sobre el bebé, y todo lo que podía pensar era en lo enfadado que estaría cuando lo descubriera. Yo había arruinado los planes de su futuro. Me imaginé una existencia sombría donde luchaba por llegar a fin de mes como madre soltera mientras él vivía su mejor vida en la gran ciudad.

—¿Estás bien? —preguntó una voz suave junto con un golpe en la puerta del cubículo. Estaba sentada en el inodoro pero ni siquiera me había bajado los pantalones, así que la abrí y vi a una camarera con compasión en sus ojos.

—Estoy embarazada, y mi novio acaba de decirme que no se veía formando una familia —sollocé más fuerte. Se sentía bien desahogarme.

—Oh, cariño —se agachó frente a mí—. Escucha, puedes con esto. No es el fin del mundo. ¿Vale? Soy madre soltera y lo estoy

haciendo de maravilla. Hay tantas oportunidades en Chicago —puso su mano en mi rodilla, pero sus palabras no eran tan reconfortantes. Era una prueba más de que había cometido un error.

—Gracias —cogí papel higiénico y me soné la nariz—. Creo que debería volver a la mesa. Te agradezco que me hayas escuchado.

—Claro, no hay problema, cielo.

Tomé unos minutos para lavarme la cara y volver a aplicarme el rímel antes de regresar a la mesa. Daniel no estaba allí, así que me senté sola y comí otra porción de pizza de la que probablemente me arrepentiría más tarde. Cuando regresó, presumiblemente del baño o de pagar la cuenta, parecía preocupado.

—¿Estás bien, Emily? He estado preguntándote qué te pasa todo el día y simplemente no me hablas. Claramente es algo más que el hecho de que sea tu jefe o lo que dirán los compañeros de trabajo.

—Yo... Eh, lo siento, Daniel. Recibí una llamada de mi madre esta semana y realmente me disgustó. ¿Vale? No es nada de lo que debas preocuparte.

—Has estado llorando otra vez. Eso me preocupa —extendió su mano hacia mi rostro y acarició mi mejilla. Me reconfortó su gesto, pero mi corazón seguía muy triste.

—Estoy bien, de verdad.

—Bueno, estás decaída, y no quiero llevarte a casa para que estés sola mientras estás así. Puedes venir a mi casa. Te la enseñaré, y podemos tomar una copa o simplemente sentarnos en la terraza y hablar.

—El trabajo mañana... ¿Cómo estaré preparada? No tengo ropa en tu casa —dudé. La forma en que me había presionado para beber antes me hacía sentir muy incómoda. Me gustaba una copa de vino o un licor tanto como a cualquiera, pero no durante el embarazo. Amaba esta pequeña vida dentro de mí más que a la vida misma. No había forma de que cediera a esa presión, y él se preguntaría por qué—. Quizás esta noche no sea una buena noche.

—Tonterías. Es una noche perfecta. Haré que el chófer te lleve a casa para cambiarte antes del trabajo, y todo irá bien.

Su insistencia en protegerme y cuidarme era dulce. Asentí. —Vale, iré —me levanté con él mientras dejaba algunos billetes en la

mesa como propina. Si me presionaba para beber, simplemente tendría que decírselo. Además, su casa era un lugar mucho mejor para tener esa discusión que un restaurante. Era inevitable, de todos modos...

14

DANIEL

Dejé entrar a Emily, despidiendo a la doncella en la puerta con un gesto. Ella se quedó boquiabierta contemplando la gran lámpara de cristal que colgaba en el recibidor. Al principio me reí de su reacción, de la forma en que pasaba los dedos por los marcos de las pinturas francesas colgadas en la pared, pero luego la duda comenzó a infiltrarse mientras recordaba las acusaciones de mi madre sobre el carácter de Emily. La observé un momento, reflexionando.

—Dios mío, Dan, estas cosas valen millones de euros —se apresuró hacia un pequeño pedestal con un jarrón. Era una pieza única de Émille Gallé directamente de París que había importado para que combinara con los cuadros. Comenzó a cogerlo, pero la interrumpí, quitándoselo de las manos con cuidado.

—Algunas cosas es mejor no tocarlas.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Es caro?

—Todo en esta casa es caro —volví a colocar el jarrón en el pedestal y rodeé su cintura con mi brazo—. Vamos a ver qué hay de esa copa.

Emily se tensó cuando mencioné la bebida, que anteriormente había rechazado, pero la guié hacia mi estudio de todos modos. Miró

por encima del hombro hacia el jarrón y caminó conmigo mientras iba encendiendo las luces por el camino.

—Te enseñaría toda la casa, pero el personal probablemente está durmiendo a estas horas. Podemos entretenernos nosotros solos un rato —le lancé una sonrisa pícara, esperando que entendiera lo que quería decir. El modo en que sus mejillas se sonrojaron indicaba que lo había captado.

—Tienes un gusto muy caro.

—Lo tengo, pero es porque no me falta nada. No trabajo porque tenga que hacerlo. Trabajo porque disfruto haciéndolo. Me encanta mi trabajo —encendí la luz de mi estudio y la dejé entrar. Ella jadeó ante la pared de libros, con estanterías que se extendían desde el suelo hasta los tres metros y medio de altura. Mi colección de clásicos y ciertas primeras ediciones estaban organizadas por valor monetario, con las más costosas de reemplazar guardadas con seguridad en plástico sellado en la estantería superior. Aunque mi primera edición de *Gatsby* estaba justo en el centro, en una estantería un poco por debajo de la altura de los ojos. Emily se sintió inmediatamente atraída por él, tocando suavemente la vitrina de cristal. Exactamente por eso tenía esa edición particular en una vitrina. A todo el mundo le encantaba tocarlo, y como Emily era amante de los libros, no me importaban las huellas dactilares en el cristal.

—¿Tienes un *Gatsby*? —con los ojos muy abiertos, me miró, con una media sonrisa curvando sus labios.

—Lo tengo, pero no puedes tocarlo. Los libros tan antiguos tienen que almacenarse en condiciones muy cuidadosas para que no se dañen.

—Por supuesto que sí —se inclinó y ladeó la cabeza, presumiblemente para poder leer el lomo—. Nunca he visto una primera edición. ¿Cuánto costó?

Ahí estaba de nuevo, la mención del precio de algo. Quizás era porque éramos tan diferentes, o quizás porque yo solo había recibido a mujeres de un estatus mucho más adinerado, pero Emily parecía a la vez atrayente y alarmante en el mismo instante. Mi madre podría tener razón en que era una cazafortunas, pero no

quería creerlo, así que opté por creer lo primero. No estaba acostumbrada a estar rodeada de cosas tan costosas.

Me serví un vaso de bourbon y me lo bebí de un trago, sin molestarme siquiera en preguntarle si quería una copa. Después de sus reacciones anteriores, sabía cuál sería su respuesta.

—Bueno, el ejemplar que tengo tiene una mancha en la página ciento veintitrés, pero pagué doscientos cincuenta mil por él —dejé el vaso en el mueble bar y me reuní con ella junto a los libros—. ¿Eres fan?

—Sabes que me encanta leer. ¿Tienes a Dumas? —me sonrió, agarrándose a las solapas de mi chaqueta.

—Sí. Mi primera edición de *Monte Cristo* está valorada en ochenta y dos mil. Los *Mosqueteros* que tengo valen veinticinco mil. Están en excelente estado, y también sellados en plástico en la estantería superior donde los dedos aceitosos no pueden destruirlos —me incliné y la besé—. Toda esta charla sobre mis libros es agotadora. Creo que tal vez deberíamos relajarnos un poco.

—Dijiste que te encantaba leer, pero no tenía ni idea de que tuvieras una colección tan impresionante —Emily rodeó mi cuello con sus brazos—. Gracias por enseñármela.

Parecía sentirse mejor. Rodeé su cintura con mis brazos y me incliné para besarla, un beso suave y sabroso esta vez, separando sus labios y mordisqueando su lengua.

—Me gustaría enseñarte algo más —la atraje con fuerza contra mi cuerpo, aplastando sus pechos entre nosotros—. Y está arriba en mi dormitorio.

—¿El dormitorio? —bromeó, atrayendo mi boca de nuevo hacia la suya.

—No. Si me salgo con la mía, lo único que verás serán estrellas —continué besándola mientras la empujaba hacia la puerta. Ella parecía arrastrar un poco los pies, así que la levanté, obligando a sus piernas a rodear mis caderas. Cuando lo hice, su cuerpo se relajó, permitiéndome tomar el control. La llevé escaleras arriba hasta mi habitación tenuemente iluminada y la dejé caer en la cama. Le quité la ropa antes de que pudiera protestar, y la mía cayó en el mismo montón.

Se tumbó en la cama temblando, sus ojos dilatados por la lujuria y el deseo, sus labios entreabiertos mientras jadeaba. Su piel era suave y tersa. Pasé mi mano sobre ella y sentí cada relieve, cada curva y cada hendidura, familiarizándome por fin con su cuerpo. —D... —jadeó mientras mi palma se deslizaba sobre su pecho, y lo apreté. Podía oler su champú mientras le acariciaba el cuello. Aunque era dulce y floral, llevaba consigo el sutil almizcle de su excitación.

El sol acababa de ponerse, proyectando un hermoso tono dorado en la habitación. Sentí su suave aliento en mi mejilla mientras me acercaba a ella, mis dedos recorriendo su piel cremosa mientras exploraba sus curvas. Se estremeció bajo mi contacto, sus labios separándose en anticipación a mi beso. Me incliné y la besé intensamente, dejándola sin aliento.

El beso fue intenso, enviando una oleada de calor por mis venas. La habitación parecía girar, y mil estrellas bailaban a nuestro alrededor. Estábamos envueltos en un aura que solo nosotros podíamos sentir, y quería quedarme en este momento para siempre.

—Dios, eres tan hermosa —froté mis caderas contra su pelvis, sintiendo cómo mi polla se deslizaba a través de sus fluidos. Sus gemidos de placer resonaron por la habitación, haciendo vibrar las paredes con el sonido.

La forma en que ella se elevaba para encontrarse conmigo mientras mi cuerpo se frotaba contra el suyo, introduciendo mis dedos en ella, era erótica. Peligrosa. La miré, con sus ojos cerrados y su boca ligeramente entreabierta. Sus mejillas estaban sonrojadas y respiraba pesadamente. Estaba completamente a mi merced, y me deleitaba con el poder que eso me otorgaba.

Pasé mis manos lentamente por su cuerpo, explorando sus curvas con renovada fascinación. Se estremeció cuando mis dedos recorrieron sus brazos y atravesaron su estómago. Cuando llegué a sus muslos, los separó ansiosamente en anticipación.

Su sexo goteaba néctar, la excitación humedecía sus suaves pliegues. Presioné mis dedos en él, sintiéndola tensarse y sobresaltarse de placer. Gimió y se retorció debajo de mí, y sentí que mi propio cuerpo respondía de igual manera.

Moví mis dedos en un movimiento lento y circular, adentrándome cada vez más hasta que todo su cuerpo temblaba y se estremecía. Mi otra mano acariciaba sus pechos y su cuello mientras continuaba provocándola.

Su respiración se volvió cada vez más errática, y supe que estaba cerca. Aumenté la presión y velocidad de mis dedos, empujándola más y más cerca del límite. Finalmente, con un último empuje, dejó escapar un grito entrecortado mientras su orgasmo la llevaba al éxtasis.

—Ahh —gimió, convulsionándose debajo de mí.

—Buena chica —gruñí en su oído, mordiendo su lóbulo y succionándolo. Ella clavó sus dientes en mi hombro y se estremeció, arañando mi espalda. El orgasmo duró varios minutos. Cada vez que disminuía, se hinchaba de nuevo con renovado vigor gracias a mis dedos masajeándola. Y cuando se calmó, le separé las piernas aún más.

Dejó escapar un pequeño jadeo cuando me deslicé dentro de ella, nuestros cuerpos uniéndose en perfecta armonía. Podía sentir su aliento en mi piel mientras me movía, cada movimiento un momento de exquisito placer y anticipación. Mi miembro se sumergía en ella, hundiéndose en su abismo una y otra vez. Su sexo se contraía a mi alrededor, ordeñándome. Gemí mientras el placer crecía dentro de mí hasta una intensidad insoportable.

Mis manos acariciaban sus curvas mientras me movía, mi boca explorando su cuello y sus hombros. Su respiración salía en cortos jadeos mientras se acercaba al orgasmo, y sentí que el mío también se elevaba dentro de mí.

Finalmente, ya no pude contenerme más y mi clímax llenó su cuerpo. Dejé escapar un grito profundo y gutural mientras mi cuerpo pulsaba y se liberaba, completamente drenado pero aún conectado a ella en un íntimo abrazo. Nos quedamos allí después, jadeando, con nuestra piel húmeda de sudor y nuestros corazones latiendo con fuerza. Era lo más cerca que habíamos estado nunca, lo más vivos que cualquiera de nosotros se había sentido jamás. Era un momento de perfecta dicha, donde nada más importaba.

Y cuando finalmente nos quedamos quietos, la abracé, sintiendo su corazón latiendo contra el mío. Yacimos allí, entrelazados el uno con el otro, nuestra respiración volviendo lentamente a la normalidad, la noche a nuestro alrededor desvaneciéndose. Por ese momento, estábamos conectados de una manera que trascendía las palabras, una comunión de almas que nunca había conocido antes.

Se sentía como un sueño, uno que nunca quería que terminara. Pero los sueños no siempre son la realidad, y cuando ella habló, volví al presente.

—D, ¿realmente crees que somos compatibles? ¿Que podemos hacer que esto funcione? —Emily se acurrucó en mi pecho, y la abracé. Me besó la piel, y yo presioné mis labios en su frente.

—Creo que podemos hacer lo que nos propongamos. Creo que si tú quieres estar conmigo y yo quiero estar contigo, entonces nada en el mundo nos detendrá. Solo tenemos que trabajar en ello.

Suspiró con satisfacción, y subí las sábanas para taparnos. —Siento si algo que dije en la cena te molestó. Noté que estabas llorando cuando volviste del baño, y lo último que quiero hacer es herirte. Emily, si no estás bien con esto, por favor dímelo. Encontraremos una solución. Puedo asignarte como asistente de Olivia de nuevo, o de Michael. Eso hará las cosas menos estresantes para ti en el trabajo. Solo tendremos menos tiempo juntos.

Me quedé allí esperando una respuesta, pero no llegó. Me aparté ligeramente y vi sus ojos cerrados y escuché suaves ronquidos. Parecía un ángel envuelta en algodón, durmiendo en mi almohada. ¿Cómo podía alguien tan perfecta causar tanta duda? Mi madre no tenía ni idea de lo que estaba hablando, y yo era un idiota por dudar de Emily. Era tan maravillosa, tan amable. Cierto, era un poco ingenua en ciertos aspectos de la vida, pero esa parte de ella me parecía dulce e inocente. Nunca quise cambiar eso de ella.

—Creo que me estoy enamorando de verdad de ti, Em. —Besé su frente de nuevo y la atraje hacia mi pecho.

—Mmm, ¿puedes taparme? Tengo frío —murmuró, pero sabía que estaba hablando en sueños. La abracé fuertemente para mantenerla caliente. Nunca la dejaría ir de nuevo si dependiera de

mí, pero mañana despertaríamos y la vida se impondría sobre nosotros. Así que por ahora, la disfrutaba tal como era: mía.

15

EMILY

Estaba sentada en mi escritorio esperando a que el reloj marcara las tres. Daniel me había pedido que llevara los paquetes de información que había preparado la semana pasada a esa hora, y estaba nerviosa. Como su asistente, parte de mi trabajo requería que a veces interactuara con los otros socios, y después de escuchar a Grace decirle a Daniel que las relaciones sentimentales dentro de la oficina eran poco éticas, intentaba evitar cualquier interacción con ella. Hoy, sería inevitable.

Golpeaba nerviosamente con los dedos mientras Jill se acercaba. Notó mi gesto y se detuvo junto a mi escritorio, apoyándose en él. —¿Todo bien? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho. Era una mujer encantadora, siempre dispuesta a ayudarme a aprender cualquier cosa que no supiera, ya que ella había ocupado este puesto antes que yo. Me encogí de hombros.

—Estoy bien. Solo un poco nerviosa hoy. Tengo que interrumpir a los socios durante su reunión a las tres. El señor Jacobs me pidió que llevara estos archivos. Es solo que me intimidan. —Me mordisqueé las uñas intentando no alterarme demasiado. Mis emociones ya estaban descontroladas, haciéndome llorar por cualquier cosa.

—Oh, no dejes que te afecten. Lo estás haciendo muy bien. Si tienes la aprobación del señor Jacobs, es todo lo que necesitas. Entra allí como si el lugar fuera tuyo y verás que te respetan. —Jill me dio una palmadita en la mano y se puso de pie—. Además, les caes bien. Estoy segura. Benjamin me dijo el otro día que Daniel está mucho más organizado y al día con todo. Creo que eras exactamente lo que necesitaba. Parece que le estás poniendo las pilas de una forma que yo nunca pude. Buen trabajo.

Forcé una sonrisa y miré el reloj mientras ella se alejaba. Quedaban solo unos minutos para que tuviera que llevar el papeleo, así que tomé una respiración profunda y purificadora para calmarme. Jill tenía razón. Si Daniel estaba contento conmigo, realmente no importaba si les caía bien o no. No les reportaba a ellos, y ni siquiera tenía que hablar con ellos durante mi jornada laboral. Me levanté, recogí mis papeles y caminé hacia la puerta de la oficina. Tan pronto como el reloj marcó la hora, abrí la puerta y entré con confianza.

—Ah, justo a tiempo. —Daniel se levantó y se ajustó la corbata. Siempre se ponía de pie cuando yo entraba en la habitación. Me gustaba eso.

—Aquí tiene, señor Jacobs, los archivos que solicitó. —Le entregué los papeles, pero noté que los socios me miraban fijamente. Si no hubiera sabido mejor, habría pensado que tal vez tenía una mancha en la camisa o un moco o algo así. Tragué para calmar los nervios y señalé el montón—. He hecho copias para todos, y aquí verá que el presupuesto del cliente está resaltado como solicitó. ¿Necesita algo más?

—Creo que eso es todo. Gracias, Emily. —Me sonrió, y me giré para irme cuando Benjamin intervino.

—En realidad, estábamos teniendo un pequeño debate, Emily. ¿Te importaría resolverlo? —Sonrió y miró a Michael, que parecía irritado por el simple hecho de que yo estuviera en la habitación con él. Era el que más nervios me provocaba.

—Eh... —Miré alrededor. Olivia miraba su móvil. Grace fruncía el ceño a Daniel, y yo me quedé inquieta, deseando poder salir corriendo—. ¿Claro?

—Muy bien, queremos saber cuál es el monumento más famoso. La judía, o el Wrigley. —Miró a Michael de nuevo, sonriendo con suficiencia—. Mike piensa que es la judía, pero yo sé que es el Wrigley.

Me humedecí los labios y sentí que se me cerraba la garganta. Había oído hablar del Wrigley Field antes, pero no tenía ni idea de a qué se refería con la judía. Quizás ese era el punto. Estaba intentando demostrar que todo el mundo había oído hablar de los estadios de béisbol, pero que algún otro monumento menos importante era insignificante. Vacilé, encontrándome buscando con mis manos para poder morderme las uñas.

—¿Y bien? ¿Cuál es? —insistió Michael, levantando una ceja.

—Lo siento, señor. No creo que sepa qué es la judía. ¿Quizás se conoce con otro nombre? —Me sentí tonta. No sabía nada de la ciudad. Ni siquiera me había tomado tiempo para hacer turismo o explorar. Desde que me mudé aquí, había estado trabajando todo el tiempo. Ni siquiera podía mirar a Daniel. Sentía que también lo estaba avergonzando, considerando que la gente nos había visto salir juntos, así que probablemente asumían que estábamos saliendo.

—¿La judía? —Las cejas de Michael se elevaron y se juntaron en el medio—. ¿Nunca has oído hablar de la judía? ¿Cloud Gate? ¿Millennium Park? —Se rio, y bajé la mirada hacia mis pies, incapaz de mirar las caras de los demás.

—Venga, chicos. Es nueva en la ciudad. —Que Daniel me defendiera era lo último que necesitaba. Era lástima. Odiaba la lástima. Como aquella vez que uno de los ex novios de Evelyn quiso salir conmigo después de romper con ella porque se compadecía de que nadie se interesara por mí. Era degradante.

—Mira, el Wrigley es la respuesta. —Benjamin también lo estaba haciendo, intentando desviar la conversación de mi humillación.

—No, es bastante gracioso, sin embargo —dijo Michael—. La judía es tan enorme, ¿quién podría perdérsela? Una gigante obra de arte plateada con forma de judía.

Mientras describía lo que era, recordé instantáneamente la noche en que Daniel me llevó al otro lado de la ciudad para cenar y vi

aquella enorme masa plateada. No tenía ni idea de cómo se llamaba. Nunca había oído hablar de ella antes de venir a Chicago, así que Benjamin tenía razón. Todo el mundo había oído hablar del Wrigley Field, pero no todo el mundo conocía la judía.

—Necesitamos volver al trabajo —dijo Daniel, dejando los papeles sobre la mesa frente a él—. Emily, ven conmigo. —Se dirigió hacia la puerta, y yo le seguí, arrastrando los pies. Sentía las miradas de todos en la sala sobre mí, como si fuera la leprosa del campamento a la que escoltaban fuera del pueblo antes de que infectara a alguien más. Cuando la puerta se cerró tras nosotros, sentí que mis ojos se humedecían.

—Lo siento muchísimo. Estoy humillada. —Me pellizqué el puente de la nariz para evitar que las lágrimas salieran.

Él me tomó por los brazos, hablándome con suavidad. —Emily, ¿estás bien? Esos tipos a veces son groseros. Lo siento.

—¿Sabes qué? No lo sé. Queda como una hora para terminar. ¿Puedo simplemente irme a casa? No quiero llorar delante de esta gente. —Me limpié los ojos rebeldes y sorbí.

—Claro que puedes. Te llamaré más tarde, ¿vale? Si necesitas algo, llámame. —Sin ninguna vergüenza, Daniel se inclinó y me besó la frente—. Cuídate.

Me quedé allí un momento después de que él volviera a entrar en la sala de conferencias, luego relajé los hombros, cogí mi bolso de mi escritorio y me dirigí al ascensor. Me encaminé al metro y encontré un sitio para sentarme, decidiendo que necesitaba hablar con alguien sobre cómo me sentía, así que llamé a Charlotte, quien respondió al primer tono.

—Hola, Em, ¿qué pasa?

Parpadeé con fuerza, conteniendo las lágrimas, y aclaré mi garganta para asegurarme de que mi voz no temblara al hablar. —Bueno, estoy humillada. El trabajo ha sido literalmente un desastre, y he querido llorar.

—Oh, Dios, ¿qué ha pasado? ¿Has roto con Dan? —Su primera pregunta me hizo enojar, el hecho de que pensara eso me entristeció, probablemente porque temía que así sería como acabarían las cosas, de todas formas.

—Eh, no, pero también estoy un poco preocupada por las cosas con él. Aunque esa es otra historia. —Me mordí la uña mientras miraba por la ventana. El metro salió de la estación, moviéndose lentamente. Observé por la ventana cómo los peatones en el andén esperaban el siguiente tren mientras nosotros nos alejábamos rápidamente.

—Entonces cuéntame qué ha pasado —dijo Charlotte.

—Quiero decir, no fue nada grave, y supongo que la situación está en realidad más conectada con si Daniel y yo lo conseguiremos o no de lo que me di cuenta. Char, no creo que seamos lo suficientemente parecidos. A Dan le gusta la ciudad. Yo quiero mudarme de aquí eventualmente. Él es tan atrevido y extrovertido, y yo soy muy tímida. Él tiene todo este poder, toda su carrera construida. Yo apenas estoy empezando. No tengo nada. Él es rico. Yo vivo de fideos instantáneos y uso lavanderías. —Mis ojos ardían con lágrimas contenidas.

—Vaya, ¿eso es todo?

—No, quiero decir... Bueno, él no se ve a sí mismo como padre. Yo quiero hijos, muchos. Sabes cuánto significa eso para mí. —Al escucharlo todo en voz alta, finalmente me estaba dando cuenta. Ni siquiera éramos compatibles. Veníamos de mundos diferentes—. ¿Por qué estoy saliendo con él? Evelyn tenía razón. Esto es un desastre. —Dejé que las lágrimas cayeran libremente.

—No, para ya. Em, tú eres el Yin de su Yang, la mantequilla de su mermelada. No te comes un bocadillo de kétchup y le pones más kétchup. ¡Necesitas la carne! —Charlotte se rio—. Lo estás viendo todo mal. Los opuestos se atraen por una razón. Tú lo equilibras. ¿Qué te hace pensar que su poder no dejará espacio para que tú tengas el tuyo? ¿O que su dinero tiene que anular todo lo que tú haces? Puedes ser un poco de campo para suavizar su actitud de chico de ciudad.

Apreció su intento humorístico de hacerme sentir mejor, pero ya había decidido mi destino. Era demasiado diferente de él, sobre todo porque estaba embarazada y sabía que él no quería hijos. O al menos eso es lo que había dicho. No se veía a sí mismo como padre.

Esa diferencia era una que definitivamente nos dividiría. No podía vernos superando esto cuando le dijera que estaba embarazada.

—Oye, Char, realmente aprecio que hables conmigo, pero ya no me siento bien. Creo que voy a dormir una siesta el resto del viaje a casa.

—Sí, vale. Bueno, estaré aquí toda la noche. No tengo planes. —Sonaba derrotada, y odiaba hacerla sentir así. Normalmente tenía un don para ayudarme, pero hoy simplemente no era ese tipo de día.

—Te llamaré más tarde, quizás.

—De acuerdo, adiós. —Char colgó, y guardé mi teléfono. Tenía que averiguar cómo decirle a Daniel que estaba embarazada de su hijo. Simplemente sabía que iba a disgustarse por ello, y por esa razón, decidí esperar. Ya lloraba por todo. Cuando se lo dijera, quería sentirme con la cabeza despejada, no emocional.

Simplemente no sabía cuánto tiempo pasaría antes de que mis emociones se estabilizaran.

16

DANIEL

El ambiente estaba tenso cuando regresé a la oficina. Michael me fulminó con la mirada mientras caminaba de vuelta a mi sitio en la cabecera de la mesa. Podía notar que habían estado hablando de mí durante mi ausencia, y estaba seguro de que el beso que le di a Emily no había ayudado. Olivia miraba fijamente los papeles frente a ella. Como socia junior, no tenía voz en las decisiones de alto nivel y, sinceramente, ninguno de ellos tenía derecho a decirme cómo vivir mi vida personal.

—¿Qué? —solté bruscamente al sentarme. Me metí la corbata en la chaqueta y acerqué la silla a la mesa. Grace no disimulaba la mirada de disgusto que me estaba lanzando, y Benjamin parecía divertido por la actitud de Michael y Grace.

—¿Que qué? ¿De verdad tienes que hacer esa pregunta? —Las aletas nasales de Michael se dilataron mientras se inclinaba hacia delante y apartaba los papeles—. Dan, ya hablamos de esto. Estás pisando terreno resbaladizo. ¿Entiendes lo diferentes que sois Emily y tú? ¿Cómo un solo comentario equivocado podría enviarla directamente a presentar una demanda?

—¿De qué estás hablando? Estamos en una relación que ambos deseamos —intenté contener mi indignación, pero crecía por

segundos—. Te dije que te mantuvieras al margen de mi vida personal.

—Señor, con todo respeto, su vida personal afectará a su trabajo —Grace se aclaró la garganta nerviosamente. Al menos ella tenía la decencia de estar inquieta por la forma en que me hablaba, a diferencia de Michael. Él había estado conmigo tanto tiempo que ni siquiera dudaba en decir lo que pensaba, razón por la cual cuando Emily y yo hacíamos algo en mi despacho, había empezado a pedirle que cerrara la puerta con llave, temeroso de que él entrara en cualquier momento.

—Mi vida personal está completamente separada de mi capacidad para desempeñarme como abogado. Si estuviera saliendo con alguien fuera de esta oficina, sería lo mismo.

—Señor, si Emily...

—¿Si Emily qué, Grace? ¿Si decide que quiere mi dinero? Se lo daré. ¿Si decide que quiere mi poder? Suyo. No se puede poner precio al amor —una vez que la palabra salió de mi boca, no había vuelta atrás. Las cejas de Michael se arquearon y él se levantó, inclinándose sobre la mesa de manera amenazadora.

—No puedes pensar que la amas. Esto es solo un capricho pasajero. Es una cría, Daniel. Una niña. Tú eres un hombre adulto —soltó una risa burlona y negó con la cabeza—. También estabas enamorado de Keri, y mira cómo acabó eso.

Solo mencionar su nombre me enfureció. Me puse en pie listo para golpearlo al instante, y Ben tuvo que sujetarme.

—Eh, Dan... Tranquilízate —Ben presionó su mano contra mi pecho, y apreté la mandíbula.

—Sabes perfectamente que Keri solo me estaba utilizando. Me arruinó. Podría haberme llevado a la bancarrota —le señalé con el dedo mientras gritaba, sabiendo que en la oficina exterior podían verme y oírme.

—¡Exacto! Te advertí sobre ella. Y te estoy advirtiendo sobre Emily también. Ni siquiera lo ves. Te está utilizando, manipulándote y tergiversando todo aquí. Un día, te van a demandar por acoso sexual, y tu nombre aparecerá en todas las pantallas de televisión de

América. No serás mejor que Cosby o Clinton —Michael recogió sus papeles y los golpeó contra la mesa.

Olivia me miró, con el labio tembloroso, y la miré directamente.

—¿Qué piensas tú, Olivia? ¿Crees que Emily es así? ¿Está solo introduciéndose en mi corazón para demandarme y quedarse con todo lo que valgo? —Era una pregunta retórica, pero ella respondió.

—No, señor, no lo creo, pero ninguno de nosotros pensó realmente que Keri fuera capaz de lo que hizo tampoco —temblaba mientras hablaba, aún bastante intimidada por estar con los socios. Empecé a dirigirme hacia Michael de nuevo, pero Ben habló suavemente en mi oído.

—Déjalo ir, jefe. Necesita desahogarse —su mano presionó mi pecho con más firmeza, y me pasé la mano por el pelo con frustración.

—Cuando ocurra, no esperes que el bufete te saque de esta —Michael salió furioso, dejando que la puerta se cerrara de golpe tras él.

—Me temo que estoy de acuerdo con Mike, Daniel. Si continúas por este camino, lo lamentarás. Aunque no puedo aprobar el comportamiento de Michael aquí hoy, tampoco puedo respaldar tu relación con una empleada. En el clima actual con el movimiento "me too", estás buscando problemas. Tiene razón. Los tabloides y los medios de comunicación se comerían esto, una pesadilla de acoso sexual. Perderíamos reputación y algunos clientes muy conservadores —Grace apartó su silla de la mesa, recogió sus papeles y se levantó—. Lo siento, señor —salió un poco más tranquila de lo que lo había hecho Michael, y Ben me soltó.

—¿Qué demonios se supone que debo hacer? —me pellizqué el puente de la nariz y me froté la cara.

—Creo que el amor es amor, y si realmente estás en una relación comprometida con ella, entonces haz que funcione y esos tipos lo superarán. ¿Qué es el amor sin un poco de conflicto? Y además, eres el socio principal. ¿Qué pueden hacer? —Benjamin me dio una palmada en el hombro.

—Gracias por no dejarme hacer algo estúpido, Ben —suspiré y dejé que la tensión abandonara mis hombros.

—Por supuesto. Ahora vete a casa o algo así. Date algo de tiempo para calmarte también —Ben se fue, y Olivia se levantó tímidamente, recogió su papeleo y el de él, y movió los dedos en señal de despedida antes de seguirlo fuera de la sala de conferencias.

No entendía por qué estaban tan disgustados con mi relación. Podía ver que estaban preocupados, especialmente Michael después de lo que Keri había hecho y cómo la firma tuvo que respaldarme, pero Emily era diferente, y se negaban a conocerla.

La silla detrás de mí se convirtió en mi refugio durante los siguientes cuarenta minutos mientras rumiaba sobre la actitud de Michael. Había estado en contra de esto desde el principio con las mismas preocupaciones sobre Emily, pero si ella fuera a demandarnos, lo habría hecho hace siglos. Estábamos en un buen momento, aunque sabía que ella había estado emocional últimamente, pero honestamente sentía que las cosas iban bien entre nosotros. Cuando expresó sus preocupaciones sobre querer más que solo "sexo de oficina", como ella lo había llamado, me lo tomé en serio.

Alcancé mi teléfono y marqué su número. Quería ver si se uniría a mí en mi casa esta noche para cenar. Después de una tarde frustrante, realmente no quería cenar solo, y no podía pensar en mejor compañía que la suya. Pero la línea pasó directamente al buzón de voz. No dejé ningún mensaje. Si todavía estaba avergonzada o molesta por la forma en que Michael la había tratado, sabía que probablemente necesitaba espacio.

Así que envié un mensaje a mi chófer para que viniera a recogerme y llevé mis papeles de vuelta a mi escritorio donde recogí mi cartera y llaves. Caminar por la oficina exterior se sentía como jugar a la ruleta rusa, sin saber si me iba a encontrar con Michael o no, pero él y Grace estaban hablando en voz baja en su oficina cuando pasé. Era mejor así. Sabía que si él empezaba con tonterías de nuevo, simplemente le daría un puñetazo y me arrepentiría. Olivia ya se había ido, y Ben no estaba a la vista, así que bajé en el ascensor hasta la planta baja con un conserje y su cubo de fregar.

Cuando mi chófer finalmente entró en mi camino de entrada, noté el coche de mis padres aparcado. Era lo último que esperaba, tener visitas sorpresa, pero no podía fingir que no estaba en casa o que no lo había visto. Papá estaba en el porche fumando un puro. Nunca fumaba dentro de casa porque mamá no lo permitía. Me había visto llegar. Esperé hasta que el conductor me abrió la puerta y salí lentamente. Solo quería relajarme, no tener más sermones sobre Emily y su estatus o valor, o si debería estar con ella.

Con los hombros cuadrados, caminé hasta la puerta principal y asentí con la cabeza a papá mientras lo hacía. Exhaló algo de humo y dejó caer su puro, apagándolo con el pie en el cemento. Pateó la colilla medio quemada hacia el jardín y se volvió para seguirme mientras alcanzaba la puerta.

—Bueno, hijo, tu madre y yo queríamos charlar contigo. Tu criada nos dejó entrar. Espero que no te importe.

—Sí... —murmuré. ¿Qué más podía decir? Podía notar por el tono de su voz que tenía la intención de interrogarme, y eso endureció el borde que había tenido desde aproximadamente las tres y cuarto de esta tarde.

—Oh, Daniel —chilló mamá cuando entré en el salón—, ¿has traído a esa mujer a tu casa?

Confundido, me detuve justo dentro de la puerta, y papá chocó contra mi espalda. Miré alrededor de la habitación y encontré a mi criada de pie junto al mueble bar. Sus mejillas estaban rojas y tenía la cabeza agachada. Es típico de mamá acosar a mi personal para que revele cosas de las que nunca deberían hablar.

—Sí, la he traído —dije, mirando enojado a la criada—. Recuérdame encontrar personal más leal.

Mamá resopló y agitó la mano, y la criada hizo una reverencia y dijo:

—Lo siento, señor. —Salió corriendo de la habitación después de entregarme un vaso de whisky que me había servido. Probablemente sabía que lo necesitaría para esto. Me lo bebí de dos tragos y lo dejé sobre la mesa de centro antes de pasearme frente a las estanterías.

—Daniel, tu madre y yo estamos bastante preocupados. Sabemos que estás buscando a alguien con quien pasar tu vida, pero necesitas encontrar a alguien que encaje contigo. —Papá hablaba como si tuviera a alguien en mente. Le oí chasquear los dedos y levanté la mirada, girándome para verlo haciendo señas a alguien para que entrara en la habitación. Era preciosa —alta, rubia, curvilínea— pero no era Emily—. Esta es Bethany. Es estudiante de cuarto año de derecho en Harvard. Es la hija de uno de mis colegas, proviene de una familia adinerada. Está más cerca de tu edad, Dan. Tiene casi treinta años, y sí, volvió a la universidad para obtener su título de derecho, pero eso fue después de conseguir su doctorado.

Mi pecho se tensó. Por mucho que quisiera gritarle lo estúpido que era, no quería arrastrar a esta pobre mujer a mi drama familiar. Me acerqué a ella y extendí mi mano.

—Hola, Bethany, es un placer conocerla.

—Lo mismo digo, Daniel. Nuestros padres han sido amigos durante un tiempo, así que he oído hablar de usted a lo largo de los años. Cuando su padre se ofreció a presentarme, me sentí halagada. —Se sonrojó mientras retiraba su mano y agarraba su bolso negro frente a ella.

—Si nos disculpa un momento, creo que tengo algo que necesito discutir con mis padres a solas. Fue realmente agradable conocerla. —Señalé hacia la puerta, y ella asintió, pareciendo decepcionada. Tan pronto como salió por la puerta, estallé.

—¡¿Qué clase de mierda maléfica estáis intentando hacer?! —Miré entre mamá y papá. Decir que estaba furioso no empezaba a explicar cómo me sentía—. Estoy en una relación. No sois Cupido. No podéis simplemente traer a otras mujeres a mi casa y presentarlas como si hubieseis encontrado una pareja perfecta.

—Estoy segura de que cuando te calmes, verás que Bethany es una pareja mucho mejor para tu personalidad, tu estatus financiero, incluso tu educación. —Mamá se levantó y enganchó su bolso sobre su brazo y se pavoneó hacia mí—. Incluso es mucho más guapa que esa rubia tonta del trabajo.

—¡Emily no es una rubia tonta!

—Oh, Danny, sabes que solo queremos lo mejor para ti. —Mamá me dio una palmadita en la mejilla y me sonrió. Educadamente la tomé por la muñeca y quité su mano de mi mejilla.

—No queréis lo mejor para mí. Queréis lo mejor para vosotros. Pensáis que mi relación con alguien que percibís como inferior a vosotros da mala imagen. Pues bien, estoy saliendo con ella, y ahora somos pareja.

—No puedes hablar en serio —intervino papá—. Eso es ridículo.

—Salid de mi casa. —Señalé la puerta, mirando furiosamente a ambos—. Ahora. Fuera. He terminado con esta conversación. Agradeced a Bethany por venir. No estoy interesado.

Les di la espalda, recogiendo mi vaso de camino al mueble bar, y escuché la puerta cerrarse mientras me servía una copa. Dios, cómo deseaba que Emily estuviera allí para demostrarles lo increíble que era.

Me bebí el vaso y me serví otro, luego me desplomé en el sofá de mi despacho. Estaban equivocados. Todos ellos lo estaban. Nunca pondría en peligro mi trabajo o mi futuro si pensara que Emily trataba de engañarme. Lucharía con uñas y dientes para demostrar su valía y mi amor por ella porque la amaba. Incluso si ella hubiera respondido a mis avances con motivos ocultos, ahora sabía que tenía un corazón puro. No había forma de que me estuviera utilizando.

Bebí un sorbo de whisky y cerré los ojos, recostando la cabeza. Pero mientras daba otro sorbo, los recuerdos de Emily inundaron mi mente. Recuerdos de su risa, su tacto, sus suaves curvas presionadas contra mí. Sentí que mi cuerpo se agitaba de deseo, y supe que la necesitaba. La necesitaba más que a cualquier otra cosa en el mundo.

No me iba a rendir, y no iba a permitir que nada se interpusiera en mi camino.

17

EMILY

Entré pesadamente en mi piso, empapada por la caminata de tres manzanas desde la estación de metro bajo la lluvia. Mis zapatos expulsaban agua con cada paso, dejando charcos por donde pasaba. Me sentía frustrada por no haber recordado mi paraguas, pero había estado tan preocupada con Daniel y con cómo decirle que estaba embarazada que ni siquiera había comprobado el tiempo. No podía culpar a nadie más que a mí misma.

Me quité la chaqueta del traje, dejándola caer en el felpudo junto a mis zapatos, y dejé mi bolso. También goteaba por la ducha que se había llevado, pero el contenido estaba a salvo, protegido por el cuero del que estaba hecho. Tenía frío, estaba temblando y hambrienta, pero primero necesitaba entrar en calor. Después del largo día de trabajo y el peso emocional de estar embarazada, sabía que necesitaba un tiempo a solas para desconectar y relajarme. Decidí que una ducha caliente sería lo ideal.

Me desvestí rápidamente, intentando ignorar el frío del ambiente, y me metí en la ducha. Mi ropa mojada quedó en el suelo formando un charco que tendría que limpiar más tarde. Inmediatamente, sentí el agua caliente cayendo por mi cuerpo, como un dulce alivio después de un largo día. Metí la cabeza bajo el agua y comencé a lavarme el pelo. El sonido del agua corriendo era fuerte. Cerré los

ojos, dejando que la calidez aliviara mis preocupaciones y se llevara mi cansancio.

Dejé correr la ducha, con los pensamientos acelerados mientras procesaba los acontecimientos del día y reflexionaba sobre los cambios que llegaban a mi vida. Sentí la calidez del agua y el vapor a mi alrededor, y por un momento, me perdí en mi propio mundo.

Finalmente, abrí los ojos y salí de la ducha. Sentí una oleada de confort, con el vapor aún flotando a mi alrededor como un abrazo. Mientras me secaba, me vi de refilón en el espejo. Pronto, mi cuerpo cambiaría de forma milagrosa, pero no podría ocultarlo. Eso me provocó un nudo en el estómago al recordar que aún tenía que contárselo a Daniel. Me vestí, sintiéndome al menos caliente ahora.

Estaba famélica. Cuando salí a la cocina, mi estómago gruñó de forma desagradable. Había estado tan preocupada con mis inquietudes sobre el embarazo que me había olvidado de comer durante todo el día. Ahora, mi cuerpo exigía sustento.

Fui a la cocina y abrí la puerta del frigorífico. Dentro, una botella de vino medio vacía brillaba en la tenue luz, llamándome. La miré por un momento y luego cerré la puerta con firmeza. Por mucho que quisiera ahogar mis problemas en una copa de vino, sabía que debía ser responsable y abstenerme durante el embarazo. Y el frigorífico estaba casi vacío. Hacía semanas que no iba a comprar, y la falta de lechuga, leche y huevos era una clara señal de que me había quedado sin alimentos frescos.

El olor de mis grasientas sobras de comida china era un recordatorio penetrante de cuánto tiempo llevaba sin una comida casera. Ya podía imaginar en mi cabeza la cena saludable que prepararía. Se me hacía la boca agua ante la perspectiva de una comida casera con una copa de vino tinto, todo perfecto y puro, pero logré cerrar el frigorífico y alejarme.

En cambio, rebusqué en los armarios, y finalmente encontré algunos artículos para preparar una comida rudimentaria. Un puñado de aceitunas deshuesadas, algunas galletas resecas, un tomate, un trozo de queso y un tarro de pepinillos era todo lo que pude encontrar.

Coloqué mis ingredientes en la encimera y me apresuré a montar una comida. Aceitunas fritas y queso con rodajas de tomate, servido con galletas y pepinillos. No era gourmet, pero serviría.

Mientras comía, seguía pensando en lo que haría si Daniel no quisiera ser padre. ¿Podría mantener al bebé económicamente? Estaba llena de preocupaciones, y por mucho que comiera, la sensación de desasosiego en mi estómago no desaparecería. Era un cáncer que devoraba mi estabilidad mental. La comida solo servía para adormecer el dolor físico del hambre, pero no hacía nada para saciar a la bestia que quería devorar mi corazón.

Cuando terminé la escasa comida, tiré las sobras, incluida la comida china sobrante, y aclaré mi plato. Lavaría los platos más tarde, pero ahora mismo, todo lo que quería era acurrucarme en el sofá y ver una película para despejar la mente. Haber sido humillada en el trabajo realmente me había deprimido.

Me desplomé en el sofá y escuché un golpe justo cuando alargaba la mano para coger el mando. Nadie en la ciudad sabía dónde vivía excepto Charlotte, Evelyn y la señora de recursos humanos del trabajo. Tenía que ser Char, porque Evelyn me habría llamado primero. Por un momento, dudé si quería abrir la puerta y tener compañía, pero los golpes se hicieron más fuertes, así que me levanté del sofá a regañadientes y me sacudí el pelo mojado, dirigiéndome hacia la puerta.

Abrí la puerta y apareció Charlotte. En una mano sostenía un paraguas goteando, en la otra una bolsa de hamburguesas de McDonalds, y llevaba una botella de vino bajo el brazo.

—¿Adivina quién ha venido a rescatarte de estar sola después de un día de mierda?

En cualquier otro día, su cara habría sido una visión bienvenida, pero hoy no me apetecía. Me aparté a un lado, murmurando:—Pasa.

Pasó a mi lado, dejando el paraguas junto a la puerta y dirigiéndose hacia el sofá. El apartamento era pequeño: un dormitorio, una cocina, un baño y una sala de estar. Era un cuchitril, pero era mi hogar. No me gustaba el sitio, pero me gustaba que fuera mío. Los muebles de la sala eran restos de una liquidación por incendio, un sofá de cuero marrón manchado, una mesa de café con

muescas, una estantería desconchada. Todo comprado con los pocos ahorros que tenía cuando me mudé a Chicago.

Char se dejó caer en el viejo sofá que había mandado limpiar profesionalmente con el dinero que había conseguido reunir reciclando latas de aluminio. No había tenido tiempo de hacer mucho más. El salón estaba pintado en verde pálido y cubierto con una alfombra de pelo largo marrón. La ventana estaba tapada con persianas amarillentas que bajaban y bloqueaban la mayor parte de la luz. Eso era suficiente. Si yo no podía ver hacia afuera, los demás no podían ver hacia dentro, y eso me parecía bien.

—Has tenido un día difícil, y estoy aquí para animarte —Charlotte dio una palmada en el sofá, y yo cerré la puerta con llave y me uní a ella. Dejó las hamburguesas y el vino sobre la mesa y cogió el mando a distancia—. ¿Qué te parece ver una película romántica mientras me cuentas sobre tu día?

Me encogí de hombros.

—Estaba a punto de empezar a ver *Dirty Dancing*.

—¿*Dirty Dancing*? Esa es tu película de ruptura. Me dijiste que las cosas estaban bien con Dan —se lanzó hacia la bolsa de hamburguesas con queso y sacó una, dejándola caer en su regazo. Mientras hacía zapping con una mano, desenvolvía la hamburguesa con la otra y le daba un enorme bocado. Me pareció que estaba más interesada en no estar sola esta noche que en consolarme, pero después de una cena tan penosa, no me importaba. Cogí una hamburguesa y también me puse a comer.

Nuestro ritual de películas románticas y vino tendría que cambiar, pero incluso contarle a Charlotte sobre el bebé me parecía una hazaña enorme. Así que, empecé con las cosas pequeñas.

—No dije que las cosas estuvieran bien. Dije que era otra historia y que lo mencionaría más tarde.

Charlotte masticaba ruidosamente y asintió.

—Continúa —dijo con la boca llena. Dejó la hamburguesa sobre el envoltorio extendido en su regazo y se limpió las manos en los pantalones, luego agarró la botella de vino. Había puesto *Dirty Dancing* y los créditos iniciales estaban apareciendo—. Oh, Dios —dijo después de tragar—, olvidé los vasos.

—Yo... —empecé a protestar, pero ya estaba de pie, corriendo hacia la cocina antes de que pudiera terminar. Me encogí, mordisqueando la hamburguesa. Tenía la sensación de que la grasa me revolvería el estómago, pero la comí de todos modos. Era lo mejor que había comido esta semana.

—Aquí tienes —dijo, llenando un vaso de vino de la botella y extendiéndomelo. Lo cogí, pero lo dejé en la mesa y seguí comiendo más hamburguesa.

—Ahora, dime qué pasa.

Cuando se sentó, el sofá se sacudió. Me sentí un poco mareada y decidí ir con calma con las hamburguesas.

—Bueno, hoy fue malo por lo groseros que fueron los chicos, pero...

—¿Pero qué? —Cogió mi copa de vino y me la puso en la mano de nuevo—. Bebe. Te sentirás mejor —Bebió su vino de un trago, observándome mientras me mordía el labio y miraba la hamburguesa medio comida en el envoltorio sobre mi rodilla—. Bebe, Em. ¿Qué pasa?

Dudé, con el pecho tan oprimido que pensé que estaba teniendo un ataque de asma, y eso que no tenía asma. Contarle a mi mejor amiga que había metido la pata probablemente era más difícil que decírselo a mis propios padres, sobre todo porque todavía me importaba lo que pensara.

—¿Por qué no estás bebiendo? Te encanta esta marca de vino.

La miré y suspiré.

—No puedo.

—¿Por qué? ¿Estás tomando otra cosa? ¿Medicación? ¿Estás enferma?

—No, Char, no puedo beber contigo porque estoy embarazada — dejé el vaso, preparada para el sermón.

—¡No me digas! —Sus ojos se abrieron mucho, con las cejas tan altas que casi le tocaban la línea del pelo—. ¿Hablas en serio? ¿No es una broma?

Me encogí de hombros de nuevo.

—Totalmente en serio.

Se bebió toda su copa de vino y la dejó en la mesa, colocando la hamburguesa junto a ella.

—¿Y te dejó por eso? —chasqueó la lengua—. Chica, puedes denunciarlo. No tienes que aguantar esto. Ese hombre tiene una responsabilidad con su...

—¡No! —Tomé un respiro profundo y lo solté de golpe—. No, no voy a denunciar. Y no, no me dejó por eso.

—Entonces, ¿por qué te dejó? —Parecía confundida, y me sentía culpable por ello. Cada chico que me había dejado —que eran muy pocos— me había dejado en una espiral descendente viendo *Dirty Dancing* en repetición durante semanas. Era natural que asumiera que me había dejado basándose en mi elección de película.

—No me dejó, Char.

—¿Entonces por qué estás viendo *Dirty Dancing*? —Charlotte cogió mi copa de vino y dio un sorbo. No me importó. No iba a participar.

El sofá crujió cuando cambié de posición. Dejé la hamburguesa en la mesa y encogí las rodillas contra el pecho.

—Cuando le pregunté sobre tener una familia, dijo que no se veía como padre.

—Oh, Dios mío, ¿no se lo has dicho? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Unas semanas —sentí las lágrimas acumulándose en mis ojos mientras apretaba mis piernas. Con la barbilla firmemente apoyada en mi rodilla, dije—: No sé cómo decírselo. ¿Y si se enfada? ¿Y si piensa que voy detrás de su dinero, o que lo hice a propósito? Dios, Char, estaba tan emocionada por fin por conocer a un hombre que se interesaba por mí y con quien soy realmente compatible. No estaba pensando. Lo hicimos tantas veces en su oficina y nunca usamos protección.

—Entonces, ¿sabes que es suyo? —Desdobló el envoltorio de su hamburguesa y continuó comiendo, masticando ruidosamente.

—Sí, claro que es suyo. No me he acostado con nadie más desde que vine a la ciudad —agachando la cabeza, dejé caer las lágrimas. Daniel significaba mucho para mí. No sabía cómo iba a hacer esto sin él. Claro, podría conseguir otro trabajo, ganarme la vida, mantenerme, pero añadir un bebé a la mezcla sería difícil. ¿Cómo

ahorraría suficiente dinero para pagar las facturas mientras estaba de baja por maternidad durante semanas? ¿Y cómo me permitiría un cuidado infantil en el que pudiera confiar?

—Dios, tienes que decírselo. Emily, esto no es una broma. Necesitas atención prenatal adecuada, revisiones... ¿Cómo vas a permitirte eso? A menos que tengas un...

—No. No voy a abortar a mi bebé —apreté los dientes y la miré. Sería lo primero que me exigirían mis padres. No podía creer que mi mejor amiga lo sugiriera.

—Vale —dijo, soltando la hamburguesa y levantando las manos a la defensiva—. Nunca lo volveré a mencionar. Solo te digo que si no se lo cuentas, vas a tener muchas dificultades. Los bebés son caros.

—Lo sé... —murmuré, volviendo a agachar la barbilla. Los bebés cuestan mucho dinero, pero el coste no era solo económico. Tener este bebé podría costarme mi relación. Pero una cosa era segura. Incluso si Dan no quería al bebé, yo lo iba a tener. Nadie me haría cambiar de opinión sobre eso.

18

DANIEL

Después de varias reuniones, me di cuenta de que mi café matutino nunca había llegado a mi escritorio como de costumbre. Durante las últimas dos semanas, desde que Michael humilló a Emily, no había tenido más que largas jornadas de trabajo y agotadoras cenas de negocios. Sabía que Emily estaba decepcionada. Había estado desanimada y poco comunicativa. Me sentía mal porque la habían relegado a un segundo plano, pero a veces, el trabajo se ponía así y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

Acababa de colgar la llamada con Wexler y Main, una firma competidora que ahora se unía a nosotros en una demanda colectiva por preocupaciones de privacidad con un gigante tecnológico, y me palpitaba la cabeza. Si no conseguía cafeína pronto, tendría un dolor de cabeza cegador que no desaparecería. Pulsé el botón del intercomunicador en mi teléfono, sonando el timbre. —Emily, ¿podrías traerme mi café, por favor?

Pasaron unos segundos y no respondió, así que volví a pulsar el botón. —¿Emily? ¿Mi café, por favor? —Le di el beneficio de la duda pensando que quizás estaba en una llamada o algo, pero cuando no respondió la segunda vez, marqué su extensión. No contestó.

Frustrado, me levanté y me acerqué a la puerta de mi despacho, abriéndola. Miré hacia su escritorio para encontrarlo vacío. La silla estaba metida, la pantalla del ordenador apagada, sin encender hoy. Su bolso no estaba en la estantería bajo el escritorio, y no había ningún jersey colgado en el respaldo de la silla, lo que me desconcertó. Miré mi reloj. Eran más de las ocho de la mañana. Debería haber llegado hace horas.

Emily no había llamado para avisarme de que no vendría, y tampoco había tenido noticias de Olivia, así que me dirigí al despacho de Olivia. Cuando miré por la ventana, noté que estaba en una llamada, así que llamé suavemente. Después de unos minutos, su voz dijo: —Adelante. —Empujé la puerta y me quedé en el umbral.

—Oye, ¿te ha llamado Emily? No está en su escritorio —me apoyé en la jamba, manteniendo la mano en el pomo de la puerta.

—Sí, lo siento. —Olivia se aclaró la garganta e hizo una mueca—. Llamó antes de las siete, dijo que estaba enferma. Iba a avisarte y luego me enredé en esa conferencia telefónica con Japón y el caso Maxell Thurman. Le pido disculpas.

—No, está bien. —Empecé a irme pero volví a asomar la cabeza por la puerta—. ¿Sonaba enferma? Es decir, ¿crees que necesita algo? —Tenía el corazón en la mano, y no me importaba. Si alguno de los socios simpatizaba con mis sentimientos hacia Emily, era Olivia o Ben.

—Sí, sonaba realmente cansada y decaída. No estoy segura de qué le pasa. No lo dijo. ¿Quieres que la llame y haga un seguimiento? Quizás pueda enviarle algunas flores. —Tenía la mano sobre el auricular del teléfono, preparada para seguir mis órdenes.

—No, está bien. Hazme un favor y pídele a Jill que cancele mis reuniones de la mañana. Voy a recoger algunas cosas y pasarme por casa de Emily para asegurarme de que está bien.

—Claro que sí, señor. —Olivia ya estaba marcando la extensión de Jill mientras yo salía por la puerta. Me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde vivía Emily, nuestra relación se centraba principalmente en el trabajo, mi casa y los dos restaurantes donde

habíamos almorzado o cenado. También me sentía mal por eso. Al parecer, era horrible en las relaciones.

Regresé a mi despacho y me senté frente al ordenador. Mis dedos comenzaron a buscar en los archivos de personal de los empleados su información. Conseguí la dirección y la escribí en un mensaje para mi chófer, junto con instrucciones para que me recogiera y algunas paradas que hacer, luego cogí mi cartera y el teléfono y bajé a la planta baja donde mi limusina ya me esperaba fuera.

La cola de la cafetería donde planeaba comprar algo de sopa daba la vuelta al edificio, así que pasé de largo y me dirigí a una cafetería. Al menos podría quitarme el dolor de cabeza y comprarle una taza de su bebida favorita. Entré y salí en menos de quince minutos y me dirigí al apartamento de Emily. No tenía ni idea de que su trayecto al otro lado de la ciudad fuera tan largo. Probablemente cogía el transporte público, lo que me resultaba espantoso, la idea de sentarse junto a desconocidos comunes y mendigos en un tren durante treinta minutos, pero había sido mimado toda mi vida.

Para cuando mi chófer se detuvo frente al edificio, había adquirido una comprensión totalmente nueva sobre Emily que nunca había imaginado. Su edificio de apartamentos se encontraba entre dos edificios condenados, quemados por un incendio años atrás y nunca restaurados. Su propiedad probablemente estaba atrapada en trámites legales o algo así. Enfrente había edificios con grafitis, una tienda de reparación de ordenadores y una lavandería. Ambos tenían rejas en las ventanas, lo que dejaba entrever la tasa de delincuencia en este barrio.

Me estremecí ante la idea de vivir en condiciones tan horribles, pero le di a Emily el beneficio de la duda. Era inteligente, lo suficientemente inteligente como para tomar sus propias decisiones. Y la ubicación de la vivienda de uno no debería reflejar negativamente su valor como persona, pero no podía evitar sentirme un poco extraño, como si me hubiera ocultado esto de alguna manera.

Me dirigí al edificio llevando los cafés y una bolsa de papel de la farmacia donde había comprado algunos medicamentos para el dolor

y la fiebre. No había portero, solo una puerta de cristal con marco metálico con el mecanismo de la cerradura roto. El ascensor tenía un cartel de *Fuera de servicio*, así que subí los tres pisos hasta su planta y busqué el tres-cero-nueve. La moqueta del pasillo estaba manchada, pegajosa además mientras caminaba sobre ella.

Cuando encontré su puerta, llamé, sin saber qué esperar al entrar. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras esperaba una respuesta. Después de varios segundos, oí movimiento dentro y el sonido de cerraduras abriéndose. La puerta se abrió con un chirrido, revelando un apartamento tenuemente iluminado. Las cortinas estaban completamente cerradas, y la única fuente de luz provenía de una lámpara parpadeante en la esquina.

—Em, Olivia me dijo que llamaste diciendo que estabas enferma. Te he traído esto —le mostré el café y los medicamentos.

Ella estaba frente a mí, desaliñada y pálida. Sus ojos estaban hundidos como si hubiera estado durmiendo, pero no parecía enferma. Tomó el café y la medicina de mis manos, con los dedos temblando mientras lo hacía. —Gracias —susurró, con la voz ronca.

La seguí al interior del apartamento, observando el entorno. Muebles de segunda mano que habían conocido días mejores enmarcaban el espacio de la sala, separando la cocina de concepto abierto de la zona de estar. Un pasillo corto a la derecha estaba oscuro, con una puerta a cada lado, probablemente el baño y el dormitorio. Emily se arrastró hasta la encimera de la cocina y dejó la bolsa, luego se giró hacia mí, abrazando su café con las manos.

—No tenías que venir —llevaba una camiseta manchada y unos pantalones cortos de gimnasia viejos que parecían pertenecer a otro hombre. Su cara aún mostraba el rímel que había llevado ayer, ahora una extraña mancha de ojos ahumados y grumos en las pestañas.

—¿Estás enferma? —me apoyé contra la encimera de la cocina, y esta gimió bajo mi peso. Una parte de mí se preguntaba si las paredes, finas como el papel, se derrumbarían si ejercía presión sobre ellas.

—Solo me siento indispuesta hoy —se llevó la mano al estómago —. No quería compartir gérmenes con nadie —la forma en que miró hacia abajo, a la taza de café, me hizo pensar que estaba mintiendo,

pero no insistí. Todo el mundo merecía un día de descanso mental de vez en cuando, y ella había estado realmente deprimida. Yo también habría estado deprimido si viviera en condiciones como estas.

—Siento que el lugar esté tan desordenado —continuó, dejando su taza. Cogió los pocos platos y tazas que había en su fregadero y los metió en el lavavajillas, luego se secó las manos. No creía que el lugar pareciera desordenado, solo deteriorado. El edificio tenía que estar cerca de ser condenado a demolición.

—No, está bien. Si no te encuentras bien, deberías acostarte —señalé hacia el sofá, y ella asintió, recogiendo su café y dirigiéndose en esa dirección. La seguí, con las tablas del suelo crujiendo bajo mis pies mientras avanzaba. La habitación olía a tabaco viejo y moho, ninguno de los dos olores agradable, aunque probablemente ella se había vuelto inmune a ellos durante la primera semana de vivir aquí. Sabía que no era fumadora, así que tuvo que haber sido el inquilino anterior.

—No tenías que venir a ver cómo estaba. Estoy bien, de verdad —Emily se dejó caer en el sofá y dio un sorbo a su café, y yo me senté, hundiéndome en el cojín sobredimensionado un poco más de lo que me habría gustado. Los muelles bajo el cuero habían cedido hace mucho tiempo, por lo que parecía. Mi corazón se retorció en mi pecho. Emily no merecía vivir en condiciones como estas. Era demasiado inteligente, demasiado decidida.

—Me importas mucho, Em. Quería asegurarme de que estás bien. Has estado decaída últimamente, y no quería que pensaras que no lo he notado.

Ella miró el café y se encogió de hombros. —Lo siento. Estoy bien.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —pregunté, y ella se removió incómoda.

—No, está bien —volvió a sorber el café, y pude notar que lo estaba usando como medio para ocultar su malestar—. Gracias por pasarte por aquí.

—Por supuesto.

Viendo lo incómoda que estaba, cambié de tema y hablé sobre el trabajo. Discutimos algunos casos en los que ella me había estado ayudando, los informes y expedientes que tenía que organizar. Odiaba que nuestra conversación se hubiera reducido únicamente a temas de trabajo, pero sabía que esos temas eran seguros y no la molestarían. En mi interior, sin embargo, me sentía tenso, como si quizás todos tuvieran razón y yo estuviera cometiendo un error.

No me sentía así por ninguna otra razón más que por sus condiciones de vida, así que libraba una batalla conmigo mismo sobre qué creer. Mamá tenía razón. Yo estaba muy por encima de la liga de Emily, y ahora podía verlo claramente, pero eso no debería importar cuando el amor está presente.

Si solo pudiera convencer a mi mente lógica de lo que mi corazón creía vehementemente. Me repetía una y otra vez: "Emily es pura como la nieve recién caída", pero mi lógica estaba ganando a mi emoción.

19

EMILY

Sorbí el café con cuidado, consciente de que ya había vomitado tres veces esta mañana. No quería ser descortés y dejar a Daniel sentado en mi sofá mientras corría al baño. Parecía tenso, como si estuviera incómodo en mi piso. No se parecía en nada a su mansión. Mi apartamento apenas era habitable. Hasta yo lo sabía, pero él no había dicho ni una palabra al respecto.

—Te agradezco mucho que hayas pasado por aquí —No esperaba ninguna visita. Cuando llamé y le dije a Olivia que estaría ausente hoy, me dijo que debería haber llamado a Daniel, pero yo sabía que esto sucedería: que le daría la impresión de que era una desvalida enfermiza que necesitaba consuelo. Honestamente, solo quería fundirme con los cojines del sofá y ser invisible. Era ferozmente independiente y sabía que podía cuidarme sola.

—No es ningún problema. Solo quería asegurarme de que estuvieras bien —El sofá crujió cuando se reacomodó. Los muelles estaban rotos, y debería haberme sentado yo en ese extremo porque sabía que era incómodo, pero la impresión de verle entrar en mi diminuto apartamento no me dejó pensar con claridad.

—Tengo que ser sincera, Dan. Todavía me preocupa un poco que seamos tan diferentes. Sé que dijiste que no importa, pero he visto cómo vives, tu casa —Me temblaban las manos mientras llevaba la

taza a mis labios y volvía a sorber. No me estaba saboteando. No le estaba alejando. Realmente creía que sería más feliz con alguien diferente, alguien que no estuviera a punto de sorprenderle con un embarazo. Tampoco tenía el valor de contarle sobre ello.

—Emily, ya he hablado de esto contigo. De hecho, lo he hablado con mis padres y mis socios. Las diferencias no van a ser lo que nos impida estar juntos —Frunció los labios y suspiró—. No deberías preocuparte por eso.

Asentí, sin saber qué significaba aquello. Me preguntaba si pensaba que otra cosa nos impediría estar juntos. Sus manos se entrelazaban y se separaban en su regazo, sus ojos escaneaban la habitación como si estuviera vigilando un insecto volador para que no se le posara encima. Podía notar que algo le molestaba. Odiaba que estuviera incómodo en mi piso porque no había nada que yo pudiera hacer respecto a las condiciones. Incluso con el decente salario que me pagaba la firma, esto era todo lo que podía permitirme. La ciudad era cara.

—¿Crees que algo nos va a impedir estar juntos? —pregunté, sin estar segura de querer oír su respuesta.

—Lo único que puedo prever que me impediría estar contigo es una mentira —Sus ojos cambiaron, centrándose en mí en lugar del insecto invisible—. Puedo superar cualquier verdad difícil, pero las mentiras... son imperdonables.

Tragué con fuerza, ocultándolo tras la taza de café que volví a llevar a mis labios. Sostuve la taza allí, fingiendo sorber pero sabiendo que si otra gota de este café llegaba a mi estómago, definitivamente vomitaría. Me preguntaba si lo sabía, o cómo habría descubierto que estaba embarazada. Había sido muy cuidadosa. Solo Char sabía lo del bebé, y nunca me traicionaría de esa manera. Todo lo que pude hacer fue asentir en señal de acuerdo y contener las lágrimas de culpa que se me estaban acumulando. Ya le había mentido.

—Es que no me encuentro muy bien ahora mismo —Era la verdad. El peso añadido de la emoción que sus palabras acababan de provocar me hizo sentir diez veces peor. ¿Quién iba a pensar que tener sentimientos fuertes empeoraría las náuseas matutinas?

—¿Sabes lo que es? —Se inclinó hacia mí, preocupado. Su mano levantó el vaso de papel de mi agarre y lo colocó sobre la mesa, luego presionó su mano contra mi frente—. No pareces tener fiebre.

—No he estado con nadie que estuviera enfermo... —Tuve cuidado de no mentir directamente, aunque sabía que la mentira por omisión me atormentaría el resto del día.

—¿Solo has tenido náuseas? —Sus ojos me estudiaron, y pensé que seguramente me iba a preguntar si estaba embarazada, pero no lo hizo. Asentí y él dijo—: Probablemente solo sea un virus. He oído que está circulando por ahí —Se levantó, cogió la taza de café y se dirigió a la cocina—. Probablemente no deberías beber esto si tienes el estómago revuelto. Lo empeorarás. Saldré a buscarte sopa. Eso te ayudará.

—No —solté de golpe, poniéndome de pie. Me abracé el estómago y le seguí hasta la cocina, donde quitó la tapa del vaso y vertió el café por el desagüe—. Yo, eh... voy a pedir cita y a ver al médico —*Eventualmente*... añadí en mi cabeza, para que no fuera una mentira—. Simplemente pasaré por un autoservicio y cogeré mi propia sopa.

—Como quieras —dijo, volviéndose hacia mí. Dejó el vaso vacío en la encimera y luego me tomó por los brazos y me besó en la frente—. Siento mucho que no te encuentres bien. Si hay algo que pueda hacer, llámame. Vendré enseguida.

—Debería estar bien. Con suerte, volveré al trabajo mañana.

Los ojos de Daniel hicieron otro repaso a mi apartamento y luego se posaron en mi cara. —¿Estás segura de que eres feliz aquí? Es decir, las condiciones de vida... —Su voz se apagó, y apartó la mirada, luego dijo apresuradamente—: No estoy juzgando. Solo pregunto. ¿No quieres algo mejor?

Me encogí de hombros y miré alrededor. —Crecí siendo muy pobre, Dan —Los muebles rotos y manchados habían sido mis posesiones más preciadas cuando me mudé aquí porque eran míos. Mis primeros muebles en mi propio hogar. Era lo que podía permitirme, y me sentía como una reina porque lo estaba haciendo por mi cuenta.

—Yo viví en condiciones muy modestas durante mucho tiempo. No fue hasta aproximadamente un año antes de que me mudara a Chicago que el negocio de mis padres despegó. Recuerdo momentos en los que ni siquiera teníamos dinero para comprar comida y teníamos que ir a un banco de alimentos para pedir ayuda.

Me volví hacia él y forcé una sonrisa. —No soy multimillonaria como tú, pero me mantengo a mí misma. Sé que no es lujoso y que las cosas podrían estar mejor, pero es mío. ¿Sabes? Y estoy orgullosa de poder vivir en esta ciudad tan cara y ser independiente.

Hubo un silencio incómodo antes de que tomara su mano. —¿No te vayas todavía? —le pregunté, y él entrelazó sus dedos con los míos—. ¿Puedes simplemente abrazarme un momento?

—Sí, puedo hacer eso —su acuerdo no parecía ni positivo ni negativo, pero sentí que quizás habría preferido irse. Lo llevé a mi dormitorio, donde doblé las sábanas de mi cama sin hacer y me metí dentro. Dan se quitó los zapatos, colocó su chaqueta del traje a los pies de la cama y se tumbó junto a mí. No sabía si esta sería una de las últimas veces que disfrutaría de sus brazos alrededor de mí, así que absorbí cada segundo. El aroma de su colonia, la forma en que acariciaba con el pulgar el dorso de mi mano.

No dije nada. Él tampoco. Nos quedamos allí tumbados hasta que casi me quedé dormida y Dan recibió una llamada. Metió la mano en su bolsillo y sacó el móvil. Vi que la identificación de la llamada mostraba el nombre de Grace y supe que tenía que irse incluso antes de que aclarara su garganta.

—Yo... eh... tengo que atender esto —Daniel se apartó de mí dejándome helada y se metió los pies en los zapatos—. Te llamaré más tarde, ¿vale? —Asentí, y se marchó sin decir una palabra más, olvidándose de su chaqueta.

Me hice un ovillo y abracé el edredón. Era obvio lo mucho que yo luchaba. Tuvo que haberlo visto. Y su manera de actuar me decía que estaba teniendo dudas. Todo esto antes de que supiera siquiera que estaba embarazada, lo que no auguraba nada bueno para mí cuando tuviera que contarle lo del bebé.

Empecé a llorar. De hecho, lloré tan fuerte solo pensando en lo enfadado que estaría conmigo que mi estómago comenzó a

retorcerse. El miedo me atrapó: criar a este bebé sola sin él, que rompiera conmigo porque le había mentido y no se lo había dicho de inmediato. La culpa y la vergüenza me invadieron, absorbiéndome y escupiéndome hasta que salí corriendo al baño para vomitar por cuarta vez hoy.

Dolía, el ácido en mi garganta, las arcadas secas cuando lo único que salía eran los pocos sorbos de café que había bebido. Me dolía la cabeza. Sentía como si los ojos se me fueran a salir de la cara, pero permanecí sobre el inodoro, sollozando y con náuseas. Tenía que decírselo, aunque me matara. Simplemente no sabía cómo hacerlo.

20

DANIEL

Era un día bastante agradable, fresco pero tranquilo. Cuando mamá me invitó a un brunch, casi rechacé la invitación como otro evento a evitar, pero cuando dijo que vendrían Nick y Ginny, decidí ir. Ahora estaba sentado alrededor de la mesa de hierro forjado en la terraza trasera de mis padres escuchando a Nick hablar sobre lo exitoso que era su negocio. Ginny, con ocho meses de embarazo, estaba sentada frente a mí, masticando su comida en silencio. Parecía no estar tan contenta con el negocio de Nick, aunque lo entendía. Ella preferiría tenerlo más disponible para el tiempo familiar.

—En fin, las cosas han despegado realmente y estoy muy emocionado con ello —Nick clavó el tenedor en los gofres que había elegido para comer, y la cabeza de Ginny se inclinó.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo —dijo papá, sorbiendo su café —. Te ha ido muy bien, como a Daniel. Su nombre está en prácticamente todas las vallas publicitarias de la ciudad. —Levantó su taza como si brindara y me guiñó un ojo—. Daniel va camino de convertirse en el nombre más grande en derecho de este país. No dudo que un día estará defendiendo casos ante el Tribunal Supremo.

Me encogí de hombros, subiendo y bajando las cejas en un breve movimiento. Ni siquiera había considerado llevar un caso tan lejos,

pero la idea no me intimidaba. Aun así, últimamente mi mente había estado en otras cosas. Mi objetivo hoy era sobrevivir al brunch y quizás llamar a Emily para ver si le apetecía cenar.

—Sí, Nick. A Daniel le va muy bien —mamá miró a papá—. Pero también estamos muy orgullosos de ti. La industria deportiva es tan importante para la economía como el derecho. Y posees la marca de artículos deportivos de mayor crecimiento en el país. Eso es digno de elogio.

Mamá siempre tenía que reforzar el ego de Nick. Yo era más como mi padre, persiguiendo el derecho y haciendo el bien a los demás. Nick siempre fue como mamá, de espíritu libre y feliz. No es que papá no fuera feliz. Es solo que nadie le veía feliz nunca. Yo culpaba a que trabajaba demasiado.

Me había encontrado cayendo en la misma trampa, no ser feliz, hasta que apareció Emily. Parecía que era todo en lo que pensaba últimamente, incluso días después de ver su apartamento y preguntarme si todo lo que Michael y mis padres habían dicho era cierto. Se había vuelto tan importante para mí que afectaba a todo mi día. Cuando ella estaba deprimida o disgustada, yo estaba malhumorado y le contestaba mal a la gente.

—Entonces, Daniel, ¿cómo van las cosas? —Nick dio un trago a su leche y me hizo un gesto afirmativo, señalándome con el tenedor —. Pareces un poco más feliz de lo normal. ¿Has conocido a alguien?

Miré a mamá, que puso los ojos en blanco, luego a papá, que miraba su plato vacío, con los huevos y el bacon ya devorados. Me preguntaba si era una pregunta con trampa, si le habían pedido a Nick que la hiciera. La cabeza de Ginny seguía agachada, quizás un indicador de que lo habían hecho.

—Sí —murmuré—. He conocido a alguien.

Frunció el ceño. —No pareces contento de decírmelo. —Su sonrisa burlona me dijo lo que necesitaba saber. Mamá y papá definitivamente le habían dicho que preguntara. Solté un fuerte suspiro y me preparé para los próximos veinte minutos de sermones que estaban a punto de empezar. Entonces levanté la mirada y establecí contacto visual con él.

—Se llama Emily. Es una mujer maravillosa. Tiene un máster en administración de empresas por la UC Berkeley. Creció en un pueblo pequeño, pero se mudó a la ciudad para empezar su carrera. —Sonreí para mis adentros, pensando en lo dulce que era su corazón, lo amable y cariñosa—. Es un poco descarada a veces, pero tiene un gran corazón. Y es muy inteligente.

—Gran corazón, pequeño monedero —dijo mamá con sarcasmo. La mirada de Nick rebotó de mi cara a la de mamá—. Dile a qué se dedica, Daniel.

Mi padre sabiamente se mantuvo al margen, bebiendo su café y mirando su regazo. Sabía que me pondría como una fiera si todos se aliaban contra mí. Ginny me dirigió una mirada de compasión. Ella había estado en el extremo receptor de esto una vez. Sabía cómo se sentía.

—Es mi asistente —dije secamente.

Nick empezó a reírse. Se rio tan fuerte que casi derramó su leche porque se dobló sobre sí mismo, luego se aclaró la garganta y su voz se volvió seria. Yo no me reía con él. Se sentó más erguido y me miró con enfado. —¿Me estás diciendo que vas en serio? ¿Te estás tirando a tu secretaria y a eso le llamas salir con alguien? Eso es solo un lío, colega.

—Cállate, Nick. —Dejé caer mi servilleta sobre mi plato, listo para levantarme e irme, pero Ginny intervino, calmándome.

—Suena agradable. —Su sonrisa calmó un poco mi corazón, pero seguía enfadado.

—Agradable no es lo que Daniel necesita. —Mamá me miró con desdén—. La chica es simplemente indigente. La mandamos investigar. ¿Puedes creer que vive en Rodgers Park? —Sonaba asqueada. Ni siquiera quería mirarla, así que me quedé mirando mi plato—. Una asistente... no una secretaria. Y es doce años menor que él. —Mamá escupió las palabras como una acusación en un juicio criminal. Bueno, podía declararme culpable por lo que a mí respectaba. Cada vez que hablaba de Emily así, me enfadaba más. Me hacía desear más a Emily.

—Dan, eso es una locura. Antes salías con... —Chasqueó los dedos en el aire, su diminuto cerebro intentando recordar el nombre

—. ¿Cómo se llamaba?

—Keri Davidson —dijo mamá, proporcionando el nombre que nunca más quería volver a oír.

—Joder, sí. Ahora está en la lista de las mujeres más ricas de la ciudad. Tío, ¿cómo has podido rebajar tanto tus estándares? —Nick se metió otro bocado de comida en la boca, y yo quería meterle el tenedor por la garganta con ella. ¿Cómo podía ponerse de su lado después de lo que le hicieron a Ginny cuando salía con ella?

—Keri y yo no nos llevábamos bien. —Eso era quedarse corto, pero me sentía acorralado—. Y creo que necesito ir al baño. —Me levanté, disculpándome, y fui a los aseos donde me escondí unos momentos después de vaciar la vejiga. Saqué mi móvil para revisar las notificaciones. No había ninguna de Emily, que era la única persona con la que quería hablar en ese momento, así que regresé a la mesa después de lavarme las manos.

Me sorprendió ver que solo Ginny seguía sentada. Oí a papá y Nick charlando a la vuelta de la esquina donde solían fumar sus puros después de comer. Mamá no estaba a la vista. Ginny me miró expectante. Me senté y ella susurró:

—Creo que Emily suena genial.

La sonrisa que le di fue genuina. Era refrescante escuchar que al menos una persona en mi vida me apoyaba, incluso si yo tenía mis dudas sobre todo esto.

—Gracias, Gin. Sabía que serías la única que lo entendería.

—¿Me cuentas más sobre ella? —preguntó, apoyando los codos en la mesa. Colocó la barbilla sobre la palma de su mano y me sonrió.

—Bueno, es divertida. Sabe hacerme reír. Y como dije, es muy inteligente. Creo que llegará lejos, igual que Nick. —Pensé en cómo mis padres una vez dudaron que él hiciera algo con su vida porque se negó a ir a la facultad de derecho—. Cuando sonríe, tiene un hoyuelo justo aquí. —Señalé mi mejilla—. Y es preciosa, realmente preciosa.

No pude evitar sentirme algo enamorado, aunque sabía que a Ginny no le importaría. Era una romántica empedernida si es que

alguna vez hubo una. Emily y Ginny se llevarían muy bien cuando se conocieran.

—Me alegro mucho por ti, Daniel. Tus padres son tan estrictos... Ya sabía que me odiaban cuando conocí a Nick, y me alegré de que Nick y tú me defendierais. Me alegra que ahora hayan cambiado de opinión y hayan dejado de tratarme tan mal. Así que entiendo perfectamente cómo te sientes. Pero no te enfades demasiado con ellos. Solo quieren lo mejor para ti, ¿vale? —Extendió la mano y tocó la mía ligeramente. Asentí.

—Sí, lo entiendo. Solo estoy frustrado porque parecen empeñados en destruir lo que tengo con Emily antes incluso de que realmente empecemos. Solo quiero un poco de espacio para descubrir la vida por mí mismo. Tengo casi cuarenta años —me reí —. Pensarías que ya querrían que los dejara en paz para vivir su vida a estas alturas, pero siguen encima de mí.

Ginny retiró las manos y las colocó en su regazo, aunque soltó una risita.

—Bueno, creo que vas por buen camino. Tienes éxito. Te mantienes por ti mismo. No eres completamente un desastre.

Me reí con ella.

—Intento ser ordenado.

—Y sobre todo, tienes buen corazón. No juzgas a las personas por su apariencia o por cómo visten. Su situación económica no es importante para ti. Y creo que eso te hace estar bien en mi libro.

Pensé en cómo el apartamento de Emily estaba tan deteriorado que me estremecí al pensar en sentarme en su sofá, y las palabras de Ginny me hicieron sentir culpable. Había juzgado a Emily, no abiertamente, pero sí en mi corazón. Una parte de mí estaba desanimada e incluso sospechaba porque ella no me había contado lo mucho que luchaba económicamente. O tal vez para ella, eso no era luchar.

Seguía existiendo la posibilidad de que a Emily le fuera realmente bien, y yo simplemente no había visto cómo se había criado. No sabía cómo sentirme al respecto. No quería ser un capullo que juzga, pero también quería saber que no estaba conmigo solo por mi

dinero. Nunca había hecho nada que me hiciera creer eso. Todo eso era algo que Michael y mis padres habían plantado en mi cabeza.

—Pareces preocupado. —Los amables ojos de Ginny me atrajeron.

—Algo que dijo mi madre, sobre que Emily es una cazafortunas. —No quería realmente hablar de esto con nadie, pero Ginny parecía compasiva, nada que ver con el resto de mi familia.

—¿Te preocupa que te esté utilizando?

—Sí.

—¿Te ha pedido dinero? ¿Te ha pedido que pagues sus facturas? —Alzó las cejas, y vi compasión en sus ojos.

—No, para nada. Ha sido una relación bastante normal hasta ahora.

—¿Y la perseguiste tú a ella, o fue al revés?

Tuve que pensar en eso porque, aunque yo di el primer paso, sentía que fue más bien un interés mutuo.

—No lo sé realmente. Lo que sí sé es que yo le pedí que me besara primero.

—Bueno, entonces, creo que ya tienes tu respuesta. Confía en tu corazón. No dejes que otras personas influyan en tus pensamientos. Si la quieres, ve a por lo que deseas. Si tienes dudas, entonces espera y observa.

Mamá apareció en la puerta con una copa de vino y una botella, y esa fue mi señal para marcharme. Me levanté y asentí.

—Gracias, Ginny. —Ella negó con la cabeza y luego volvió a mirar su plato. Me volví hacia mamá—. Me voy ya. Te llamaré durante la semana, ¿vale?

—Sí, Daniel. Huye antes de que tu hermano pueda hacerte entrar en razón. Ten cuidado ahí fuera. El mundo está lleno de mujeres malvadas que esperan estafarte y robarte el corazón.

Puse los ojos en blanco y me dirigí hacia la casa y la salida. Quería llamar a Emily ahora, no esperar ni un segundo más. Después de hablar con Ginny, sabía lo que quería. Quería verla, decirle que la quería y que no importaba de dónde viniera ni cuáles fueran sus intenciones conmigo. La quería sin importar qué.

21

EMILY

Estaba sentada en el reservado cerca de la parte trasera del restaurante, esperando. Evelyn llegaba tarde, lo que no era normal en ella, pero me dio tiempo para pensar. Pedí por las dos porque ambas disfrutábamos de las mismas cosas. Después de semanas de reflexión, ya no estaba tan enfadada porque ella les contara a mis padres que Dan y yo estábamos saliendo. Al fin y al cabo, era mi hermana y se preocupaba por mí. Y me había quitado el estrés de tener que contárselo yo, así que eso también era una ventaja. No había estado presente durante su reacción inicial. Lo que había recibido de mamá fue solo un discurso bien pensado. Probablemente era mejor así.

La "cena de hermanas" de esta noche sería una oportunidad para estar realmente con Evelyn e intentar relajarme un poco. Cuando Charlotte venía, solo quería sentarse y hablar sobre el bebé y mis decisiones. Esta noche necesitaba un descanso de esa conversación, así que no la había invitado.

El local no estaba muy concurrido. Era una noche lluviosa. Cuando eso ocurría, la gente se quedaba en casa y pedía comida a domicilio. Yo me había aventurado bajo la lluvia porque me recordaba a mi ciudad natal, caminando a donde quisiera ir aunque estuviera lloviendo. Tenía un buen paraguas y, en general, me

mantuve seca, pero cuando Evelyn entró con los pies empapados, me di cuenta de que no estaba tan contenta de disfrutar del melancólico clima como yo.

—Dios, ahí fuera está horrible —dijo, dejándose caer en el asiento. Guardó su paraguas en el mismo lugar donde yo había escondido el mío, debajo de la mesa—. ¿Has pedido?

—Sí, la ensalada César con pollo a la plancha —le acerqué su vaso de agua—. Es lo que siempre pedimos.

—Sí, es verdad... —Soltó un suspiro y alcanzó debajo de la mesa —. Tengo los pies empapados. Voy a tener los dedos como ciruelas pasas. Creo que se está inundando ahí fuera.

—Siento que te haya pasado eso —me sentí culpable, lo cual ella sabía que sentiría. Aunque la lluvia no era culpa mía y ella podría haber usado botas de agua como yo, era culpa mía. Siempre era culpa mía con Evelyn.

—Bueno, al menos tú estás seca —sonrió, recordándome mucho a mi madre.

—Y, ¿cómo está la familia? —pregunté, intentando cambiar de tema. Esta noche era para relajarse. Tuve que recordármelo varias veces para no irritarme demasiado por el comportamiento de Evelyn.

—Lo de siempre —se apartó un mechón de pelo húmedo de los ojos y me miró con expresión severa—. ¿Ya le has dicho a tu jefe que se largue?

Miré fijamente mi lugar vacío en la mesa y dejé caer los hombros.

—Esperaba que pudiéramos pasar una buena velada, Eve. No quiero discutir.

—No estoy intentando discutir, Em. Me preocupo por ti.

La camarera se acercó con nuestras ensaladas, provocando una distracción que esperaba fuera suficiente para disuadir a Evelyn de insistir en el tema. La mujer puso nuestra comida y preguntó:

—¿Tiene buena pinta?

—Se ve delicioso, gracias —le dijo Evelyn mientras desenvolvía sus cubiertos.

—Tiene buena pinta —le sonreí a la amable mujer mayor, y ella asintió.

—Si necesitáis algo, solo llamadme.

Y entonces la distracción desapareció, y me quedé enfrentándome a mi tosca hermana mayor. Alineó meticulosamente sus cubiertos en el lado derecho de su plato, luego cogió la servilleta, la extendió y la colocó sobre su regazo antes de beber un sorbo de agua y coger su tenedor.

—Entonces, ¿me lo vas a contar o no? —preguntó de nuevo, y yo me encogí de hombros.

Desenvolví mis cubiertos y saqué el tenedor. Estaba hambrienta, lista para comerme toda mi ensalada y la suya. Pinché un picatoste y me lo metí en la boca, masticándolo para retrasar tener que responder, pero Evelyn sabía que mi dilación era respuesta suficiente. Sin embargo, me sorprendió cuando su voz continuó con calma. No era la dura charla que esperaba.

—Sabes, Em, cuando te mudaste a Chicago, tenía muchas esperanzas puestas en ti. Y aún las tengo —dio un bocado y lo masticó, hablando solo después de haber tragado. Yo también di un bocado. Estaba mejor de lo que esperaba—. Pero todo este asunto con tu jefe me preocupa.

Evelyn nunca estaba tan tranquila cuando yo hacía algo que ella no aprobaba. Ni cuando pedí mudarme a California para estudiar —lo que nunca sucedió— ni cuando quise hacer un viaje de seis meses a Europa del Este para un programa de intercambio. Era como si me considerara su propia hija, no su hermana. Siempre estaba recibiendo alguna de sus charlas. Pero esta noche, estaba serena y paciente, lo que me hacía querer al menos intentar llevarme bien y escuchar en lugar de discutir.

—Emily, este tío es mucho mayor que tú. Incluso si no está abusando de su poder para que salgas con él, es demasiado mayor. ¿Qué pasa si te quedas embarazada y te presiona para que te cases con él solo porque estás esperando un hijo suyo? ¿Qué pasa si resulta que no te gusta tanto? Os casáis, tienes a su hijo. Dentro de diez años, tú seguirás en la treintena queriendo tener una vida, y él estará rozando los cincuenta y a punto de tener un infarto y morirse.

—Oh, no creo que eso vaya a pasar —hundí mi tenedor en mi ensalada y pinché un bocado.

—Mira lo que le pasó al padre de Charlotte. Murió a los cuarenta y ocho. Infarto masivo —Evelyn me miró con preocupación—. Cariño, te quiero. Estoy intentando cuidar de ti. Incluso si no muere, un hombre que es mucho mayor que tú se ralentizará más rápido. Estará cansado, listo para irse a la cama a las ocho de la noche mientras tú querrás disfrutar de una película. Tú querrás salir de excursión y correr, y él tendrá problemas de espalda.

Miré fijamente mi ensalada, sintiéndome menos hambrienta que antes. Todo lo que ella decía tenía sentido, pero yo quería a Daniel. Ella no sabía que ya estaba embarazada, y no tenía intención de decírselo, pero eso duplicaba la pesada emoción que ya sentía mientras ella continuaba.

—Imagina que tienes un hijo ahora. En veinte años, estarás en tus cuarenta, todavía capaz de vivir una vida increíble, y él estará cerca de los sesenta —frunció el ceño mirándome, y mis ojos se llenaron de lágrimas—. Cariño, piénsalo. Un hombre tan guapo que es tan mayor, ¿por qué no ha sentado cabeza? Apuesto a que te ha dicho que nunca encontró a "la elegida". ¿No es así?

—Nunca dijo eso —le contesté, pero nunca le había preguntado. Nunca se me ocurrió preguntarle. Simplemente estaba feliz de que se interesara por mí.

—Déjame educarte, Emily —Evelyn dejó su tenedor y se limpió las manos—. Probablemente tenga un millón de amantes esperando ser la siguiente en inclinarse sobre su escritorio. Puede tener a cualquier mujer que quiera sin restricciones. Es guapo, poderoso y está soltero —fue enumerando con los dedos, y yo parpadeé mientras las lágrimas corrían por mi cara—. No está casado porque es un mujeriego, y también está jugando contigo.

—No creo que sea así... —negué con la cabeza, sin estar preparada para creer eso todavía. No podía creerlo. Estar de acuerdo con ella sería destrozar mi propio corazón. Daniel nunca me haría eso. Él me quería. Yo le quería. ¿Verdad?

—¿Tienes alguna prueba que demuestre lo contrario? —preguntó, volviendo a coger su tenedor.

Podría haberle preguntado a Jill, pero Jill estaba casada. Tenía una familia. No era el tipo de persona que tendría una aventura. Por

lo que yo sabía, había sido su secretaria durante años antes que yo. Todo lo que pude hacer fue encogerme de hombros ante Evelyn y dejar caer mis hombros de nuevo.

—Créeme. Necesitas romper con él. Deja que Charlotte y yo te encontremos un chico respetable más cercano a tu edad.

—No, gracias —murmuré. Incluso si estuviera lista para romper con Dan, no estaba preparada para salir con nadie más. No por mucho tiempo. No con el bebé en camino.

Evelyn terminó su ensalada, pero yo no estaba interesada en la mía. Cambió de tema, quizás dándose cuenta de lo emocional que me había puesto, y hablamos sobre su trabajo y su frustración con su marido.

Para cuando salí del restaurante, ya no llovía. Quería llamar a Daniel, preguntarle de nuevo si iba en serio conmigo. Quería tranquilidad y ánimo, pero la idea de mentirle sobre el bebé me impidió marcar su número. Él había dicho que mentir era lo único que nos separaría, y yo tenía un gran secreto.

Me regañé a mí misma por no haberle contado todavía lo del bebé. Mi mente estaba tan abrumada por el miedo de que todo esto fuera algún juego para él que simplemente no sabía qué pensar. Quería confiar en que él estaba siendo sincero conmigo y no utilizándome como un peón. Pero ahora, después de todo lo que mi hermana me había dicho, temía lo peor otra vez. Solo que el lugar donde sabía que podría encontrar consuelo era precisamente el lugar al que tenía miedo de ir.

Mientras caminaba hacia mi apartamento, saqué mi teléfono. Necesitaba unos días fuera de la ciudad para pensar en las cosas. Volver a casa en el condado de Monroe era la única opción. Quedarme aquí en Chicago significaría trabajo e interactuar con Daniel. Significaría que él aparecería en mi apartamento para verme, si es que no le había dado asco desde el principio. O significaría que me invitaría a salir, me llevaría a cenar y querría que fuera a su casa. Yo solo quería pensar.

—¿Em? —dijo mamá cuando la llamada conectó con su número.

—Mamá... ¿Puedo ir a casa? Quiero decir, solo para el fin de semana. ¿Quizás un poco más? Quiero visitaros. Os echo de menos.

—Oh, cariño, sí, puedes venir a casa cuando quieras. Tu habitación está tal como la dejaste —hizo una pausa, y yo suspiré—. ¿Está todo bien?

Di una patada a una piedra en la acera. Se deslizó hacia la calle, y vi cómo un coche la aplastaba. —Simplemente me siento sola. Quiero estar con papá y contigo. ¿Está bien?

—Por supuesto, Emily. Eres bienvenida aquí en cualquier momento. Háznos saber los detalles, y me aseguraré de que estemos en el aeropuerto para recogerte.

—Vale, mamá. Gracias.

—De nada, cariño. Espero que te sientas bien —Mamá estaba indagando, como siempre, pero no iba a entrar en eso por teléfono. Este sería mi fin de semana de ajuste de cuentas. Ya lo podía notar. Pero una charla de mis padres era mejor que descubrir que había sido engañada por el único hombre que me había querido.

—Ahora estoy bien. Solo necesito volver a casa y descansar unos días.

Nos despedimos y colgué, pero la sensación de tormento en mi pecho no desapareció. Y cuando la lluvia comenzó de nuevo, no usé mi paraguas. Quería sentir algo, cualquier cosa, que no fuera tristeza o miedo. Las gotas frías en mi piel me hicieron sentir viva por un momento, conectada con el resto del mundo en lugar de en mi propia isla de dolor.

Avancé con dificultad mientras los cielos se descargaban, empapándome, y pensé en Daniel. Encantador, carismático, guapo, poderoso, todo lo que me atraía. Ahora eran cosas sobre las que tenía dudas, incluso sospechas. No sabía qué creer excepto que le amaba más que a la vida misma, y quería una vida con él, una familia. Mis miedos más profundos me acechaban, estimulados por la charla preocupada de Evelyn. ¿Cómo criaría a este bebé yo sola? Porque de ninguna manera iba a deshacerme de él. Aborto o adopción: ninguna de las dos era una opción para mí.

Si Evelyn tenía razón y Daniel estaba jugando conmigo, este bebé era lo único que me quedaba de él. No iba a renunciar a eso de ninguna manera.

22

DANIEL

Todo el día se había hecho eterno, en realidad, varios días. Cuando Emily dejó un mensaje de voz en mi teléfono del trabajo diciendo que se iba a casa de sus padres durante el fin de semana, después de días de casi nula interacción aquí en el trabajo y sin tiempo para verla fuera de él, me sentí desanimado. Había esperado que tuviésemos tiempo este fin de semana para sentarnos a hablar. Después de conversar con Ginny sobre ella, sentía con más fuerza que no solo debíamos mantener una conversación, sino que debía ser pronto. Ahora tendría que esperar.

—¿Y cree que diversificar es la mejor opción? —Chuck Hamlin estaba sentado frente a mí con su carpeta abierta delante. Mi última reunión del día, y ya deseaba que terminara.

—No soy inversor. Soy abogado. Pero sí creo que tener todos los huevos en la misma cesta no es buena idea. Creo que definitivamente debería diversificar. También le aconsejo encarecidamente que considere registrar su S-Corp porque las LLC unipersonales son arriesgadas. Usted es responsable de cada céntimo de impuestos que debe. Si obtiene una S-Corp y su negocio quiebra, puede disolver la empresa y asunto zanjado —Le había dicho esto muchas veces, pero el hombre se negaba a abrir su

pequeña empresa a lo que él llamaba «miembros de la junta microgestores».

—Sí, sí. Bueno, tendré en cuenta su consejo —Cerró la carpeta de golpe y se puso de pie, extendiendo su mano—. Gracias de nuevo por sus consejos, Dan. Estaremos en contacto —Le estreché la mano y él se dirigió con paso firme hacia la puerta.

Nunca entendería por qué la gente me contrataba por trescientos dólares la hora si iban a rechazar mis consejos, pero de todos modos aceptaría su dinero. Me pagaban por mi opinión profesional y la capacidad de presentar sus documentos legales en su nombre. No afectaba a mi reputación si me ignoraban.

Me senté de nuevo y me froté la frente. Tenía dolor de cabeza y necesitaba una aspirina. Con solo media hora para terminar el día, aguantaría y echaría una siesta cuando llegara a casa, pero también tenía una cena con un cliente esta noche. Necesitaba un descanso. Quería ver a Emily. Estaba harto de agotarme en esta rueda de ejercicio que llamaba trabajo. Jugué con la idea de planear un fin de semana fuera, solo Emily y yo, pero sabiendo que ella se tomaba este fin de semana largo, sabía que no podría permitírselo, y no habría forma de conseguirle tiempo extra de vacaciones. Michael no lo permitiría.

Suspiré e intenté apartar a Emily de mi mente. No podía permitirme distracciones ahora. Tenía un plazo que cumplir y la cena del cliente a la que asistir. Mientras miraba fijamente la pantalla del ordenador, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Lo saqué esperando que fuera de Emily, pero solo era un recordatorio de mi cita para la limpieza dental el lunes por la mañana.

Recliné la cabeza y cerré los ojos, sintiendo la frescura del sillón de vinilo en mi espalda y el calor del sol en mi rostro. Por un momento, el dolor palpitante en mis sienes disminuyó y liberé la tensión de mis hombros. Cuando terminara el fin de semana, invitaría a Emily a cenar. Charlaríamos sobre todas mis preocupaciones, y tendría la oportunidad de decirle lo que realmente quería. Si no podíamos escaparnos el fin de semana, le pediría que se quedara en mi casa unos días o una semana. Al menos estaríamos juntos cada noche.

—¿Señor Jacobs? —La voz de Olivia por el interfono me sobresaltó. Esperaba a Jill, ya que estaba sustituyendo a Emily mientras ella no estaba. Entonces recordé que hoy era el día en que Jill tenía que irse temprano para recoger a sus hijos de la escuela para las clases de natación.

Presioné el botón y dije:

—Sí, Olivia...

—Señor, tiene una visita.

Normalmente, mis «visitas» eran anunciadas por su nombre. No tenía constancia de ninguna reunión o compromiso. Jill me habría avisado antes, así que debía ser una visita de carácter personal.

—¿De quién se trata?

—Señor, creo que debería verla usted mismo —El tono de Olivia era firme, y capté la indirecta de que era algo más que una visita social.

—Hágala pasar —Me puse de pie y esperé, con la corbata bien colocada dentro de la chaqueta. La puerta se abrió, y Olivia echó un vistazo brevemente antes de que entrara una mujer que no reconocí.

—Gracias —dijo ella en voz baja a Olivia. Luego se volvió hacia mí—. ¿Señor Daniel Jacobs? —preguntó con un tono cortante.

—Sí, soy yo —Permanecí detrás de mi escritorio, mi lugar de poder. Aprendí hace mucho tiempo que el lugar de autoridad se cede cuando me muevo de detrás de mi escritorio. Como si descendiera de mi asiento de poder para dignarme con humildad.

La mujer me resultaba familiar. Sus pómulos, sus ojos, la forma en que fruncía los labios. No podía ubicar dónde la había visto antes, pero me recordaba a alguien. Tenía la sensación de que estaba a punto de descubrir a quién. Tal vez alguna clienta descontenta.

—Señor Jacobs, me llamo Evelyn Harper —Se acercó a mi escritorio, permaneciendo de pie como yo. Llevaba unos vaqueros ajustados, una blusa roja con volantes y tacones rojos, y portaba un bolso de mano tipo clutch.

—Señora Harper, ¿en qué puedo ayudarla? —Señalé la silla junto a ella, pero me miró con desdén.

—Prefiero quedarme de pie, gracias.

—De acuerdo... ¿En qué puedo ayudarla? —Su comportamiento era frío y cerrado. La mayoría de los clientes eran abiertos, vulnerables, deseosos de que les ayudara. Pero Evelyn era feroz, casi enfadada.

—Señor Jacobs, estoy aquí para hablarle sobre mi hermana, Emily Kline —Evelyn colocó su bolso bajo el brazo y me miró por encima de la nariz mientras la sorpresa me golpeaba la cara.

Me resultaba familiar porque se parecía mucho a su hermana. Ahora podía verlo, la forma en que su nariz se levantaba al final, la forma de su cara. Su pelo era de un color diferente, pero en cuanto lo señaló, vi el parecido. Quise sonreír, saludarla cordialmente, pero tuve la sensación de que no estaba aquí para ser sociable. Su mandíbula estaba tensa, sus hombros cuadrados.

—Debería decir que es un placer conocerla, pero tengo la sensación de que usted no lo considera así —Me aclaré la garganta y me ajusté la corbata—. ¿En qué puedo ayudarla, señora Harper?

Me miró con los ojos entrecerrados, y observé cómo su cuerpo se tensaba. —Señor Jacobs, estoy aquí para informarle que si no se aparta y deja en paz a mi hermana, mi familia interpondrá una demanda contra usted y este bufete. Abuso grave de poder, acoso sexual, ambiente laboral hostil y cualquier otra cosa que haya hecho. No puede imponer su autoridad y presionar a una mujer ingenua para que cumpla sus caprichos.

Sus palabras me golpearon como una patada en el estómago. Tuve que sentarme. Me quedé sin aliento, incapaz de formular palabras por un momento mientras me tambaleaba por la conmoción. ¿Acoso sexual? Había preguntado a Emily varias veces si quería que parase. La había invitado a cenar, había construido lo que creía que era confianza y una relación.

—Señora Harper, me temo que está equivocada. Emily y yo estamos enam...

—¿Lo están? —espetó, interrumpiéndome—. ¿O simplemente ha impuesto su autoridad y la ha intimidado? ¿Se da cuenta de que no es una chica de ciudad, verdad? Que no conoce las formas del mundo como podría hacerlo un hombre doce años mayor que ella. —Evelyn descruzó los brazos y agarró su bolso de mano, luego

volvió a cruzar los brazos. Estaba inquieta, lo que significaba que o bien estaba muy alterada emocionalmente o nerviosa. Aposté por lo primero—. No tiene derecho a manipular sus emociones y meterse en su cabeza. Debería darle vergüenza.

Me humedecí los labios. Mi lengua se pegaba al paladar. Tenía las palmas sudorosas. Sentía que el pecho se me oprimía. —¿Emily le pidió que hiciera esto? ¿La envió ella? —No sabía si creería que Emily había enviado a esta mujer incluso si me dijera que sí.

—Señor Jacobs, está avisado. Déjela en paz, o presentaremos la demanda. Y contrataremos a Peterson, Baker y Tomlin.

Los nombres salieron de su boca y apreté la mandíbula. Me levanté cuando ella se dirigió hacia la puerta, deseando tener alguna réplica o manera de defenderme, pero no tenía nada. No había palabras. Me daba vueltas la cabeza. No podía creer lo que oía. ¿Por qué haría Emily esto? No la había presionado ni una sola vez. Vi a Evelyn salir furiosa sin intentar detenerla y me hundí en mi silla de nuevo. Cuando marqué el número de Emily, saltó directamente el buzón de voz. No tenía sentido dejar un mensaje. Necesitaba hablar con ella en persona sobre esto, no por teléfono.

Mi cuerpo se sentía pesado y congelado en el sitio. Eran acusaciones muy graves las que Evelyn lanzó contra mí, y todas falsas. No había manera de que un tribunal se pusiera de parte de esas afirmaciones falsas, pero arrastraría mi nombre por el fango, estaría estancado en litigios durante meses, asustaría a clientes potenciales, o a los actuales. Era demasiado. Hundí la cabeza entre las manos y apoyé los codos en las rodillas.

Hasta que oí un golpe en la puerta, y esta chirrió al abrirse.

Levanté la mirada y vi a Michael allí de pie. Su expresión me indicó que sabía algo. Negué con la cabeza y dejé caer la mandíbula. Se acercó a mi escritorio, con la chaqueta en una mano, colgada sobre su hombro.

—¿La hermana de Emily? —dijo mientras se sentaba.

—Sí... —murmuré.

—¿Qué te dijo?

Así que, aparentemente, no había oído nada, pero Olivia le había dicho quién era Evelyn. Debatí internamente si contárselo o no, pero

decidí que tenía que saberlo. Si esta amenaza era real, no tenía sentido ocultarla.

—Todavía no he hablado con Emily sobre esto.

—Suéltalo, Dan. —Michael arrojó su chaqueta en la silla de al lado y me miró con el ceño fruncido.

—La señora Harper amenazó con una demanda contra mí y el bufete si no me alejo de Emily. —Tragué saliva con dificultad, la constricción en mi garganta casi me ahogaba—. No sé si esto es cosa de Emily o de su familia. Ella dijo que sus padres eran bastante controladores.

—Maldita sea, Dan. Te dije que esto pasaría. Nunca me escuchas. Literalmente te dije que ocurriría exactamente este escenario, y mírate ahora. —Su sermón continuó durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, durante los cuales intenté llamar a Emily otra docena de veces, todas con el mismo resultado. Las llamadas iban directamente al buzón de voz. O su teléfono estaba sin batería o me había bloqueado.

23

EMILY

Avancé pesadamente por la terminal del aeropuerto, siguiendo a la multitud que se dirigía hacia la salida principal. Las ruedas de mi pequeña maleta negra hacían clic sobre las baldosas del suelo. Estaba agotada. El vuelo había sido corto, pero ya anochecía y no había dormido bien esta semana. No me apetecía mucho la velada porque sabía que mamá y papá querrían que me sentara a charlar con ellos. Mamá prepararía la cena y papá querría enseñarme su última creación para el trabajo. Me dolía la cabeza solo de pensarlo.

Me esperaban al pasar el control de seguridad, sosteniendo un cartel gigante que mamá había hecho. Decía *Bienvenida a Casa* con enormes letras brillantes y tenía corazones y caritas sonrientes por todas partes. Solo habían pasado unos meses, pero ese cálido recibimiento se sentía bien. Lancé mis brazos alrededor de ella y dejé la maleta en el suelo.

—Te he echado de menos —murmuré, ya al borde de las lágrimas. Una cosa que odiaba de estar embarazada era que estaba tan condenadamente emocional. Todo me hacía llorar.

—Oh, cariño, nosotros también te hemos echado de menos — mamá me alisó el pelo y me abrazó fuerte.

—Eh, no acapares todos los abrazos, Nan —papá se abrió paso y le abracé también. Olía a tabaco de pipa, pero daba los mejores abrazos. Cuando me soltó, dijo—: Venga, salgamos de aquí. El tráfico será una pesadilla y tengo hambre.

Asentí y alargué la mano hacia mi maleta, pero papá la cogió y se adelantó. Mamá enganchó su brazo con el mío y sonrió.

—He hecho asado con lentejas. Ah, y ese bizcocho de mármol con glaseado de caramelo que tanto te gusta. Y he preparado tu habitación. Bueno, está exactamente como la dejaste, pero he puesto sábanas limpias en la cama y he quitado un poco el polvo. Dios, estoy tan contenta de que estés en casa.

Mamá siguió hablando sobre su nuevo hobby de tejer durante unos veinte minutos, mucho después de que estuviéramos en la vieja camioneta oxidada, avanzando por la autopista. No podía creer que papá todavía tuviera este viejo cacharro. Lo había comprado nuevo de fábrica y le decía a todo el mundo que mientras funcionara, lo conservaría. Treinta años después, seguía moviéndose, aunque había conocido días mejores. Era reconfortante estar acurrucada en el asiento trasero sin espacio para las piernas, recordando cuando era niña y paseaba en su camioneta.

La vida había cambiado tan rápido para mí cuando me mudé a Chicago que volver a casa, donde la vida era más lenta y no cambiaba mucho, resultaba reconfortante. Cerré los ojos, abracé mis rodillas contra el pecho y me adormilé mientras pasábamos por encima de los baches. Cuando oí el crujido de la grava y sentí que la camioneta se detenía, supe que habíamos llegado a casa. Abrí los ojos parpadeando y bostecé.

—Bienvenida de nuevo al mundo de los vivos —bromeó papá—. Yo cogeré tu maleta. Tú ayuda a mamá a terminar la cena —cerró de golpe la puerta del coche, sacó mi maleta de la caja y mamá abrió la puerta de nuestro lado para dejarme salir.

—No tienes que cocinar. Puedes sentarte y mirar. Pareces agotada —me guio y yo la seguí.

Todavía había luz, pero se estaba poniendo oscuro. El sol poniéndose sobre el gran granero de atrás, donde papá guardaba su barco, proyectaba hermosos rayos de luz colorida en el cielo. Me di

cuenta de que habían cortado el viejo roble del jardín trasero. Llevaban años hablando de ello. Supongo que las cosas sí cambiaban un poco por aquí.

El porche todavía crujía cuando pisaba, y la esquina se hundía un poco, hundiéndose en las malas hierbas que crecían a su alrededor. El toldo se combaba en el centro, mostrando su edad. Papá estaba tan ocupado con el trabajo todo el tiempo que nunca se ocupaba de las reparaciones de la casa, y me parecía que esa situación no había cambiado en absoluto.

—Puedes refrescarte si quieres —dijo mamá mientras entrábamos en la cocina.

Mi estómago estaba revuelto otra vez, probablemente por no haber comido en todo el día. Las náuseas matutinas eran peores cuando me abstenía de comer. Debería haber aprendido la lección y al menos haber tomado un tentempié, pero estaba demasiado emotiva. Después de que Evelyn dijera todas esas cosas sobre Daniel en la cena de ayer, no podía pensar con claridad, y mucho menos comer. Me presioné la mano contra el vientre y suspiré.

—¿No te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, sinceramente, si no te importa, me gustaría irme a la cama esta noche. No me encuentro bien —me apoyé en la jamba de la puerta y recosté la cabeza en la pared.

—Oh, no. Espero que no estés incubando algo —mamá me puso la mano en la frente—. No pareces tener fiebre. Probablemente sea solo mareo por el vuelo. Ve a tu habitación y acuéstate. Te traeré un poco de sopa dentro de un rato.

—Gracias, mamá.

Me di la vuelta y me dirigí por el pasillo donde la luz se filtraba desde mi puerta abierta sobre la gastada moqueta amarilla que casi había perdido el pelo. La moqueta de mi dormitorio no estaba tan gastada, de un azul claro del que Evelyn siempre se burlaba porque era un "color de chico". A mí no me importaba, nunca me importó. Me desplomé en la cama y me quité los zapatos de una patada, enterrándome bajo las sábanas. Mi corazón estaba tan pesado como mi estómago.

Cuanto más pensaba en lo que me había contado mi hermana, más la creía. Un hombre con tanto poder y dinero tenía que tener tantas mujeres que no sabía qué hacer con ellas. Y un hombre de esa edad ya debería haber encontrado a la mujer con la que quería pasar el resto de su vida, a menos que no tuviera intención de sentar cabeza. De cualquier manera, yo era solo una muesca más en su cinturón y me habían utilizado.

Las lágrimas caían calientes y rápidas, empapando mi funda de almohada verde. Tuve que buscar en mi maleta, que papá había dejado junto a mi cama, para sacar un pañuelo del pequeño paquete de viaje que había metido en el bolsillo exterior. Un pañuelo se convirtió en dos, luego en otro, y después de un rato, todo el paquete estaba arrugado y lleno de mocos, amontonado en mi mesita de noche. Tenía los ojos pesados y me dolían de tanto llorar, y estaba a punto de quedarme dormida cuando mamá entró con una mesa plegable y un cuenco de sopa. Los colocó en la cama junto a mí, y me incorporé.

—Huele muy bien —me acomodé en la cama para que pudiera colocar la mesita sobre mis piernas y miré nerviosa el montón de pañuelos empapados.

—¿Has estado llorando? —preguntó, sentándose con cuidado en el borde de la cama—. Cariño, ¿está todo bien?

Mis hombros se hundieron mientras cogía la cuchara y removía la sopa humeante. La de jamón y patata era mi favorita. Siempre lo había sido. Pero no sabía si podría comer un solo bocado sin vomitarlo. Mi estómago no era amable en ese aspecto. No importaba cuánto disfrutara mi lengua con el sabor. Mi barriga no aceptaba nada de lo que le metía algunos días.

—Estoy bien, mamá.

—Emily, deja de mentirme ahora mismo. Vosotras siempre habéis sabido que podéis contarme cualquier cosa. Has estado llorando. Mucho, por lo que parece. Ahora dime por qué estás llorando.

Era ahora o nunca. Si no se lo decía a mamá, se enteraría tarde o temprano, y entonces no solo estaría disgustada porque estaba embarazada, sino que también se sentiría herida porque no confié lo suficiente en ella como para ser sincera desde el principio. Me tragué

la constricción que envolvía mi garganta con su cuerpo serpentino y respiré hondo antes de empezar.

—Mamá, sé que tú y papá esperáis que haga las cosas de cierta manera. Entiendo por qué tenéis expectativas y esperanzas para mí. Y siento haber fracasado probablemente ante vuestros ojos.

—¿Qué quieres decir, cariño?

—Estoy embarazada —no pude mirarla a los ojos. La vergüenza me invadió, no porque me avergonzara de estar embarazada o porque no deseara tanto a este bebé. Era vergüenza porque sabía que ellos querían que obtuviera mi título, luego mi carrera profesional, después un marido y finalmente —lo más importante, lo último de la lista— un bebé.

—¿Que estás qué? —preguntó, casi en un susurro.

—Fue un accidente, obviamente. No fui cuidadosa como debería haber sido y yo...

—¿Es de ese viejo?

La miré, dolida por el intento de difamar a Daniel llamándolo viejo. —Mamá, te das cuenta de que eres mayor que él.

—Ya sabes a lo que me refiero, Emily. No evites la pregunta.

—Sí, mamá, Daniel es el padre —molesta, tomé un bocado de sopa, un poco más grande de lo que debería, y estaba caliente. Me quemó la lengua y gemí.

—Bueno, esto es el colmo. Te deja embarazada y ahora has vuelto a casa también. ¿Qué hizo, dejarte? Menudo pedazo de...

—Mamá, para —hablé con la boca llena de comida, y eso la obligó a callarse. Me miró con el ceño fruncido mientras masticaba y tragaba—. Él no me dejó. Vine a casa para una visita porque os echaba de menos y necesitaba tiempo para pensar cómo decírselo —removí la sopa y soplé, esperando enfriarla lo suficiente para comer. Era una deliciosa distracción de mi naufragio emocional.

—¿Así que ni siquiera se lo has dicho? —sus cejas se arquearon.

—No. No lo sabe. No sé cómo decírselo. ¿Cómo le dijiste a papá que estabas embarazada de Evelyn?

Sus labios se fruncieron, acentuando su ceño. —Bueno, para empezar, yo estaba casada, así que fue algo feliz.

Puse los ojos en blanco. —Nunca debería habértelo contado.

—Mira, si aún no has dicho nada, es mejor. Significa que puedes ocuparte de esto y él nunca se enterará.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con el pecho oprimido.

—Quiero decir que iremos a la clínica para mujeres por la mañana. Tienes opciones. Creo que terminar con esto ahora mientras es muy temprano es lo mejor. Tu vida entera quedará completamente arruinada si conservas este bebé. Y Dios no quiera que tu padre se entere —se llevó las manos a la cara y suspiró profundamente, luego las bajó.

—De ninguna manera voy a abortar a mi bebé, mamá.

—No sabes lo que estás diciendo. Ni siquiera es un bebé todavía. ¿Vale? Piensa en ello como una verruga que necesitas cortar —mamá se levantó, y yo quería gritarle—. Iremos a primera hora de la mañana. Ya verás, Emily, que esto es lo mejor para ti. No puedo imaginar lo difícil que sería tu vida si lo mantuvieras. Ya verás.

—Eh... —mi cerebro parecía que iba a explotar. Mamá salió con la misma calma con la que entró, y mi cabeza daba vueltas. ¿Cómo podía comparar a mi bebé con una verruga que necesitaba ser eliminada? Esa no era en absoluto la reacción que esperaba.

Pensé que se enfadaría, que me gritaría. Tal vez llamaría a mi padre a la habitación e intentaría castigarme como si fuera una niña traviesa, con sermones y prohibiciones. Casi parecía como si esperara que esto sucediera y hubiera planeado su reacción y un plan para avanzar justo para un evento así. Y eso me enfureció.

Terminé la sopa, coloqué la bandeja fuera de mi puerta y la cerré con llave. La mañana y la oportunidad de discutir con ella sobre esto llegarían lo suficientemente pronto. Necesitaba dormir.

24

DANIEL

Al abrir la puerta del restaurante, me golpeó una oleada de aire cálido y el delicioso aroma de comida cocinándose. El interior estaba tenuemente iluminado, con suaves luces amarillas que proyectaban un cálido resplandor sobre el espacio. Las paredes estaban pintadas de un suave color crema, y varios cuadros y fotografías enmarcadas colgaban de ellas, dando al lugar una sensación acogedora y atractiva.

El sonido de música jazz sonaba suavemente de fondo, y podía oír el murmullo de los clientes sentados en las mesas. Me acerqué al mostrador de la anfitriona y la mujer menuda que estaba allí me sonrió.

—Buenas tardes, señor. Bienvenido a nuestro restaurante. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

—Hola, he quedado con mi padre para comer. ¿Tenéis alguna mesa disponible? —respondí.

—Por supuesto, señor. Tenemos varias mesas disponibles. ¿Prefiere sentarse junto a la ventana o en la zona principal del comedor? —preguntó.

—La ventana estaría bien, por favor —dije.

—De acuerdo, sígame, por favor —dijo mientras me conducía a una mesa junto a los grandes ventanales, que dejaban entrar un

torrente de luz natural y ofrecían una agradable vista del exterior.

Me senté y esperé a mi padre, frustrado y abrumado. Después de todo lo que había sucedido, no podía quitarme la sensación de que Emily me había estado utilizando todo el tiempo. Parecía que se había colado en mi vida para estropearla y quedarse con mi dinero. Había intentado ignorar estos pensamientos durante meses, pero solo se habían intensificado con el tiempo. Debería haber escuchado a Michael y a mis padres desde el principio.

Mientras esperaba a mi padre, jugueteaba con mi tenedor, intentando calmar mis nervios. No podía evitar preguntarme qué diría cuando le contara lo que había dicho la hermana de Emily. No estaba preparado para la charla de "te lo dije". Me resultaba difícil tragarme mis palabras, pero después de haber luchado por ella con tanta pasión porque la creía, porque confiaba en ella, toda esta conversación iba a ser una tortura.

Papá entró, erguido con los hombros cuadrados. El traje que llevaba me indicaba que venía del trabajo, no del campo de golf ni de casa. Le vi dirigirse a la anfitriona, y ella lo guió en mi dirección. Cuanto más se acercaba, más se me tensaba el estómago. Él me había advertido, y yo había ignorado su sabiduría en favor de seguir mi corazón, y eso había sido un gran error.

—Daniel —dijo, sentándose—. Gracias —asintió a la anfitriona, y ella se alejó—. ¿Cómo van las cosas? —preguntó, cogiendo su servilleta y colocándola sobre su rodilla. Imité sus movimientos, poniendo la servilleta negra de tela sobre mi regazo.

—Las cosas han estado mejor —no estaba seguro de cómo admitirle lo equivocado que había estado o que ahora me enfrentaba a una demanda.

—¿Es así? —preguntó. Era como si ya lo supiera y solo estuviera jugando conmigo. Ese pensamiento era ridículo. No había forma de que supiera nada todavía, pero siempre había tenido un sexto sentido para las cosas. Además del hecho de que en realidad había tenido razón sobre Emily, así que probablemente estaba esperando que yo me arrastrara hacia él con el rabo entre las piernas admitiendo mi derrota—. ¿Hay algo en particular de lo que quieras hablar?

La camarera se acercó a nosotros, interrumpiéndonos, para mi alivio temporal.

—¿Cómo están los dos hoy? —preguntó, con el bolígrafo listo para tomar nuestro pedido.

—Bien, gracias —le dije, evitando la mirada lánguida de mi padre.

—Nos especializamos en cocina italiana, y nuestro chef es conocido por su pasta hecha a mano. El especial de hoy es linguini Alfredo. ¿Le gustaría empezar con un entrante? —Hizo clic con su bolígrafo y me sonrió.

—No, gracias. Empecemos con un par de aguas. Yo tomaré una taza de café solo, y pediremos el especial. Gracias —era típico de mi padre tomar el mando. Pidió por los dos sin pedir mi consentimiento, algo que me habría hecho cuando era niño. La costumbre nunca desapareció.

La camarera garabateó algo en su libreta y se la guardó en el bolsillo del delantal. —Ahora mismo les traigo el agua y su café —se alejó, y me quedé sin nada más que tiempo para ser humillado por su reproche.

—Bueno, ¿decías? —Papá se reclinó en su silla en ángulo, cruzando un brazo sobre su estómago y agarrando la otra muñeca.

—Tenías razón —las palabras salieron a rastras de mi garganta, arañándome y arrancándome parte del corazón al dejar mis labios. La había amado profundamente, más que a cualquier mujer que hubiera conocido, y ella me había engañado.

—¿En qué sentido? —preguntó, recolocando sus cubiertos. Me estaba torturando, haciéndome trabajar por ello. Me obligaría a admitir con mi propia boca todo lo que estaba sucediendo porque le encantaba la idea de que yo seguía siendo inferior a él.

—Su familia ha amenazado con presentar una demanda: acoso sexual, abuso grave de poder, ambiente laboral hostil. Lo que quieras —apreté la mandíbula y me preparé. Me encontré jugueteando con el tenedor otra vez. Debía haberlo heredado de él. Dos gotas de agua. Excepto cuando se trataba de mujeres. Yo era un maldito idiota, fácil de engañar, y ocurría una y otra vez.

Él no dijo nada, solo se quedó allí sentado con la mano apoyada en la mesa. El silencio era peor que una charla. Quería que me atacara, que me dijera que era estúpido, que me gritara, cualquier cosa excepto quedarse allí mirando. Me removí en mi asiento, frustrado. Michael al menos me había gritado, me había dicho lo tonto que era, pero yo sabía que la empresa me respaldaría y también lo harían mis otros miembros del personal. Nunca había sido otra cosa que ético con ellos, así que no había historial de comportamiento indecoroso por mi parte.

—Bueno, hijo, ¿qué tan malo es? ¿Crees que van en serio?

La pregunta no era para nada esperada. Levanté la mirada hacia él y me encogí de hombros. —Creo que su hermana iba muy en serio. Esperó hasta el final del día, después de que Emily ya me había dicho que visitaría a sus padres durante el fin de semana. Entró en mi despacho, me dijo lo malvado que era y que me demandarían si no me alejaba, y Emily no ha respondido a una sola llamada o mensaje de texto desde entonces —. Esa parte había sido definitiva para mí.

Si solo fuera la hermana de Emily hablando fuera de lugar, ¿por qué Emily me estaba evitando? Rechazando mis llamadas... Pero por el momento en que ocurrió todo, la forma en que sucedieron las cosas y el silencio de Emily, sabía en mi corazón que era una amenaza real.

—Muy bien, entonces aléjate —. Sus palabras me retorcieron el corazón. ¿Alejarme? ¿Cómo hacía eso cuando la amaba?

Quería llamarla y hablar de esto, descubrir qué estaba pensando. Si había sido tan infeliz conmigo, ¿por qué no me lo había dicho? ¿Por qué había acudido a su familia para quejarse del ambiente laboral?

—Y también deberías hacer que la firma redacte los papeles de despido para ella. Hazlo legal. Tienes que demostrar que sus amenazas se tomaron en serio. Córtalo de raíz antes de que piensen que sigues persiguiéndola —. Papá sonrió mientras la camarera se acercaba y colocaba dos vasos de agua y una taza de café frente a nosotros —. Gracias, querida.

—No hay problema. Sus comidas saldrán pronto. Han llegado justo antes de la hora punta —. Se colocó la bandeja vacía bajo el brazo y se alejó, y noté la fila de gente junto al mostrador de la anfitriona. Tenía razón, el lugar estaría lleno en unos momentos.

—Mira, Dan. No escuchaste. Qué vergüenza. Pero ahora que lo sabes, antes de que se produzca cualquier daño, puedes tomar medidas. Córtalo. Deja claro a su familia que lo has hecho. Proporciónale un buen paquete de indemnización y acaba con esto.

Mis hombros cayeron derrotados. No quería hacer nada de eso porque mi corazón seguía tan enredado con sentimientos por ella, pero sabía que era lo correcto. Nunca había tenido que alejarme de alguien a quien todavía amaba. Era lo más difícil que había pensado hacer. Pero mientras estaba allí sentado, bebiendo mi agua, me di cuenta de que mi padre tenía razón. Era hora de seguir adelante y asumir mis pérdidas. El comportamiento de Emily me había mostrado que ella no quería estar conmigo, y era hora de aceptarlo y seguir adelante. Si era lo suficientemente atrevida como para confabularse con su familia para hacerme esto, entonces la obligaría a jugar su propio juego.

La camarera volvió para traer nuestra comida, aunque ya no tenía hambre, y mientras lo hacía, apareció una cara familiar. Keri Davidson estaba de pie a mi lado, sonriendo.

—Dan, invité a Keri. Pensé que vosotros dos podríais poneros al día un poco —. Papá parecía orgulloso de sí mismo, pero yo estaba muy disgustado con él.

Sentí una ola de fastidio invadirme al ver a Keri. Era la última persona que quería ver en ese momento, especialmente después de la conversación que acababa de tener con mi padre sobre Emily. Keri y yo teníamos demasiada historia amarga como para redimirla alguna vez y tener un futuro. Siempre había sido engreída y parecía disfrutar causando drama dondequiera que iba. No tenía ningún interés en ponerme al día con ella.

—Gracias por invitarla, papá, pero realmente necesito volver al trabajo —dije, tratando de encontrar una manera de disculparme educadamente.

La sonrisa de Keri vaciló por un momento, pero se recuperó rápidamente. —Vamos, Dan. Ha pasado tanto tiempo desde que nos vimos. ¿No quieres saber sobre mi vida en Nueva York?

No pude evitar poner los ojos en blanco ante su presunción. —En realidad, Keri, estoy muy ocupado ahora mismo. ¿Quizás podamos ponernos al día en otro momento?

Mi padre pareció decepcionado, pero no insistió en el tema. —Por supuesto, hijo. Tienes mucho entre manos ahora mismo. Sin embargo, tendremos que planear una cena familiar pronto. Ha pasado demasiado tiempo desde que todos estuvimos juntos.

Asentí, agradecido por la escapatoria. —Sí, suena genial. Hablaré contigo pronto, papá.

Mientras salía del restaurante, no podía dejar de pensar en Emily y en lo que había pasado entre nosotros. Mi corazón se sentía pesado, pero sabía que tenía que mantenerme centrado en el trabajo y en seguir adelante. Keri podría haber sido una distracción, pero era lo último que necesitaba en ese momento.

25

EMILY

Me levanté y me vestí, ya temiendo el día que me esperaba. Me arrepentí de haberle contado a mi madre sobre el bebé en el mismo instante en que lo dije, pero verla vestida y lista con su bolso y llaves en mano cuando salí de mi habitación para desayunar poco después de las nueve me destrozó por completo. Iba en serio con lo de obligarme a abortar. Dejé caer los hombros y cogí un plátano de la cesta de frutas y lo abrí.

—He concertado la cita. Es dentro de treinta minutos, así que me alegro de que ya estés vestida. Hoy solo tendremos una consulta con el médico, pero podemos programar la cita oficial el lunes —el tono de mamá era frío e indiferente. Sabía que se preocupaba mucho por mí, pero cuando se trataba de esto, parecía un robot. No estaba segura de si había pasado por algo similar con su madre o algo así, pero era como si estuviera en piloto automático.

—Mamá, no quiero un aborto —le di un mordisco al plátano y masqué lentamente. Su expresión no cambió.

—Hoy solo tendremos la consulta. Ya verás, Emily. Los médicos dicen que es muy sencillo e indoloro, así que podrás seguir con tu vida como si esto nunca hubiera ocurrido —mamá se levantó y cogió su bolso y las llaves—. Te esperaré en el coche.

Salió y yo me quedé en la cocina. Estaba frustrada con ella, pero sabía que, en última instancia, la decisión era mía. Como mínimo, el chequeo sería bueno. Necesitaba vitaminas prenatales, y el médico de la clínica gratuita podría recomendarme un buen obstetra. También podrían darme algo para mis náuseas matutinas, que se habían vuelto tan terribles que temía estar perdiendo peso en lugar de ganarlo como debería.

Me puse los zapatos, cogí mi cartera y me dirigí al coche. Mamá ya lo tenía en marcha, escuchando una emisora de música antigua. No hablamos durante todo el trayecto hasta la clínica, que ni siquiera estaba en Bellville. Estaba a dos pueblos de distancia, en Troy, la capital del condado. Se encontraba en la zona sur de la ciudad, en una pequeña plaza con una docena de tiendas más. La puerta tenía las palabras *Clínica para Mujeres* pintadas, pero no había un cartel oficial. Parecía deteriorada, como muchos de los otros edificios de este lado de la ciudad.

Mamá me condujo al interior del edificio, y encontré un asiento junto a una adolescente que llevaba auriculares. Vestía completamente de negro y tenía los labios pintados de un color oscuro. Estaba sola, a diferencia de mí. Algunos padres no se preocupaban en absoluto. Otros se preocupaban demasiado, como mi madre. Con veinticinco años, esta era mi decisión, aunque harían falta las palabras del médico para dejárselo claro a mamá. Esta joven a mi lado parecía deprimida y sola. Agradecí que a mi madre le importara. Solo deseaba que me diera espacio para respirar.

Esperamos al menos veinte minutos, y me pregunté si ya iban tan retrasados esta mañana, ¿cuánto habría tenido que esperar si la cita hubiera sido por la tarde? La joven fue llamada antes que yo, luego la enfermera volvió a la puerta y pronunció mi nombre.

—¿Emily Kline?

Miré su rostro redondo y asentí. Cuando me levanté, mamá también lo hizo.

—Mamá, no necesito que vengas conmigo. Soy adulta.

—Tonterías, querida. Yo también necesito hablar con el médico.

La enfermera me observó, como esperando mi consentimiento, y me encogí de hombros.

—Vale —seguí a la enfermera a través de la puerta por el estrecho pasillo, y ella abrió una puerta.

—Aquí, querida. Mamá, puede sentarse en la silla. Emily, tú puedes sentarte en la camilla. El médico estará con vosotras enseguida —la enfermera se excusó, y yo subí y me senté en la camilla, con los pies colgando.

La habitación estaba fría, pero el ceño fruncido de mamá la hacía más fría aún.

—¿No pensarías que podrías hacer esto sola, verdad? Soy tu madre.

—Sí, y llevo años yendo sola a las citas médicas. No necesito una niñera —no quería ser hiriente, pero ella estaba sobrepasando seriamente los límites.

—Sí, bueno, esto es diferente, ¿no es así? —sus cejas arqueadas me frustraban. Había un punto en el que la crianza debía terminar, y nosotras habíamos cruzado esa línea hace mucho tiempo.

La puerta se abrió con un chirrido y entró un hombre alto y apuesto, de ojos azules y pelo canoso. Sonrió y cerró la puerta tras él antes de decir:

—¿Emily? ¿Y esta es su madre, supongo? —nos estrechó la mano a ambas.

—Sí.

El médico se sentó y miró sus notas.

—Soy el Dr. Yates. Aquí dice que está interesada en la interrupción del embarazo? —sus ojos escanearon la página y luego me miraron—. ¿Es eso cierto?

—Eh, no realmente. Mi madre...

—Sí, es cierto —mamá fue brusca y directa. Me interrumpió, y yo fruncí el ceño.

—No, doctor. En realidad no es cierto. Entiendo que probablemente necesite algún tipo de atención prenatal, pero no estoy interesada en...

—Emily —espetó mamá, cortándome de nuevo—, escucha al doctor. Él sabe lo que es mejor. Ya verás que una vez que esto termine, seguirás adelante con tu vida y serás mucho más feliz.

El doctor levantó la mano, y mamá se calló.

—Muy bien, empecemos por aquí. ¿Quiere que su madre esté presente durante esta visita?

Mamá resopló enfadada, y mis hombros se hundieron. Quería que mi madre formara parte de esto, sí, pero solo si podía apoyarme. Que actuara de esta manera, insistiendo en un aborto, no me ayudaba. Ninguna chica quiere que su madre la controle, y menos aún una adulta con autonomía. Suspiré y agaché la cabeza.

—No —murmuré.

—Señora Kline, ¿sería tan amable de dejarme hablar a solas con Emily? —El doctor se levantó y abrió la puerta, y mamá volvió a bufar.

—Pero soy su madre.

—Señora Kline, legalmente, Emily es una adulta, y solo ella puede tomar decisiones sobre su atención médica.

Sentí cómo la tensión se apoderaba de la habitación, pero mamá se marchó sin decir una palabra más. Cuando la puerta se cerró, sentí que las lágrimas se me acumulaban y me encorvé, pellizcándome las uñas.

—Bien, Emily. Ahora podemos hablar adecuadamente. Cuéntame sobre esto. ¿Qué pasa por tu cabeza? —El doctor se sentó de nuevo en su taburete, acercándolo más a mí de modo que me vi obligada a mirarle.

Me aclaré la garganta y suspiré profundamente. —Estoy embarazada. Ha sido una gran sorpresa porque no estaba planeado. Tengo una relación algo complicada con el padre, pero él aún no lo sabe. No estoy segura de si quiere tener hijos. —Hice una mueca y continué—. Mamá obviamente piensa que abortar es una buena idea. Yo no.

—De acuerdo, bueno, es únicamente tu decisión, así que tenlo en cuenta. Déjame preguntarte, ¿sientes que estás preparada para tener un hijo? —Me miró con compasión, y yo me encogí de hombros.

—No estoy segura de si alguna vez estaré preparada para esa responsabilidad, pero sé con certeza que no voy a abortar. Incluso si no estuviera preparada, elegiría la adopción. Nunca haría eso. Además, siento que nadie está realmente preparado, que un bebé

llega y simplemente haces lo que tienes que hacer por amor. —Presioné mi mano contra mi estómago y supe en mi corazón que estaba haciendo lo correcto.

—Bueno, me parece que ya has tomado una decisión. —Sonrió.

—Sí, así es. Solo esperaba que consiguieras que mi madre me dejara en paz. —Me reí y sentí cómo la tensión abandonaba mi cuerpo—. También esperaba que pudieras recomendarme un buen médico. En realidad vivo en Chicago, pero dependiendo de cómo vayan las cosas con el padre cuando se lo cuente, puede que acabe mudándome de vuelta aquí al condado de Monroe.

—Por supuesto. Bueno, vamos a anotar primero algunos datos, y definitivamente te recomendaré algunos excelentes ginecólogos. —Se giró y colocó su bloc de notas en el mostrador, sacando un bolígrafo para garabatear algunas notas—. ¿Tu nombre completo es Emily Elizabeth Kline?

—Sí —le dije. Él me hizo varias preguntas más: dirección, número de la seguridad social, número de teléfono. Luego me miró con expresión seria.

—¿Nombre del padre?

—Daniel Jacobs, pero eso es lo que sé de él. No me siento cómoda dando su número, y no me sé su dirección de memoria. Solo sé cómo llegar allí.

—No pasa nada. Todo esto quedará en privado en tu expediente. —Anotó algunas cosas más y luego preguntó—: ¿Te gustaría hacerte una ecografía esta mañana? ¿Ver al pequeño que está creciendo?

—¿Qué? ¿Puedo hacer eso? —pregunté, sintiendo que mi corazón se hinchaba.

—Por supuesto, y es gratis. —Se levantó y recogió sus notas—. Enviaré a una enfermera en breve. Solo espera aquí.

Se tomó su tiempo. Esperé al menos veinte minutos en esa fría habitación, mirando los diversos carteles en las paredes de bebés en el útero y los órganos reproductores femeninos. La idea de que algo tan grande saliera de mi pequeño cuerpo me asustaba, pero me recordé a mí misma que cada ser humano en este planeta salió de un cuerpo de manera similar y que estaría bien, incluso si mi madre decidía repudiarme después de esto.

Cuando la enfermera entró empujando un carrito con ruedas con una máquina enorme encima, me puse tensa. Tenía un monitor de ordenador y lo que parecía un viejo teléfono de disco con un cable rizado conectado a él.

—Hola, Emily, soy Heather. Voy a hacerte la ecografía. —Enchufó la máquina y dijo—: Necesitarás acostarte aquí y levantar tu camiseta.

Hice lo que me indicó. Tomó unas servilletas y las metió en la cinturilla de mis pantalones, bajándolos un poco sobre la pequeña protuberancia de mi vientre que apenas se notaba.

—Esto estará frío —dijo mientras me echaba una especie de gel en el estómago. Usó el transductor para maniobrar alrededor de mi estómago en diferentes ángulos hasta que lo escuché: un perfecto y pequeño latido de corazón. Miré el monitor mientras me mostraba la cabeza y la columna vertebral del bebé. Sus diminutos deditos de las manos y los pies, y entonces ocurrió algo extraño.

La frente de la enfermera se arrugó, y giró el transductor alrededor de mi vientre una y otra vez. Algo iba mal con el latido del corazón, lo que hizo que mi corazón se acelerara. Sentí que iba demasiado rápido, como si hubiera algo mal con el bebé, pero cuando Heather puso cara de completa sorpresa, me quedé paralizada.

—Bueno, Emily, es demasiado pronto para determinar el sexo. Y en realidad es un poco pronto para que tu vientre sea tan grande. Aquí está la razón —dijo, orientando el monitor hacia mí para que pudiera verlo más claramente. Ahí en la pantalla había dos círculos perfectamente redondos. No podía distinguir en absoluto qué era, pero ella me sonrió.

—¿Qué es? —pregunté, nerviosa por su respuesta.

—Son gemelos. Vas a tener gemelos.

—¿Gemelos? —pregunté, relajándome sobre la mesa. Ella murmuró sobre sus medidas, cuánto tardaría en saber si eran idénticos o fraternos. De hecho, ella hizo toda la conversación el resto de la consulta, e incluso en el viaje de regreso, yo seguía en shock. Soporté las charlas de mamá, obsesionada con esta nueva revelación. Tenía un frasco de vitaminas prenatales en la mano y una

receta para unas pastillas para ayudar con las náuseas también, pero ahora, todo había cambiado.

Si un bebé parecía imposible, dos definitivamente lo eran. No había manera de que pudiera hacer esto sola. Cuando volvimos a casa de mis padres, me encerré en mi habitación y encendí mi teléfono para llamar a Charlotte. Vi que me había perdido algunas llamadas de Daniel, pero se me revolvió el estómago solo de pensar en contárselo. En su lugar, marqué el número de Charlotte y esperé a que sonara mientras me tiraba sobre la cama.

—Em, hola, ¿cómo están tus padres?

—Están bien. Mira, Char, estoy entrando en pánico. Mamá quiere que aborte, así que fui a esta clínica de embarazo, y maldita sea... —Casi empiezo a llorar. Quería a estos bebés más que nada, pero ahora sabía que no podría hacerlo sola. La idea de contárselo a Daniel y que él no los quisiera era aterradora para mí.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—Char, voy a tener gemelos —solté mi confesión y dejé caer las lágrimas—. No puedo hacer esto sola en absoluto. ¿Y si Dan me odia? —sollocé, enterrando la cara en la almohada.

—Oh, Dios, Em. Eso es duro. ¿Tu madre realmente dijo eso?

—Sí, me obligó a ir a una clínica de embarazo esta mañana. Y pude ver a los bebés en una ecografía, y simplemente tengo miedo de que él no quiera saber nada más de mí.

—Tranquilízate, Emily. Tienes que hablar con él antes de ponerte tan fatalista conmigo. ¿De acuerdo? Solo vuelve a Chicago. Te acompañaré si quieres —Charlotte siempre me apoyaba tanto.

—¿Lo harías? —pregunté, gimoteando y sorbiendo por la nariz.

—Por supuesto que sí. Solo vuelve a casa.

Tenía razón. No podía asustarme tanto por la posibilidad de su rechazo sin al menos intentar hablar con él. Y tendría mucho tiempo para lidiar con el resultado de esa conversación después. Quedarme sentada aterrorizada solo duplicaba mi sufrimiento porque estaba sufriendo ahora y podría sufrir de nuevo más tarde. Necesitaba calmarme, volver a casa y contárselo.

26

DANIEL

La camarera con poca ropa sirvió otra ronda de bebidas, inclinándose a propósito frente a mí para enseñarme sus tetas. Estaba seguro de que Michael le había pagado extra para hacerlo, y me molestaba. Me gustaba un buen par de pechos tanto como a cualquier otro hombre, pero ahora mismo estaba demasiado alterado para pensar en ello. Emily me había pillado desprevenido. Aunque Evelyn hubiera hablado fuera de lugar y Emily en realidad no fuera a demandarme, me había mostrado sus verdaderos sentimientos al no devolverme ni un solo mensaje.

—Mira, tío, es sábado por la noche. Tienes que superar esto — Michael inclinó su copa, apurando el contenido, y señaló a una de las mujeres que bailaba cerca de una barra en el bar. Sus tacones probablemente medían unos quince centímetros. No entendía cómo podía siquiera caminar con ellos, y mucho menos bailar, pero su cuerpo semidesnudo se deslizaba por la barra, restregándose contra ella con facilidad.

Aparté la mirada, no asqueado, sino desinteresado. —Podríamos haber ido simplemente a un bar. ¿Por qué un club de striptease? — pregunté, cogiendo la bebida recién servida y dando un sorbo. No necesitaba emborracharme. Solo acabaría acostándome con una de estas bailarinas y sintiéndome aún peor conmigo mismo. No era de

los que engañan, y aunque sabía en mi corazón que todo había terminado entre Emily y yo, no iba a lanzarme a los brazos de otra mujer hasta que fuera oficial. Necesitaba oírla decir las palabras.

—Realmente necesitas acostarte con alguien. Solo lánzate y elige a una ya. Hay como una docena de mujeres aquí que se irían encantadas a casa con un multimillonario, aunque solo fuera para una noche —hizo señas a la sensual camarera para que volviera con su botella de ginebra, y ella le llenó la copa. Intenté evitar mirarla—. ¿Qué me dices, cariño? ¿Quieres irte a casa con mi amigo? —Michael estaba claramente borracho, y ella lo sabía. Puso los ojos en blanco y le dio una palmadita en el hombro.

—Creo que le estás preguntando a la mujer equivocada. Quizás prueba con Vixen, allí arriba —señaló a una pelirroja enrollada en una barra, con las piernas por encima de la cabeza. Giraba lentamente, mostrando ambas nalgas mientras el tanga que llevaba se le metía entre ellas.

Michael se rio por lo bajo y guiñó un ojo a la mujer antes de que se marchara. —¿Debería ir a preguntarle a Vixen? Me pregunto si ese es su nombre real.

—Mike, en serio. Estoy a punto de ser demandado por acoso sexual. No necesito que otra mujer se una a la diversión —me terminé la bebida y dejé el vaso con fuerza sobre la barra.

—No, lo que necesitas es relajarte. Soy tu abogado, y te estoy diciendo que vayas a follarte a esa mujer y olvides a tu asistente —señaló a la mujer llamada Vixen y cogió su copa.

—No me siento ni un poco tentado, amigo —me giré en mi asiento y me puse de pie—. ¿Tienes cómo volver a casa? Porque no deberías conducir —esperé hasta que murmuró algo sobre un Uber, y luego caminé hacia las puertas. Lo más difícil de todo esto había sido no hablar con ella. Si hubiera podido preguntarle simplemente si su hermana estaba hablando en su nombre, gran parte de esta ansiedad e ira podrían haberse aliviado. Al menos lo sabría.

Pero no solo no me hablaba, sino que la postura oficial de la empresa era que yo no debía hablar con ella. Lo que significaba que si la llamaba y se enteraban, corría el riesgo de que no me respaldaran en caso de que realmente presentara una demanda. Lo

odiaba, porque me había destrozado el corazón y necesitaba que supiera cómo me sentía, pero tenía las manos atadas.

Salí del club y encontré a mi chófer esperándome. Subí al coche, y él empezó a conducir. Supuse que de vuelta a mi casa, pero ni siquiera me importaba adónde fuera. Solo quería que me alejara de Michael y de su insistencia en que necesitaba sexo de rebote para olvidar a Emily. Nunca olvidaría a Emily. Me había enamorado profundamente de ella.

En casa, me serví otra copa, whisky solo, y subí a mi habitación, con la intención de darme una ducha y acostarme. Revisé mi teléfono otra vez. Seguía sin mensajes ni llamadas perdidas de ella. Habían pasado varios días con completo silencio, después de unas semanas apenas conectando. Ni siquiera sabía qué hacer conmigo mismo. Normalmente me acomodaría para ver una serie o leer un libro, pero ninguna de esas cosas me atraía. Nada me atraía en este momento, ni siquiera el trabajo. Una gran parte de mi corazón había sido arrancada, y nada volvería a llenarla jamás.

Me desvestí, dejando mi ropa en un montón en el suelo del baño mientras abría el agua y dejaba que la ducha llenara de vapor toda la habitación. El agua caliente casi me quemaba la piel, volviéndome de un rosa intenso, pero al menos estaba sintiendo algo. Me quedé allí dejando que el agua corriera por mi cuerpo, apoyando la cabeza contra los azulejos fríos. Cerré los ojos y la vi, sonriéndome mientras estaba de rodillas en el suelo de mi oficina limpiando el café derramado.

Debería haberme contenido, seguido la sugerencia de Michael y Grace de mantener la mente concentrada. ¿Por qué no les había escuchado? ¿Qué tenía Emily de tan hipnotizante que me había hecho ignorar completamente sus sugerencias y sumergirme en una aventura complicada? ¿Podía siquiera llamar a eso una relación ahora, cuando sabía que Emily solo había pretendido tenderme una trampa para ir por mi reputación y mi dinero?

Gruñí por mi propia estupidez y me aparté de los azulejos. Me lavé la cara, el jabón me entró en los ojos y me escocía, pero incluso eso no era tan doloroso como lo que ella me había hecho. Confié plenamente en ella, la creí, pero si Evelyn me estaba diciendo la

verdad—y creía que así era—entonces Emily solo había estado actuando. Entonces, ¿por qué estaba aquí en esta ducha sintiendo deseos de tocarme solo pensando en ella? ¿Acaso tenía un deseo de dolor, una necesidad de ser castigado por mi estupidez?

Cerré el agua, dándome cuenta de que si me quedaba un segundo más, estaría masturbándome con pensamientos sobre ella. Eso solo haría más doloroso perderla. Salí y me sequé, vistiéndome con unos calzoncillos y una camiseta. Luego me serví otro trago de la botella en mi mesita de noche y me metí en la cama después de beberlo. Solo quería dormir. El whisky ayudó, llevándome al mundo de los sueños casi de inmediato.

... Emily se inclina sobre mí, despertándome con susurros. Huele a whisky, tal vez a scotch, o a un bourbon con sabor envejecido en un barril antiguo. Su sonrisa es embriagadora. Me siento excitándome solo de pensar en sus labios tocándome. Abro los ojos para verla a horcajadas sobre mí, las sábanas cayendo de su cuerpo revelando sus curvas perfectas. Pasa sus manos por mi pelo y por mi pecho, provocándome con su tacto. Puedo sentir su aliento caliente en mi cuello mientras susurra en mi oído—Te deseo.

No necesito que me lo pida dos veces. La volteo para colocarme encima, inmovilizándola con mis brazos. Nuestros labios se encuentran en una pasión ardiente, nuestras lenguas bailando juntas en sincronía. Puedo sentir su cuerpo estremecerse debajo de mí mientras deslizo mi mano entre sus piernas, sintiendo lo húmeda que está por mí.

Empiezo a besar su cuello, mis labios descendiendo hasta sus pechos. Me llevo un pezón a la boca, girando mi lengua alrededor mientras uso mi mano para jugar con el otro. Emily gime fuertemente, arqueando su espalda mientras se frota contra mí.

Puedo sentir que estoy perdiendo el control, mi propio deseo apoderándose de mí. Quiero saborearla.

Lentamente le quito las bragas y separo suavemente sus piernas. Se estremece al sentir el aire fresco en su tesoro expuesto. Puedo sentirla temblando de anticipación y hundo mi lengua profundamente dentro de ella, saboreando su dulzura interior. Ella grita y sujeta mi cabeza contra ella mientras se retuerce debajo de

mí. Separo sus piernas y deslizo mi cabeza arriba y abajo por su hendidura, provocándola con mi lengua.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunto, disminuyendo el ritmo.

—Solo dámelo —gime ella. Su voz es tan clara, tan excitante que hace que mi miembro palpite. La deseo.

Muevo mi cabeza más rápido y con más urgencia, llevándola cada vez más cerca del borde del placer. Sus gemidos son más fuertes y apasionados mientras muevo mi lengua alrededor de su clítoris, enviando oleadas de placer por todo su cuerpo. Siento sus dedos agarrándose a mi pelo, atrayéndome más profundamente hacia ella. Sus gemidos son fuertes y profundos. Sujeta mi cabeza contra ella, animándome a seguir lamiéndola, a mantenerla al borde.

Mis labios besan ávidamente la piel de sus muslos internos. Huelo el dulce aroma de su perfume y siento la sedosidad de su piel. Saboreo el gusto salado de sus fluidos en sus pliegues y siento cómo se le pone la piel de gallina mientras la succiono. Mis manos sienten la suavidad de su cuerpo. La veo mirarme mientras yo la miro.

Emily está extendida en la cama, sus manos agarrando las sábanas mientras separa las piernas. Sus piernas tiemblan, su respiración entrecortada. Sus pechos se agitan, sus pezones duros y erectos. Yace allí con los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás y la boca entreabierta. Su pecho sube y baja con cada respiración. Sus pechos se mueven ligeramente con cada inhalación. Su cuerpo está sonrojado, su piel roja y caliente mientras el orgasmo la recorre en oleadas. Luego me posiciono entre sus rodillas.

Deslizo mi punta dentro de ella, sintiéndola jadear de placer por la sensación. La agarro por las muñecas y empujo sus brazos por encima de su cabeza, manteniéndolos en su lugar mientras me froto contra ella. Su respiración se acelera, y siento que arquea su espalda, empujando sus caderas para encontrarse con las mías. Jadea ante la repentina sensación de placer que irradia a través de ambos.

Empiezo a penetrarla profundamente, sintiendo cada centímetro de su estrechez rodeándome. Emily envuelve sus piernas alrededor de mí mientras grita de deleite por las intensas sensaciones que nos recorren a ambos.

Nos movemos al unísono mientras nuestros cuerpos se convierten en uno, bailando juntos en un ritmo que solo nosotros podríamos entender. Ella grita mi nombre al alcanzar su clímax, y no puedo evitar unirme al coro de placer. —¡Oh, Dios! —gemimos juntos mientras alcanzamos nuestros orgasmos en perfecta armonía....

Me desperté, mi cuerpo ya sumergiéndose en el clímax, y aparté las sábanas. Hacía años que no tenía un sueño húmedo, y maldita sea si no tuve que correr al váter agarrando mi miembro con toda la fuerza posible para evitar que el desastre se esparciera por toda la alfombra. Mi corazón latía con fuerza mientras me liberaba, dejando que el semen saliera de mi erecto miembro mientras lo acariciaba suavemente. Apoyé un brazo en la pared detrás del inodoro y cerré los ojos con fuerza.

Incluso en sueños, la deseaba. ¿Cómo pude dejar que esto me pasara?

27

EMILY

Charlotte llevó mi maleta, arrastrándola por los pocos tramos de escaleras hasta mi apartamento. Después de discutir con mi madre durante todo el domingo, reservé un vuelo de regreso para el lunes por la tarde. Era temprano por la noche y estaba agotada. Me desplomé en mi viejo y gastado sofá, encogiéndome sin pensar en la cena, ni en deshacer la maleta, ni siquiera en algo para beber. Charlotte se sentó con cuidado en el borde de la mesa de café y apoyó su mano en mi rodilla. Le conté durante el trayecto desde el aeropuerto cómo había reaccionado mi madre, y ella se mostró comprensiva.

—No puedo imaginar cómo te sientes. ¿Incluso después de que tu madre descubriera que no estabas interesada en abortar, siguió insistiendo? —Su pulgar se frotaba de un lado a otro sobre mis vaqueros, y aparté la pierna.

—Sí, cree que estoy echando mi vida a perder. Yo no lo veo así.

Charlotte frunció el ceño y se movió al sofá a mi lado, hundiéndose en el cojín roto. Imitó mi posición, abrazando sus rodillas contra su pecho. Su pelo caía alrededor de su cara hecho un desastre, sin cepillar pero aún así precioso. Me pregunté si Daniel seguiría pensando que era guapa cuando viera mi vientre empezando a abultarse, y tuve que apartarme de ella. Todo me

hacía pensar en él, probablemente porque había creado inadvertidamente una distancia entre nosotros que nunca debería haber existido. Debería habérselo contado desde el principio.

—No creo que estés echando tu vida a perder. Creo que tu vida va a ser diferente de como ella quería que fuera, quizás incluso diferente de como tú querías que fuera, pero no está echada a perder. Solo estás tomando un camino diferente. Eso es todo.

Me forcé a esbozar una débil sonrisa y tomé una respiración purificadora. Char siempre tenía una manera de ver el lado positivo de las cosas. Yo había estado intentando hacer lo mismo, pensando en lo positivo. Ya estaba enamorada de estas dos pequeñas vidas creciendo dentro de mí. Mi vida ya era diferente de como la había planeado, pero eso no había cambiado cuando descubrí que estaba embarazada. Eso había cambiado en el momento en que Daniel se interesó por mí. Nunca en un millón de años habría pensado que conocería a alguien tan maravilloso.

—Realmente le quieres, ¿verdad?

—Sí... —murmuré, metiendo la barbilla contra mi pecho—. Y no es porque esté embarazada. Hace tiempo que sé que estoy enamorada.

—Necesitas contárselo, Em. Merece saberlo. Probablemente se esté preguntando por qué no le has llamado o enviado mensajes. —Levanté la vista hacia su expresión, preocupada y cariñosa.

—Lo sé. Es solo que me he sentido culpable por ocultárselo, y tengo miedo de que piense que le estaba mintiendo. Él dijo que lo único que nos separaría sería una mentira. He estado ocultando esto durante tanto tiempo que ya estoy empezando a notárseme. Aunque se me nota mucho antes que en un embarazo normal porque son gemelos, pero aun así. Él pensará...

—No importa lo que piense, siempre y cuando se lo cuentes. ¿Vale?

Mi estómago gruñó y me sentí mal. Las medicinas contra las náuseas estaban enterradas en mi maleta, y no había comido, así que las náuseas matutinas estaban a punto de darme una paliza. Traté de tragar la bilis que subía por mi garganta, pero era una batalla perdida. Esta era una parte del embarazo que odiaba,

vomitar todo el tiempo. Me levanté y caminé hacia mi maleta, la abrí, y mientras lo hacía, escuché unas llaves tintinear en la cerradura. Me quedé helada. La única persona que tenía llaves de mi apartamento aparte de mí era Evelyn, y no quería verla ahora mismo.

La puerta se abrió de golpe y ella irrumpió. Tenía los ojos muy abiertos y una expresión crítica mientras cerraba la puerta y me miraba fijamente rebuscando en mi maleta en busca de mi medicina. —¿Qué quieres, Eve?

—No puedo creer que no me dijeras que estabas embarazada.

Mis hombros se hundieron. Encontré la medicina y saqué el frasco, girando inútilmente la tapa a prueba de niños. Mi cuerpo se tensó, unos pocos hipos escaparon antes de un eructo. Ya estaba subiendo. No había tiempo para la medicina. Me levanté de un salto y me dirigí al baño, pero era demasiado tarde. Vomité por toda la alfombra, mi sudadera, mis vaqueros y el linóleo roto del pasillo.

Para cuando llegué al inodoro, no me quedaba nada más que sollozos. Odiaba a mi familia, hablando de mí a mis espaldas como si fueran mejores que yo o pudieran controlar mi vida con sus cotilleos. Así era la vida en un pueblo pequeño. Era la razón por la que quería salir del condado de Monroe. Quería ser invisible, desaparecer entre las masas donde nadie me conociera y pudiera vivir mi vida a mi manera. Nunca debería haber ido a casa de visita.

Charlotte estaba allí, sujetándome el pelo mientras sollozaba y me sonaba la nariz. Evelyn también estaba allí, con los brazos cruzados, mirándome sin emoción. Char me ayudó a limpiarme y a quitarme la sudadera sucia, y pasé junto a Evelyn dirigiéndome a mi habitación. Eve me siguió, sus tacones repiqueteando en el suelo.

—Char, necesito hablar con mi hermana a solas.

Charlotte se quedó, esperando a que la despidiera, y agité mi mano. Evelyn sería cruel conmigo. Sabía eso. Char no necesitaba estar presente para eso. —Limpiaré el suelo, ¿vale? —Su compasión calentó mi corazón.

Se fue, y me quité los asquerosos vaqueros, dejando mis zapatos junto a la cómoda. Evelyn me observó cambiarme, negando con la cabeza ante mi cuerpo cambiante. —Mamá me lo contó, pero no me

lo creía. ¿Y estás lo suficientemente avanzada como para que se note? ¿Qué, te acostaste con él el primer día?

—¿Puedes dejarlo ya, Eve? Esto es bastante difícil sin que encima me juzgues —abrí el cajón de mi cómoda e intenté encontrar unas mallas. La mayoría de mis pantalones me quedarían demasiado ajustados de todos modos. Necesitaba invertir en algo de ropa premamá pronto.

—Mira, no estoy necesariamente de acuerdo con mamá. Después de haber tenido un hijo, sé lo que te hace —su voz se suavizó mientras se apoyaba en el marco de la puerta—. Yo tampoco abortaría. Pero creo que te espera un mundo de dolor ahora. Nunca te va a apoyar. Ahora solo vas a ser la asistenta gorda que se quedó embarazada. Encontrará una nueva mujer con quien acostarse y se olvidará de ti.

Sus palabras me dolieron. No quería creerlo. Daniel me amaba. Lo sabía. Y yo le amaba a él. Mi mente estaba en guerra consigo misma, intentando decidir qué era verdad. Me puse una camiseta y encontré unos pantalones de yoga. Evelyn continuó diciéndome lo mucho que había metido la pata mientras me sentaba en el borde de mi cama y me obligaba a meter las piernas en los pantalones. Las incesantes charlas estaban machacando mi autoconfianza hasta hundirla en el suelo.

—¿Y si acepta al bebé, Eve? ¿Y si quiere casarse y realmente está enamorado de mí? —mi pregunta hizo que se quedara callada. Estudió mi cara, cambiando su expresión. Vi odio, luego compasión, después enfado, y luego comprensión. Se acercó y se sentó a mi lado.

—Casarse con un hombre porque estás embarazada de su hijo no es una buena idea. ¿Sabes cuántas mujeres han hecho eso y se han arrepentido? —retorció sus manos en su regazo y continuó—. Emily, estoy intentando defenderte, ayudarte. ¿Sabes? No puedes casarte con este tío. Nunca le importaste. Si hubiera sido así, habría llamado para saber dónde estabas... qué estabas haciendo. Ni siquiera ha llamado una vez, ¿verdad? —sus ojos me taladraban, atravesando mi alma. Sus palabras no eran una pregunta genuina, sino una acusación, y una acertada.

—No, no lo ha hecho —respondí, con la barbilla bajada.

—¿No lo ves? Mamá tendrá sus propias formas de intentar cuidarte, y admito que a veces se pasa un poco, pero ambas nos preocupamos. Mamá y yo. Creo que deberías venir a vivir conmigo un tiempo. Despejaremos la habitación del bebé y puedes traer tu cama. Será bueno para ti. No tendrás que quedarte con mamá y papá. Puedes encontrar un trabajo aquí en la ciudad que se ajuste mejor a tu titulación. Por favor, ¿dime que lo harás?

Mi estómago se revolvió de nuevo, y negué con la cabeza.

—No, Eve. Tengo que hacer esto a mi manera. ¿Vale? Voy a demostrar a todos que no importa lo difícil que sea, yo me he metido en esto y afrontaré las consecuencias. No voy a aprovecharme de nadie. Voy a ser mi propia persona.

Me alisé la parte delantera de los pantalones de yoga y me levanté.

—Creo que necesito comer algo o voy a vomitar otra vez.

Evelyn se levantó de un salto, enfadada conmigo por rechazar su invitación.

—Muy bien, pero no digas que no te lo advertí. Va a ser imposible.

Me guió hasta el salón que todavía olía a vómito, aunque Charlotte había conseguido limpiar la mayor parte del desastre. Evelyn se dirigió furiosa hacia la puerta y la abrió, girándose por encima del hombro para decir:

—Creo que estás cometiendo un error —cuando se fue, cerró la puerta de un portazo. Me quedé mirando el suelo mojado, empapado por el intento de Char de limpiarlo.

—Siento que sea así, Em —Charlotte dejó el trapo en el cubo de agua que estaba usando para limpiar la alfombra y recogió mis pastillas del lugar en el suelo donde las había dejado caer—. Tómate una y come algo.

—Char, soy un desastre. No puedo comer. No puedo dormir. Estoy tan alterada. Siento que Daniel nunca volverá a hablarme, y no es que no quiera hacer esto sola. Puedo hacerlo. Simplemente quiero una familia... mi familia. Le quiero a él —llegaron más lágrimas, y no las detuve.

—Entonces llámale —dijo ella—. Díselo. Acaba con esto de una vez para que te sientas mejor.

Tenía razón. Arrancar la tirita era la única manera ahora. Me senté en la mesa de la cocina y saqué mi teléfono del bolso, que había dejado sobre la mesa al entrar. Abrí mis contactos, encontré el nombre de Daniel y presioné llamar. El teléfono sonó varias veces y saltó el buzón de voz, pero no quería dejar un mensaje. Quería escuchar su voz, así que llamé de nuevo. Esta vez, fue directamente al buzón de voz, sin sonar. Había apagado su teléfono.

Lo único peor que no saber era saber que no era bueno. Nunca habría apagado su teléfono así si quisiera hablar conmigo. Lo único que podía pensar era que estaba enfadado conmigo por no llamar durante todo el fin de semana. Tenía todo el derecho a estar molesto conmigo. Tampoco dejé un mensaje, porque lo único que podía hacer ahora era llorar, y no quería que me oyera llorando. Volví a meter el teléfono en mi bolso y crucé los brazos sobre la mesa, desplomándome sobre ellos.

Me sentía sin esperanza. No podía hacer esto sin él.

28

DANIEL

Mi teléfono vibró en mi bolsillo, y ni siquiera me molesté en mirarlo. Simplemente metí la mano y mantuve presionado el botón de encendido hasta que sentí la doble vibración en rápida sucesión que indicaba que se estaba apagando. Michael y yo estábamos inclinados sobre el papeleo de nuestro mayor cliente bancario. Sus intentos de construir un nuevo edificio de oficinas para su traslado corporativo a West Loop estaban atascados en trámites de zonificación y no estaban contentos. Como sus abogados, era nuestro deber agilizar este tipo de asuntos, pero me estaba frustrando especialmente a mí, sobre todo porque era domingo por la tarde y estaba en la oficina en lugar de sentado junto a mi piscina bebiendo limonada.

—La maldita comisión de zonificación no aprobó la solicitud. Dijeron que no llegó antes de la fecha límite para la reunión de este mes —Michael hojeó algunos de los papeles esparcidos sobre la mesa de la sala de conferencias y dobló el mapa para echar un vistazo. Encontró la solicitud que le había pedido a Emily que presentara hace semanas. El sello de tiempo en el documento, realizado abajo con el notario, indicaba que se había completado a tiempo. Señalé ese sello.

—Mira... —negué con la cabeza—. ¿Fue Cheryl? ¿Es ella quien te dijo esto? Porque ya he tenido problemas con ella antes —me dejé caer en la silla detrás de mí y me froté la frente—. Tendrás que llamar a la comisión a primera hora de la mañana para aclarar esto. Los documentos se enviaron por fax a tiempo.

Michael apiló los formularios en una sola pila y refunfuñó un poco. Yo sabía que Emily había hecho un trabajo fantástico con estos, aunque él quería achacarle el error a ella. Revisaba su trabajo todos los días para asegurarme de que se estaba haciendo bien. No había cometido ni un solo error, al menos no en lo que concernía a su trabajo.

—Bueno, creo que debemos revisar los registros del fax de todos modos —dobló el mapa y lo apiló con los otros papeles, luego los metió todos en su maletín—. Porque existe la posibilidad de que tú firmaras la documentación, pero ella nunca enviara los faxes.

—Olivia es quien hace los faxes, no Emily —espeté, mirándolo con el ceño fruncido. Realmente la tenía tomada con ella, y eso me irritaba—. Me gustaría que aflojaras un poco.

Ahora que habíamos revisado todos los archivos, saqué mi teléfono del bolsillo y lo volví a encender. Michael cerró su maletín y lo puso en el suelo, pero se quedó allí, metiendo la mano en su bolsillo, mirándome con desagrado.

—Dan, no estás en posición de hablar. Pensabas que era tan maravillosa hasta que de repente presentó una demanda contra ti.

—Ella no presentó ninguna demanda. Su hermana amenazó con una. Aclara esa parte. Y su trabajo ha sido impecable, brillante incluso. Es la mejor asistente que he tenido —mi teléfono vibró cuando llegaron las notificaciones de más llamadas perdidas, aunque aún no las revisé. Estaba demasiado enfadado con él.

—Bueno, mañana por la mañana, la despediremos. Tenemos una razón muy clara: no se ha presentado a trabajar en días. Recibiste una excusa a medias de Olivia diciendo que estaba enferma, y luego recibiste un correo electrónico diciendo que estaría fuera de la ciudad —Michael sacudió la cabeza como un perrito de juguete en el salpicadero de una vieja furgoneta Volkswagen. Quería golpearlo,

pero sabía que tenía razón. Ella había faltado bastante al trabajo y no tenía una excusa real para el absentismo.

Sin embargo, no me parecía correcto despedirla por esto. Ella no había presentado ninguna demanda y, por lo que yo sabía, su hermana solo había hecho amenazas. Emily había estado decaída durante semanas, quizás depresión. Había visto su apartamento, las condiciones en las que vivía. Necesitaba este trabajo.

—¿Y si la trasladamos? ¿La hacemos asistente personal de Grace en lugar de mía? Puedo tomarme unas semanas libres, trabajar desde casa. Dejar que Emily se adapte a otro lugar —el mero hecho de que siguiera abogando por su trabajo debería haberle revelado que tenía sentimientos por ella. Me dolía en el alma pensar que estaría sola en esta gran ciudad, arreglándoselas por sí misma. No importaba que me hubiera manipulado. El amor es ciego, y supongo que yo también lo era.

—No puedo creer que aún la defiendas, Dan. Te llevó a la cama y está amenazando con una demanda por eso. No ha intentado ponerse en contacto contigo durante días, justo después de que se amenazara con la demanda, y aún te importa —suspiró y volvió a sacudir la cabeza—. Realmente eres un masoquista.

—Se llama amor, Mike, y si alguna vez amaras a alguien como yo amo a Emily, lo entenderías —miré mi teléfono, necesitando una distracción. Las notificaciones eran de Emily. Dos llamadas perdidas, cero mensajes de voz. Se me encogió el corazón. Había intentado llamarme y lo había ignorado. Michael me diría que la ignorara de todos modos, pero lo había hecho sin querer. Si me hubiera llamado, habría respondido, y esta discusión sería sobre algo diferente.

—Mira, lo entiendo. Te importa, por eso Grace y yo vamos a contribuir de nuestro reparto de beneficios para darle un buen paquete de indemnización. Debería mantenerla durante seis meses mientras encuentra un nuevo trabajo. ¿De acuerdo? Pero no puedes permitir que alguien que amenazó con demandar siga trabajando aquí.

Recogió su maletín y se frotó la nuca.

—Siento haber causado tanto revuelo. Solo me preocupo por ti como amigo, y me preocupo por este bufete. Una demanda así no

nos hundirá, pero el circo mediático que la rodearía podría hacerlo. No quiero verte pasar por eso, ni tampoco al bufete que has construido. Y tampoco quiero que mi reputación se vea manchada con las consecuencias. Grace tampoco. Simplemente déjanos manejar esto, y júrame que no harás contacto con ella hasta que sea despedida.

Odiaba la forma en que pensaba que podía manejarme, porque eso es lo que estaba haciendo. No estaba gestionando una situación, me estaba controlando, microadministrando mis acciones y reacciones para mitigar el daño.

—Sí, lo juro. ¿Vale? Sé cómo funciona esto —mi boca pronunció las palabras, pero mi corazón gritaba que le ignorara. Aunque sabía que tenía razón. Cualquier tribunal del mundo vería mi respuesta a las amenazas de Evelyn contra mí y la firma como hostil. Incluso si Emily me llamaba de nuevo, necesitaba ignorarlo.

Esperé veinte minutos completos después de que Michael se marchara antes de bajar. No quería que la incómoda conversación continuara en el ascensor o en la calle mientras esperaba a mi conductor. Ya me había costado bastante borrar las notificaciones y fingir que mi corazón no deseaba realmente llamar a Emily y aclarar todo este asunto. Ella no lo sabía, pero la amaba tanto que si dinero era lo que quería, se lo daría todo. Pero yo la quería a ella también, no solo un acuerdo económico.

Salí del ascensor y me dirigí a la puerta principal, cerrando con llave tras de mí, y cuando me giré para caminar hacia el coche, vi a Evelyn allí parada. La mirada fulminante en su rostro, junto con la manera en que estaba de pie con los brazos cruzados, me indicaba que estaba enfadada otra vez. Al menos esta vez sabía quién era mientras me encaminaba hacia la confrontación.

—Señor Jacobs, creo que recuerda quién soy —su nariz parecía más puntiaguda que la semana pasada, o quizás la estaba confundiendo con la Bruja Malvada de aquella vieja película.

—Sí, sé quién eres —dije, pasando junto a ella hacia mi coche. Ese rostro se había grabado en mi conciencia. No creía que pudiera olvidarlo nunca o sacarlo de mis pesadillas.

—Escucha, amigo...

—Mira, si vas a presentar una demanda, termina con esto de una vez. ¿De acuerdo? —me di la vuelta, todavía a varios pasos del coche. Oí cerrarse la puerta del conductor y supe que me abriría la puerta.

Ella se burló, torciendo el labio como un perro rabioso listo para atacar. —Dime, cuando contrataste a Emily, ¿pensaste en cómo le joderías la vida antes de hacerlo? ¿Y qué hay de cuando te la tiraste en tu despacho? ¿Planeaste dejarla embarazada y luego tirarla a la cuneta cuando hubieses terminado con ella? —gesticulaba con las manos mientras hablaba, pero no me sentía intimidado. Seguía aferrándome a la esperanza de que hablara sin conocimiento. Mi corazón necesitaba creer que Emily no era así.

—¿Has hablado con ella siquiera? ¿Te ha pedido que hagas esto? —di unos pasos hacia delante, pero mi conciencia me dijo que parara. Actuar de manera agresiva o amenazante solo empeoraría las cosas.

—¿No me has oído? —preguntó, ignorando mi pregunta—. Emily está embarazada. La dejaste preñada, y ahora está cabreada y pensando en deshacerse de ello —las fosas nasales de Evelyn se dilataron mientras se acercaba más a mí, claramente sin miedo.

Muchos pensamientos cruzaron por mi mente. —Estás mintiendo —apreté la mandíbula y sacudí la cabeza—. Si estuviera embarazada, yo habría sido la primera persona a quien se lo hubiera dicho —tenía sentido, las náuseas, las ausencias al trabajo, estar demasiado emocional. Pero me lo habría dicho.

—No estoy mintiendo. Se fue a casa a visitar a mis padres, y mi madre la llevó a una clínica abortiva... Así que tienes razón. Quizás ya no esté embarazada. Pero de cualquier manera, vas a soltar dinero para ayudarla. Porque se niega a dejar que su familia la ayude, y yo, desde luego, no voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo fracasa.

Sus palabras cayeron en oídos sordos. Me giré hacia mi coche e intenté contener la rabia que hervía en mi pecho. Oí a Evelyn siguiéndome. El conductor hizo una mueca y se apartó cuando me acerqué, y Evelyn me agarró del brazo intentando que me girara. Arranqué mi brazo de su agarre y me di la vuelta bruscamente,

inclinándome sobre ella. No era tan baja como Emily, pero aun así yo la superaba en altura.

—Necesitas echarte atrás. Y necesitas escucharme con atención. Tengo suficiente poder y recursos para hundir a ti, a tu hermana, a tus padres y a su negocio tan profundo que nunca saldrán a flote. ¿Me entiendes? Y mi bufete es uno de los más poderosos de esta ciudad, demonios, incluso del país. Te encontrarás tan sumida en litigios que te costará todo y aun así yo ganaré.

Me giré y subí al coche antes de que pudiera responder. El conductor cerró la puerta, y yo la bloqueé mientras él intentaba que Evelyn se apartara. Estaba tan enfadada, incluso después de que él subiera, que golpeaba la ventana y me gritaba insultos que apenas podía oír gracias al cristal insonorizado. Por muy enfadada que estuviera, tenía que creer que parte o toda su historia podría ser cierta. Si fuera mi hermana y creyera que estaban jugando con ella, yo también estaría furioso.

Pero yo conocía a Emily, o al menos creía conocerla. Me habría dicho si estuviera embarazada. Eso solo me confundía y frustraba más. Me alegré de no haber contestado al teléfono durante aquella reunión. Después de esa escena, solo podía imaginar cómo habría sido esa conversación si Emily realmente fuera a demandarme. Y todo habría ocurrido justo delante de Michael.

—¿Está bien, señor? —preguntó el conductor después de bajar la ventanilla que nos separaba.

—Bien, gracias. Te agradezco que tomaras la iniciativa ahí al final —sentí que mi teléfono vibraba de nuevo, y por una fracción de segundo, deseé que fuera Emily.

—De nada, señor. ¿Vamos a casa ahora? —preguntó, mirándome por el espejo.

—Sí, a casa... —saqué mi teléfono para ver un mensaje de Michael recordándome una reunión a primera hora de la mañana. No era el mensaje que esperaba recibir.

Apoyé la cabeza en el reposacabezas y cerré los ojos, escuchando el sonido de la ventanilla subiendo. Esto era demasiado abrumador. Quería despertar y descubrir que todo era solo una gran pesadilla. Excepto que, si eso fuera cierto, entonces cada segundo

que había pasado con Emily habría sido parte de esa pesadilla, los momentos íntimos, el amor que sentía. ¿Y cómo podía ser eso cierto? ¿Cómo podía el amor ser un cruel y retorcido producto de mi imaginación?

29

EMILY

Estaba nerviosa mientras me vestía para el trabajo. Todas mis faldas me quedaban ligeramente ajustadas, ciñéndose demasiado en mis caderas. Sabía que Olivia me juzgaría, pero no tenía elección. Hasta que encontrara ropa premamá, tendría que arreglármelas con prendas que me quedaban demasiado estrechas. No era más ajustado que unos vaqueros pitillo, pero tampoco era precisamente profesional. Me miré en el espejo. El ajuste extra acentuaba la curva de mi trasero. Me parecía sexy, pero sexy no era como debía verme en el trabajo.

En lugar de la chaqueta que iba con mi traje, elegí un jersey que colgaba bajo, cubriendo la mayor parte de mi trasero. Hacía un poco de calor para llevar jersey, pero sería mejor que escuchar el sermón. También quedaba un poco holgado en el medio, lo que ocultaría el pequeño bulto que tenía. Aunque, me detuve a mirarme en el espejo mientras estiraba la ropa contra mi estómago para ver cómo estaba cambiando mi cuerpo. La enfermera de la clínica tenía razón. Iba camino de mostrar mi embarazo bastante pronto.

Sacudiendo el jersey para que volviera a colgar suelto, me puse unos pendientes, un toque de maquillaje y cogí mi bolso. Con una nueva rutina de pequeñas comidas regulares y la adición del medicamento contra las náuseas, me sentía lo suficientemente bien

para trabajar. También me sentía mal por haber faltado tantos días, y estaba lista para volver a la carga y ponerme al día con cualquier tarea pendiente que Daniel tuviera para mí.

Estaba ansiosa por hablar con él también, quizás durante el almuerzo, y explicarle exactamente por qué había estado ausente. No me había llamado ni enviado mensajes, lo que me hacía pensar que estaba muy enfadado, pero sabía que cuando le contara lo que estaba pasando, entendería por qué no había ido al trabajo. Solo esperaba que también se alegrara por los bebés y no se enfadara conmigo por retrasar el momento de contárselo. Y en cuanto a eso de que no se veía a sí mismo como padre, bueno, tendría que superarlo. Le gustara o no, iba a ser padre. Incluso si no quería una relación conmigo.

El metro iba lleno, solo había sitio de pie, y los pies ya me dolían por la caminata hasta la estación. Deseaba estar mostrando realmente el embarazo. Quizás alguno de los hombres sentados a mi alrededor me cedería su asiento, pero nadie lo hizo. Así que me quedé de pie, agarrada a la barra en el centro del pasillo mientras el tren me llevaba a mi estación. Llegué temprano, sin prisas para entrar en el edificio, así que me detuve y compré el café favorito de Daniel y uno para mí también. Sonreí pensando en verle de nuevo. Dios, le había echado de menos.

Pero cuando las puertas del ascensor se abrieron y vi a Grace y Michael de pie cerca de recepción, supe que algo no iba bien. Siempre estaban encerrados en sus despachos trabajando duro, o ni siquiera habían llegado cuando yo entraba. Se enderezaron, terminaron su conversación en susurros y se giraron para mirarme mientras salía del ascensor. El miedo me recorrió la columna cuando Grace habló.

—Señorita Kline, nos gustaría hablar con usted un momento —utilizó un tono muy profesional, con las manos cruzadas frente a su cintura.

—Eh... claro —dije, alternando la mirada entre su cara y la de Michael. Jill apareció al instante, tomando el café de Daniel de mi mano. Tenía su nombre escrito, así que era obvio a dónde iba.

—Yo lo llevaré por ti —dijo, haciendo una mueca y ofreciéndome una mirada de compasión. Cuando se alejó, me dirigí a Michael.

—¿Qué ocurre, señor? —Mi mano temblaba, el café se agitaba, y agarré la taza de papel con ambas manos.

—Emily, aunque ambos estamos de acuerdo en que tu trabajo aquí ha sido bien hecho y has cometido muy pocos errores, tu conducta ha sido muy poco profesional. Incluso indecorosa —la voz de Michael sonaba robótica, monótona. No mostraba ninguna emoción en su rostro, ni siquiera el ceño fruncido—. Hemos decidido despedirte con efecto inmediato. Jill se ha tomado la libertad de vaciar tu escritorio por ti.

Grace bordeó el extremo del mostrador de recepción, cogió una caja y me la trajo. Las pocas cosas que tenía en mi escritorio estaban todas en esta caja. La miré atónita mientras la aceptaba de sus manos. —¿Qué?

—Señorita Kline —dijo Grace severamente—, ha llegado a nuestro conocimiento que su familia ha amenazado con una demanda contra la firma y contra el señor Jacobs. Si bien no podemos impedir que usted o su familia emprendan cualquier acción legal que consideren justificada, dada la interacción del señor Jacobs con usted en la privacidad de su despacho, le recomendamos encarecidamente que reconsidere el litigio. No acabará bien para usted.

—Porque respetamos su situación financiera —intervino Michael —, estamos dispuestos a ofrecerle seis meses de salario además de su cheque final de compensación semanal. Esperamos que esto le proporcione tiempo suficiente para conseguir un nuevo trabajo. Y Olivia le escribirá una carta de recomendación profesional.

Me sentía mareada. Parpadee mientras mi vista se oscurecía, borrosa. Mi presión arterial debía estar por las nubes. —¿Mi familia ha hecho qué? —murmuré—. Tengo que ver a Dan.

—Lo siento, señorita Kline, pero el contacto con el señor Jacobs está prohibido ahora. No puede hablar con él, y se le recomienda encarecidamente que no intente llamarle, enviarle correos electrónicos o mensajes de texto. Cualquier intento por su parte de

comunicarse con él se considerará hostil, y nos veremos obligados a defenderle.

—Pero yo...

—Estoy segura de que puede estar confundida, pero nos tomamos las amenazas en serio. Si necesita más información sobre la naturaleza de esta amenaza, debería hablar con su hermana, Evelyn —Grace estaba fría, su tono era exacto.

Parpadee lentamente y levanté la mirada hacia su rostro. No tenía ni idea de qué estaba hablando, pero no dudaba que Evelyn fuera capaz de hacer algo así. Sentía que iba a desmayarme, la cabeza me daba vueltas. —Por favor, creo que esto es un gran malentendido. Necesito hablar con Daniel.

—El señor Jacobs está en una reunión. No debe hablar con él ni intentar contactarle —. Michael se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel impecable doblada en tres partes. La dejó caer en la caja y continuó—. Esta es una orden de alejamiento, presentada la semana pasada contra usted. Si intenta ponerse en contacto con él, pisa su propiedad o la del bufete, puede ser procesada con todo el peso de la ley.

Sabía que no les caía bien, pero se estaban pasando. —Chicos, os juro que esto es solo un malentendido —. Sentí las lágrimas asomando a mis ojos y tuve el impulso de soltar la caja y correr junto a ellos. Necesitaba ver a Dan.

Michael me dio la espalda y se marchó, y Grace extendió las manos para conducirme de vuelta al ascensor, que estaba siendo mantenido abierto por Olivia, a quien ni siquiera había visto acercarse. —Entiendo que esto es difícil, Emily, pero por favor, estamos intentando proteger a Dan —. Olivia hablaba en tono reconfortante. Parpadeé y las lágrimas corrieron por mis mejillas—. Por favor, respétale en este momento, ¿vale? Estoy segura de que eventualmente las cosas se calmarán y estará dispuesto a escucharte.

Las puertas se cerraron, ocultando mi vista, y el ascensor descendió. ¿Qué demonios acababa de ocurrir? Me quedé allí sollozando mientras las puertas se abrían en un piso diferente, y las personas que estaban listas para unirse a mí se echaron hacia atrás,

mirándome fijamente. No entraron en el ascensor, y me sentí aliviada. Bajé hasta la planta baja y encontré un banco fuera del edificio donde sentarme. Cuando no me había contactado, asumí que estaba molesto, pero nunca pensé que esta sería su respuesta. Ni siquiera sabía aún que estaba embarazada, ¿y cómo se lo diría ahora? ¿Presentarían una demanda contra mí? ¿Por decirle que esperaba un hijo suyo?

El pensamiento me hizo llorar con más fuerza. Estaba tan enfadada que saqué mi teléfono y marqué el número de Evelyn. Su voz sonaba adormilada cuando contestó, como si la hubiera despertado, pero no me importó.

—¿Em? Es temprano. ¿Qué ocurre?

—¡Maldita sea, Eve! ¿Qué demonios has hecho? ¿Le dijiste a Daniel que iba a demandarle? ¿Sabes siquiera lo que está pasando? Estoy despedida. No tengo trabajo ahora, gracias a ti. Estoy jodidamente embarazada y no tengo trabajo.

Algunas personas que pasaban me miraron fijamente, y cuando les lancé una mirada fulminante apartaron la vista. Estaba agradecida de no conocer a ninguno de ellos, de que pasaran de largo por el edificio de abogados y no entraran. No importaba que estuviera sentada en un banco público, despotricando contra mi hermana. Nadie en esta ciudad me conocía, y no tenía nada que perder.

—Em, yo...

—Te odio, Evelyn. ¿Vale? No tienes ni idea de lo que has hecho. Le necesitaba. Le quiero. No puedo hacer esto sin él —. Lloré tan fuerte que pensé que vomitaría. No quería una indemnización por despido. Quería una familia.

—Emily, por favor. Para esto. Ven a quedarte conmigo. Yo cuidaré de ti.

—¿Crees que incluso consideraría eso? Has arruinado mi vida. Nunca te dije que fueras a hablar con él. No tenías ningún derecho a decirle ni una palabra, y le dijiste que iba a demandarlo. ¿Por qué? Todo lo que hicimos fue consensuado. Lo deseaba tanto como él.

—Te estaba utilizando —. La voz de Evelyn se volvió hostil. No le importaba yo. Solo quería tener razón. No soportaba que pudiera

encontrar el amor con alguien poderoso y rico, y estaba celosa.

—No puedes utilizar a alguien que quiere lo que estás pidiendo. Eso no es abuso —. Colgué, demasiado enfadada para seguir hablando con ella. Diría algo de lo que me arrepentiría más tarde.

La caja no era pesada, pero aún me dolían los pies. Cojeé hasta la estación, encontré el primer tren que iba en la dirección correcta y me desplomé en un asiento. Un anciano en el tren, a unas pocas filas de mí, sacó un pañuelo y me lo entregó sin decir palabra. Lo tomé y sollocé, sonándome la nariz con fuerza en el pequeño y fino pañuelo. Era algo que Dan habría hecho por mí, o por cualquier mujer. Era así de amable.

Eso solo me hizo llorar con más fuerza.

Por eso no me había respondido ni contestado. Había visto cómo vivía, mi apartamento, lo pobre que era, y había decidido cortar conmigo. Solo que ni siquiera tuvo el valor de cortar conmigo él mismo. Tuvo que hacer que su personal lo hiciera por él. Y lo peor era que me dijo que lo único que terminaría con nuestra relación sería una mentira, pero yo no había mentido. A menos que Evelyn también le hubiera dicho que estaba embarazada, lo que significaría que él lo sabía y por eso había terminado las cosas.

Me dolía la cabeza. Me dolía el corazón. Quería irme a dormir y no despertar durante meses, hasta que mi corazón sanara. Esto no podía haber sido obra de Daniel. Nunca me trataría así. O tal vez eso era solo una imagen que yo tenía de él y Evelyn tenía razón. Si él fuera el fanático sexista que Evelyn me dijo que era, actuaría exactamente así, y yo acababa de estallar contra ella.

Estaba tan confundida, tan abrumada. Mi mente ensayaba un millón de cosas que le diría si me llamaba. Repasé mentalmente todas las conversaciones que habíamos tenido durante las últimas semanas, tratando de entender las cosas, pero nada tenía sentido.

Para cuando llegué a casa, era un completo desastre. El pañuelo donado a mi festival de sollozos estaba empapado de mocos y lágrimas. Lo tiré y dejé la caja con mis cosas en el mostrador antes de desnudarme y meterme en la cama solo con el sujetador y las bragas.

¿Por qué no se lo dije inmediatamente cuando me enteré? ¿Por qué tenía tanto miedo de que supiera que estaba embarazada? Ahora que tenía la confianza para decírselo, era demasiado tarde. No me quería. Tal vez nunca me quiso para nada más que para un polvo fácil, y yo había sido tan fácil. Nunca me hice la difícil. Acuné mi vientre y dejé que las lágrimas y los gemidos de ira y dolor brotaran de mí. ¿Qué demonios iba a hacer ahora?

30

DANIEL

—Señor, ¿su café? —la cabeza de Jill apareció en mi despacho sin previo aviso. Supe en el momento en que la vi que algo no andaba bien. Las líneas de preocupación en su frente contaban una historia de estrés y conflicto. Levanté la mirada y fruncí el ceño, conteniendo el impulso de reprenderla por entrar en mi despacho sin haber sido llamada.

—¿Qué ocurre? —le pregunté mientras ella cruzaba de puntillas la alfombra y dejaba el café. Nunca entraba en mi despacho sin llamar.

—Yo, eh... Solo le traigo su café matutino —dijo, forzando una sonrisa.

—Jill, no me tomes el pelo. Nunca entras aquí sin más. ¿Qué está pasando? —me levanté, ajustándome la corbata. Me dio un vuelco el estómago y tuve la sospecha de que Emily formaba parte de lo que estaba ocurriendo.

—Señor, yo solo... —suspiró—. Tengo que volver a mi puesto. Estoy segura de que Michael se lo explicará en un momento.

Quería correr hacia el vestíbulo y averiguar qué estaba pasando, pero antes de que Jill hubiera salido, Michael entró y levantó la mano. Yo ya había rodeado el extremo de mi escritorio, listo para

seguir a Jill mientras salía. La mano de Michael presionó contra mi pecho y cerró la puerta tras Jill.

—Cálmate, Dan —me empujó suavemente hacia atrás, y yo apreté los puños—. Está hecho.

—¿Qué está hecho? —pregunté. Intenté esquivarle, pero él se movió conmigo.

—Emily se ha ido. Despedida, con un muy buen regalo de despedida. —Le vi girar el pestillo de la puerta, y luego presionó ambas manos contra mi pecho como para calmarme.

—Mike, necesito hablar con ella.

—No, no vas a hacer eso. —Fue firme, empujando hacia atrás cuando di un paso adelante—. Esto fue demasiado lejos desde el principio. Incluso si solo era una amenaza, era horrible para tu reputación. He tomado las medidas necesarias para protegerte ya que tú no quieres protegerte a ti mismo.

—¿Qué has hecho? —le empujé—. ¿Qué has hecho? —Sabía que planeaban despedirla, pero no había dado mi aprobación. Recursos humanos sabía perfectamente que no podían hacer nada sin mi consentimiento.

—Se ha ido, Daniel, y tienes que dejarlo estar. Hemos presentado una orden de alejamiento contra ella. No estará en contacto contigo, y ahora puedes seguir adelante con tu vida.

Michael se interpuso entre la puerta y yo, y lo único que podía pensar era que si no se apartaba de mi camino, le obligaría a hacerlo. Cerré el puño y lo eché hacia atrás, lanzándole un golpe. Esquivó el puñetazo, me enganchó por la cintura y me empujó hacia atrás hasta que caí sobre el sofá y me golpeé la cabeza contra la pared.

—Maldita sea, Michael —grité, incorporándome de nuevo. Extendió las manos mientras yo volvía a cerrar los puños, pero esta vez no me detuvo cuando avancé hacia la puerta—. No tenías ningún derecho. —Abrí la puerta de golpe y salí al pasillo, ya cogiendo mi móvil para llamar a mi conductor si fuera necesario.

—¡Dan, detente! —gritó, persiguiéndome—. Dan, como socio de esta firma, tengo derecho a contratar y despedir como considere oportuno.

Me detuve bruscamente y me giré para mirarle con furia. —¿Sí? Yo también, y tú eres el siguiente en esa lista, así que sigue hablando. —Mi pecho se agitaba, y él me miró con rabia. Habíamos pasado por muchas cosas juntos, y esta sería una manera terrible de disolver nuestra sociedad, pero fuera como fuese, él solo era una pieza del engranaje. Emily no. Ella lo era todo para mí, y me había costado casi perderla para saberlo—. No me importa si me demanda. Lo pagaré. No me importa si la firma se hunde. Me declararé en quiebra. Empezaré de nuevo en otro sitio.

—Dan, no puedes hablar en serio. —Ahora su voz era tranquila. Estaba captando el mensaje. Ella lo era todo para mí, y él la había despedido como a una vulgar prostituta.

—Lo digo en serio. Y si quieres quedarte con la firma y los clientes, puedes cogerlos. La amo, y voy a ir a por ella. Si intentas detenerme, te despediré a ti y a Grace, y a cualquier otro que intente interponerse en mi camino.

—Dan, por favor.

—Lo digo en serio, Michael. Apártate.

Pulsé el botón del ascensor, con la esperanza de que ella no se hubiera ido demasiado lejos, pero tardaba demasiado. No podía quedarme esperando. Tenía que hacer algo. Me lancé hacia la salida de emergencia cerca de las escaleras y bajé corriendo. Mis pies no podían ir lo suficientemente rápido, y mientras enviaba un mensaje a mi conductor, casi me caí varias veces, sujetándome en la barandilla, pero eso no disminuyó mi avance. Abrí de golpe la puerta de la planta baja y salí corriendo a la acera, pero estaba vacía. Ni rastro de ella.

Solo tuve que esperar unos segundos para que mi conductor apareciera. Subí rápidamente, espetando: —A casa de Emily. Ahora. Te acuerdas, ¿verdad?

—Sí, señor Jacobs —dijo con calma y se incorporó al tráfico. El ajetreo de media mañana era peor de lo normal. Si hubiera sido yo quien estuviera al volante, habría tocado el claxon un millón de veces. Mi pie presionaba la alfombra bajo él, imaginando inconscientemente que pisaba el acelerador. Necesitaba llegar allí más rápido. Si el tráfico se despejara, podría llegar a su casa antes

que ella. O tal vez no iba a casa, pero tenía la corazonada de que así era.

Cuando el coche estaba a solo unas manzanas, todavía avanzando a pocos kilómetros por hora, solté: —Pare. Iré andando.

El conductor obedientemente detuvo el coche, y me bajé, corriendo tan rápido como pude las últimas manzanas. Debí parecer extraño corriendo por el peor barrio de Chicago vestido con un traje de Armani, pero no me importaba. Lo único que tenía en mente era llegar a ella, convencerla de que Michael no hablaba por mí. Que él no sabía lo que yo quería. Tenía que saber si lo que Evelyn dijo era cierto. ¿Por qué Emily vendría a trabajar si planeaba demandarme? ¿Por qué Grace y Michael no habían pensado en eso? Todo esto era solo un enorme malentendido.

El ascensor me esperaba cuando entré en su edificio. Pulsé el botón de su planta repetidamente hasta que las puertas se cerraron y comenzó a subir. Se detuvo en cada planta, empeorando mi agonía. Recorría el pequeño espacio como un león enjaulado. Había tanta emoción contenida en mi pecho que pensé que mi corazón explotaría.

En cuanto las puertas se abrieron, corrí hasta su puerta y golpeé. —¡Emily! Abre la puerta —golpeé tan fuerte que me dolió la mano. La vecina de Emily asomó la cabeza por la puerta y me observó—. Emily, por favor, ábreme.

No hubo respuesta desde el otro lado, ni un sonido. Me volví hacia la vecina que me miraba fijamente. —¿Está en casa? ¿Llegó hace un rato?

La mujer asintió. —Sí. La oí llorar —levantó la barbilla—. ¿Está llorando por ti? —preguntó, mirándome como si fuera una serpiente en la hierba.

—Sí... —me volví hacia la puerta y golpeé más fuerte—. Emily, por favor, soy Dan. Sé que estás en casa. Déjame explicarte.

Sentí que mis propios ojos se humedecían ante la idea de que se negara a abrir la puerta. Estaba a punto de empezar a gritar mis disculpas y preguntas cuando la puerta se abrió una rendija. Tenía puesta la cadena. Todo lo que podía ver era un ojo y el rímel corriendo por su mejilla.

—Emily, por favor, déjame entrar. Ha habido un enorme malentendido.

—No sé, Dan... —su voz era débil, tímida.

—Por favor —supliqué, rezando para que me diera una oportunidad.

La puerta se cerró. Oí que quitaba la cadena, y luego la puerta se abrió de nuevo. Emily estaba allí con un albornoz, abierto por delante. Solo llevaba sujetador y bragas. Su piel cremosa... Dios, cómo la echaba de menos. Y su vientre sobresalía justo por encima de la cintura de sus bragas. Así que era cierto.

Ella me pilló mirando su vientre mientras cerraba la puerta, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Siento no habértelo dicho. Siento lo que hizo Evelyn. Siento que hayas tenido que verme así, que te haya hecho tanto daño que me hayas despedido. Dan, lo siento. Yo...

Sujeté su rostro entre mis manos y cubrí su boca con la mía. No me importaba que no me lo hubiera dicho o que se hubiera marchado y no me hubiera hablado en días. No me importaba si quería demandarme o incluso si no quería saber nada más de mí. Estaba frente a mí, tan hermosa como siempre. La amaba lo suficiente como para renunciar a todo mi mundo por tenerla, aunque solo fuera durante los próximos cinco minutos antes de que me echara.

—Dios... lo siento tanto —murmuró en cuanto me aparté, así que la besé de nuevo, con más fuerza esta vez, hasta que cedió. Me besó y pasó sus manos por mi pelo. Cuando se calmó, ya no se disculpaba, solo lloraba, la cogí en brazos y la llevé al sofá. Ni siquiera me importó que el cojín estuviera roto. Me senté y la sostuve contra mi pecho mientras sollozaba. Su cuerpo era tan frágil en mis brazos. A pesar de su vientre prominente, parecía que había perdido peso. La culpa me atormentaba por no haberme contado esto, como si yo hubiera hecho algo para hacerle pensar que no estaría encantado con esta noticia.

Tenía la cabeza agachada, la barbilla pegada al pecho, el pelo cubriéndole la cara. Aparté el pelo hacia atrás, colocándoselo detrás de la oreja mientras hablaba.

—Evelyn... lo que sea que te haya dicho es mentira. No quiero demandarte —Emily sorbió por la nariz y se la frotó.

—Entonces, ¿no estás embarazada? —pregunté, confundido.

Se incorporó y negó con la cabeza, encogiéndose de hombros al mismo tiempo. —No, sí estoy embarazada. Solo que... ¿también te contó eso?

—Sí, lo hizo. Ayer —aparté más pelo de su cara, y ella hizo una mueca.

—Dios, la odio. Siento mucho que te hayas tenido que enterar así. Estaba tan asustada de que pensaras que solo quería tu dinero. No intenté quedarme embarazada... Y luego dijiste que no te veías como padre, y entré en pánico cuando me enteré. Tenía tanto miedo de que tú...

—Oh, joder, Em —atraje sus labios a los míos y la besé de nuevo. Ella presionó sus manos contra mi pecho, y la solté—. Quise decir que no sabía si sería bueno en eso. Nunca quise decir que no quería hijos —toqué su vientre donde sobresalía—. Quiero poner tantos bebés en tu vientre que nunca tendrás tiempo de volver a trabajar. No puedes imaginar lo feliz que estoy de ser padre.

Ella se rio, y la extraña combinación de lágrimas y risa me hizo sonreír. —Bueno, me alegro de que te sientas así —sus ojos brillaban.

—¿Sí? —la esperanza llenó mi pecho.

—Sí, porque vas a tener gemelos.

Como si no estuviera lo suficientemente sorprendido de estar sentado aquí con ella en mi regazo, la noticia me abrumó de nuevo. —¿Voy a qué?

—Sí, dos bebés. Voy a tener gemelos.

—Oh, no me lo puedo creer. ¿En serio? —pregunté, acariciando su vientre—. ¿Hablas en serio?

Asintió y dejó caer más lágrimas. No podía pensar ni hablar. Todo lo que podía hacer era atraer sus labios a los míos y besarla una y otra vez. —Dios, te he echado de menos —suspiré contra su boca—. Por favor, dime que no me vas a dejar, que no te vas a mudar a casa. Que no planeas romperme el corazón.

—Nunca —dijo, y mientras lo hacía, me levanté, llevándola conmigo.

—¿Dónde está el dormitorio? —pregunté, tomando aire. Ella señaló, y caminé en esa dirección. La necesitaba ahora. Necesitaba grabar esto en mi cerebro, dejar que nuestros cuerpos se conectaran. Algo que me devolviera a la realidad.

31

EMILY

—Dan... —levanté la mirada hacia él, y él bajó la suya para encontrarse con mis ojos.

—Te quiero —dijo, besando mis labios. Fue suave y delicado, apasionado pero no agresivo. Reconfortante.

Todo mi cuerpo se llenó de calidez, como si me hubieran envuelto en una manta de pies a cabeza. Sus palabras me hicieron llorar, y solo pude asentir en respuesta. Él besó mis lágrimas antes de tomar mi rostro con su mano y recorrer mis curvas, mirándome a los ojos. Parecía una eternidad mientras permanecíamos allí, con nuestros corazones conectados de una forma que jamás había experimentado antes.

Acercándose a mí, una mano se curvó alrededor de mi nuca mientras la otra me tocaba con una caricia tierna que en otro momento o lugar habría sido romántica. Pero aquí estábamos, juntos, transparentes, enfrentándonos con un hambre descarnada que surgía de una necesidad emocional, esa clase que sientes cuando te han descuidado o no te dieron suficiente atención de niño.

Anhelando consuelo, me acerqué más a Dan, cubriendo sus manos con las mías mientras presionaba mi cuerpo contra el suyo. Mi corazón comenzó a acelerarse en respuesta a los latidos entre mis piernas y contra él, urgiéndome a acercarme aún más. Cuando se

apartó, rompiendo nuestra conexión y empujándome hacia atrás hasta que mis piernas chocaron contra la estructura de la cama, gemí. Me empujó suavemente hasta que la cama detuvo mi retroceso. Luego tiró de mi bata hasta que se deslizó por mis hombros y cayó al suelo. Sus manos desaparecieron bajo el borde de mi sujetador, quitándomelo con rapidez hasta que también cayó al suelo junto a nosotros.

—Dios, estás aún más preciosa de lo que recordaba —murmuró, deslizando sus dedos en la cinturilla de mis bragas. Buscaron mi humedad, jugueteando en la línea donde estaba mojada y donde aún podía controlar mi cuerpo. Pero el control estaba ausente en mi mente, y él lo sabía. Se apartó, dio un paso atrás y observó cómo mi cuerpo se hundía en la cama. Se quitó su propia ropa hasta que él también estaba desnudo. Luego me quitó las bragas, arrojándolas a un lado.

Se relamió los labios y susurró: —Dios, cómo he echado de menos esto —luego bajó su rostro a mi monte, acariciando mi clítoris con la lengua. Oleadas de placer recorrieron mi cuerpo, y sentí cómo mis propios jugos fluían sobre mi piel mientras deslizaba su lengua de nuevo hacia mi hendidura y dentro de mí.

Cuando atrapó mi clítoris entre sus labios, succionando fuerte con pequeños golpes de lengua, sentí cómo me contraía una vez más mientras las semanas de celibato y abstinencia autoimpuestos terminaban. Agarrando su cabeza, lo atraje hacia mí, deleitándome con la sensación de sus labios devorándome mientras me estremecía bajo él, corriéndome por primera vez en varias semanas. Y la forma en que sus dedos se introducían en mí, explorándome hasta que me contraía a su alrededor, hizo que mi cuerpo se sacudiera y convulsionara.

Mi orgasmo apenas había disminuido cuando él gruñó fuertemente, lanzándose a succionar de nuevo mis suaves pliegues. Entrelacé mis dedos en su pelo, manteniéndolo firmemente contra mí. Me lamió otra vez, esta vez un poco más fuerte con la punta de su lengua. El placer me envolvía por completo, y estaba segura de que si continuaba así, me correría de nuevo mucho antes de que me penetrara con su polla.

Mi cuerpo temblaba y mis piernas se flexionaban mientras los besos y lametones de Dan enviaban olas de placer por todo mi cuerpo. Su lengua parecía estar en todas partes, lamiendo y rozando cada centímetro de mi piel sensible. Mordisqueó mis suaves pliegues, encontrando cada punto oculto que me hacía gemir más fuerte que antes.

Sentí sus manos subiendo y bajando por mis muslos mientras sus dedos amasaban suavemente mi carne, enviándome descargas de placer. Estaba tan cerca del límite, tan cerca de otro orgasmo absorbente que apenas podía controlarme.

—Ahh... ahh... Dan... —le advertí, pero sin súplica. Mi cuerpo tembló, mis piernas se flexionaron y jadeé en busca de aire mientras el orgasmo se apoderaba de mí. Las contracciones fueron increíbles y humedecieron mis muslos, evidencia de lo que Dan podía hacerme sin siquiera estar dentro de mí todavía.

Movió sus manos suavemente por mis costados hacia mis pechos, acariciando cada uno antes de darles un ligero apretón que me hizo arquearme hacia él, rogando por más.

Mientras los temblores recorrían mi cuerpo, me miró y sonrió, moviéndose lentamente hacia arriba hasta que volvió a estar encima de mí. Limpiándose lo que quedaba en su boca con el dorso de la mano, alcanzó mi pecho, pellizcando ambos pezones con la presión suficiente para enviar hormigueos eléctricos directamente entre mis piernas.

Sus labios se separaron mientras se acercaba para besarme, su aliento en mi cara cálido y dulce. Sus manos acariciaron mi cuerpo. Sus dedos recorrieron mis costados hasta encontrarse con su polla. La posicionó en mi entrada y se introdujo ligeramente, y yo me estremecí. Me besó de nuevo, esta vez metiendo su polla endurecida dentro de mí mientras nos reuníamos con un jadeo tembloroso.

Mi segundo orgasmo apenas había disminuido cuando el suyo comenzaba a hincharse. Cogiendo una almohada de detrás de mí, la metí bajo mis caderas, levantándolas hacia él para que con su siguiente embestida rozara mi clítoris con la base de su polla. Con el juego en mis pezones y su cuerpo frotando mi clítoris, el último

vestigio de autocontrol desapareció y me arqueé hacia arriba, envolviendo con mis piernas el torso de Dan.

Él empujó más profundamente y luego se liberó de mi agarre, finalmente deslizando sus manos bajo mi cuerpo y agarrando mis muslos. Su cuerpo respondió ansiosamente con mayor velocidad e intensidad, sus movimientos erráticos y desesperados. Me quebré, mi cuerpo apretándose alrededor de él y ordeñando su polla, y él se liberó, el semen caliente derramándose dentro de mí y llenándome. Gruñó, estremeciéndose de placer mientras mis uñas arañaban sus costados, y cuando terminamos, se desplomó a mi lado, jadeando.

Me giré, aferrándome a él. Me abrazó mientras recuperaba el aliento. Hacía frío, pero sus brazos me calentaban. Aún sentía mucha aprensión, sin estar segura de si realmente quería ser padre o si solo había fingido sorprenderse felizmente cuando se lo dije. Su respuesta no había sido negativa, sin embargo, que era lo que yo había temido.

—Dan... —comencé, mirándolo. Él se apoyó sobre un codo y apartó el pelo de mis ojos.

—Sé lo que vas a decir. —De repente se puso serio, con los ojos fijos en mí.

—¿Lo sabes?

—Sí, vas a decir que no encajas. Que no formas parte de mi mundo. Vas a decirme que no perteneces aquí o que merezco algo mejor —se encogió de hombros—. Quizás digas que no me mereces o que perteneces a otro lugar, pero te equivocas, Emily. —Me besó la frente y me acurruqué contra su pecho. Iba a decir todas esas cosas porque las sentía—. Estoy enamorado de ti, con o sin bebés. —Su dedo presionó bajo mi barbilla y me obligó a mirarlo a los ojos—. Y no voy a permitir que nada se interponga entre nosotros.

Sentí que las lágrimas volvían a acumularse. —Pero ¿qué hay de Michael y Grace? Me despidieron. Quieren pagarme para que me mantenga alejada de ellos.

—Ellos estarán despedidos si no se adaptan a la situación. ¿Entendido? —Habló con un tono firme, uno que solo le había oído usar en el trabajo, y me resultó reconfortante. Sabía que lucharía por mí.

—Sí —dije, asintiendo.

—Y escúchame. Quiero hijos. Quiero cien hijos. Quiero lo que tú quieras, Em. —Su mano rozó mi pecho y bajó hasta mi vientre, donde acunó la creciente curvatura—. Los quiero contigo, y solo contigo. Nunca pensé que sería un buen padre, pero sé que si eres mi esposa, si eres la madre de mis hijos, todo irá bien. Me mostrarás lo que necesito saber. Lo haremos juntos.

—¿De verdad? —pregunté, sollozando, dejando que su tranquilidad me inundara como las olas del océano, llevándose mis miedos para siempre.

—Sí —dijo, besando mi frente—. Así que quítate de la cabeza que estoy enfadado contigo o que no te quiero, porque desde el primer momento en que te vi, fuiste lo único que deseaba. Eres la única mujer que he querido jamás. Te necesito en mi vida. Sin ti, no tendré nada.

Lloré durante unos momentos, y él secó mis lágrimas. Todo esto era abrumador después de semanas temiendo haberlo perdido o que me odiara. Charlotte tenía razón todo el tiempo. Si se lo hubiera dicho, habría terminado con mi sufrimiento hace semanas. La tortura me había llevado a la depresión a pesar de estar eufórica por la vida que crecía dentro de mí. Era más de lo que podía pedir.

—Mírame —dijo Dan, apretando mi cadera. Alcé la mirada hacia él, parpadeando para contener las lágrimas—. No quiero que vivas aquí más. Puedo respetar que quieras hacer las cosas por tu cuenta, labrar tu propio camino. Pero este barrio es peligroso. Este apartamento ni siquiera es habitable, Emily. Te vas a mudar conmigo. Te quiero en mi cama, en mis brazos y en mi vida para siempre. No acepto un no por respuesta. Estoy enamorado de ti. Necesito tenerte cerca.

Asintiendo, me incorporé y me senté junto a él. Tomó mi mano y besó un dedo tras otro antes de presionar mi palma contra mi vientre y cubriéndola con la suya. —Tú hiciste esto... —susurré, sonriendo suavemente mientras secaba más lágrimas con mi mano libre. Sentía su semen drenándose de mí y no me importaba.

Su sonrisa lo decía todo. —*Nosotros* hicimos esto. —Se inclinó hacia delante y besó mi estómago, luego se sentó junto a mí—. Y no

tienes que trabajar ni un solo día en tu vida. Te proporcionaré todo lo que necesites. Puedes ser una madre que se queda en casa, unirte a la asociación de padres, liderar el grupo de madres del fútbol... lo que quieras. —Se rió, pero yo negué firmemente con la cabeza.

—No. Eso no es lo que quiero. Me saqué un título porque quiero tener una carrera. Quiero utilizar mis habilidades y mi talento, Dan. No es que ser madre no sea lo mejor que me haya pasado, pero quiero hacer algo con mi vida. —Parecía sorprendido por cómo me había enfrentado a él, pero su rostro se suavizó y me acarició la mejilla.

—Entonces serás la mejor directora empresarial que el mundo haya visto jamás. Nos aseguraremos de que todos tus sueños se hagan realidad. —Hizo una pausa y añadió—: Pero sigues sin vivir aquí ni un segundo más. Recoge lo que necesites para los próximos días, y enviaré a alguien a por el resto. —Se bajó de la cama y dijo —: Ahora, indícame dónde está el baño.

Levanté el brazo, señalando hacia la puerta del pasillo, y él desapareció, sin vergüenza de caminar desnudo delante de mí. Acaricié mi vientre y sonreí, todavía emocionada. Nunca en mis sueños más salvajes había pensado que las cosas saldrían así. Daniel era todo lo que siempre había deseado y mucho más de lo que esperaba. Lo amaba más de lo que creía ser capaz de amar a alguien. Sabía que si mamá y papá llegaban a conocerlo, también lo querrían. Me haría la misión durante las próximas semanas de asegurarme de que mis padres supieran exactamente quién era Daniel Jacobs para mí y por qué.

32

DANIEL

Emily estaba nerviosa, podía verlo en sus ojos desde el momento en que sus padres cruzaron la puerta de mi casa. No habían sido más que insensibles con ella desde que habían llegado, y el hecho de que su hermana ni siquiera hubiera respondido a la invitación la había destrozado. Me senté junto a ella mientras avanzaba la cena, con mi personal sirviendo el delicioso menú que el cocinero había preparado para nosotros.

La madre de Emily se sentó a su lado, con su padre a la izquierda de su madre. Mi padre se sentó a mi derecha, mi madre a la derecha de él, y Nick y Ginny también se unieron a nosotros, sentados frente a Grace y Michael. Benjamin había declinado la invitación, pues ya tenía planes para la noche. Todos los que eran importantes para nosotros estaban aquí excepto Evelyn, aunque entendía que quizás estaba un poco avergonzada de verme de nuevo, dado el numerito que había montado.

—Así que eres emprendedor —preguntó mi padre al padre de Emily—. ¿Y has estado construyendo tu negocio durante más de una década y solo ahora empiezas a obtener un beneficio decente?

Apreté la mandíbula ante el obvio intento de mi padre de provocar una reacción del padre de Emily. Agradecí que el hombre fuera una persona de temperamento tranquilo. Se encogió de

hombros y dio un bocado a su filete, masticando cuidadosamente antes de responder.

—Empezar desde cero es bastante difícil sin inversores que te ayuden a despegar, pero lo conseguimos —la señora Kline sonrió educadamente a mi madre, que tenía una expresión de desagrado en la cara. No había dicho una sola cosa agradable hoy, y esperaba por el bien de Emily que mantuviera la lengua quieta. Sabía que mi madre podía ser muy verbal cuando estaba en desacuerdo con algo.

—Papá, creo que es honorable que el señor Kline haya trabajado tan duro para llegar a donde está hoy. No todo el mundo nace con una cuchara de plata en la boca —asentí hacia Tom y, aunque parecía receloso, me devolvió el gesto. Quería que entendiera que no consideraba a mi familia o a mí mismo mejores que él, a pesar de la ostentosa exhibición que mis padres estaban montando. Se habían arreglado en exceso para la ocasión, haciendo que la ropa informal de los padres de Emily pareciera harapos.

Nick intervino, hablando con la boca llena.

—Sí, construí mi empresa desde cero, aunque tuve inversores durante el proceso. Lo que hiciste requiere agallas —fue agradable escuchar a Nick respaldándome.

Las cejas de mi padre se elevaron y se encogió de hombros.

—Cada uno a lo suyo —pareció pensativo y luego continuó—. ¿Habéis estado alguna vez en la isla de Sanibel? He oído que es preciosa en esta época del año. Y después de una gran tormenta, puedes encontrar conchas de caracol por toda la playa —entrecerró los ojos mirando a Tom, y podría haberle dado una patada. Las personas con las que mi padre se relacionaba se enorgullecían de superarse unos a otros en todo: casas, coches, vacaciones.

—Papá, apenas creo que este sea el momento para...

—No, está bien, Dan —Emily me interrumpió y sonrió a su padre —. En realidad, nos gusta acampar. No hacemos vacaciones en apartamentos lujosos, así que pasamos mucho tiempo al aire libre. Hay un bosque nacional justo al sur de donde vivimos, y las rutas de senderismo son increíbles allí.

—De todas las... —resopló mi madre—. ¿Cómo podéis dormir al aire libre? Los bichos tienen que ser espantosos. ¿Y no hay criaturas

por ahí? Serpientes, lobos, ese tipo de cosas —su cara se arrugó en una mueca de disgusto, exactamente como sabía que ocurriría. Mis padres no tenían ni idea de lo que significaba la vida rústica, y no me sorprendería que pensaran que la familia de Emily era un grupo de vagabundos solo porque disfrutaban acampando en tiendas.

—Oh, te acostumbras a estar un poco sucia. Estar en contacto con la Madre Naturaleza es refrescante. Desconectarse de la tecnología y la sociedad de vez en cuando es muy beneficioso para la salud —sonrió Nancy, y Ginny intervino.

—Oh, me encanta acampar. Solía hacerlo de niña, pero Nick odia los bichos —se rio. Podía notar que estaba intentando tender un puente, y antes de que la situación se volviera más tensa, decidí iniciar la conversación real. Mamá y papá habían intentado separarme de Emily desde el instante en que supieron que me interesaba, y decirles que estábamos esperando los alteraría.

Me aclaré la garganta y me limpié la boca, dejando la servilleta sobre la mesa frente a mí. Con un gesto de confianza de Emily, me puse de pie y todos me miraron.

—Solo quería daros las gracias a todos por acompañarnos hoy a cenar. Sé que desde el principio, todos vosotros habéis tenido vuestras reservas sobre esta relación —miré a Michael, que todavía tenía el ceño fruncido.

—Bueno, cariño, yo... —empezó mamá, pero la interrumpí.

—Déjame terminar —fruncí los labios, desalentando su interrupción, luego continué—. Como decía, estamos agradecidos de que estéis en nuestras vidas. Esperaba que esta cena nos ayudara a todos a conocernos mejor. Así que déjame empezar dirigiéndome al señor y la señora Kline. Tom y Nancy, quiero mucho a vuestra hija —le tendí la mano a Emily, esperando que se uniera a mí, y lo hizo. Se puso a mi lado y me rodeó la cintura con el brazo, inclinándose mientras la sostenía a mi lado.

—Tenemos algo muy especial que contaros a todos, y espero que os entusiasme tanto como a mí. Señor y señora Kline, vosotros ya lo sabéis, y no puedo culpar a Em por contárselo primero a su madre —sonreí a Nancy y observé cómo su expresión se agrió. Frunció el

ceño y miró a mi madre. Continué sin importarme su reacción—. Emily está embarazada. Vamos a tener no uno, sino dos bebés.

Preparándome para las respuestas, miré a mi alrededor las caras angustiadas. La cara de Michael permaneció con un profundo ceño fruncido, pero Grace ofreció una suave sonrisa y un:

—Felicidades, Dan. Me alegro mucho por ti.

—¡Ooh! ¡Más bebés! —chilló Ginny. Se levantó de su asiento y rodeó la mesa para abrazar a Emily, y observé cómo las expresiones enfadadas de mamá y papá se desvanecían mientras veían a su nuera aceptar a la mujer de la que habían intentado mantenerme alejado durante tanto tiempo.

—¿Gemelos? —dijo Nancy, poniéndose de pie—. ¿Emily? No dijiste que fueran gemelos. —Nancy abrazó a su hija, y les di un minuto mientras mis padres y mi hermano permanecían estoicos, sin reaccionar en absoluto. Tom dio unas palmaditas en la espalda de Nancy y bajó la cabeza. No estaba seguro si estaba disgustado o simplemente asimilándolo todo. Emily y Ginny hablaron sobre estar embarazadas por un momento, y yo me mantuve al margen, esperando. Cuando Emily volvió a sentarse y todos estaban nuevamente en silencio, decidí que era el momento de hacer mi movimiento.

—Emily —dije, volviéndome hacia ella. Me miró confundida—. Sé que no esperabas esto, pero no podía pensar en un mejor momento para hacerlo aquí mismo, con las personas que más queremos rodeándonos. —Me arrodillé y saqué el anillo que había guardado en mi bolsillo más temprano. Ella se cubrió la boca, con lágrimas brotando instantáneamente en sus ojos.

—Cuando te conocí, pensé que eras posiblemente la mujer más hermosa que jamás había visto. No tenía idea de lo inteligente, divertida y cariñosa que eras también. Me enamoré de tu descaro y tu actitud. Y no quiero nada más que asegurarme de que cada día por el resto de tu vida, cada uno de tus sueños se haga realidad. ¿Quieres ser mi esposa?

Sostuve el anillo, y ella sollozó, riendo y asintiendo con la cabeza. Me rodeó con sus brazos y me estrechó en un fuerte abrazo. No me importó que mi madre pusiera los ojos en blanco o que mi padre

frunciera el ceño. Emily era lo único en el mundo que me importaba en ese momento. Y cuando me levanté y Nick estaba allí para estrecharme la mano, supe que todo estaría bien.

—Felicidades, Danny. Creo que Emily va a encajar perfectamente. —Apretó mi mano con fuerza y luego me rodeó con el brazo dándome palmadas en la espalda antes de dirigirse a Emily—. Quiero disculparme con ambos por la forma en que me he comportado antes de hoy. Solo cuido de mi hermano, eso es todo. Creo que vosotros dos seréis muy felices juntos.

—Gracias, Nick. Te lo agradezco. Creo que nos irá muy bien —le dije mientras regresaba a su asiento. Cuando se sentó, Emily y yo también tomamos asiento, pero hubo poca reacción del resto de la mesa. Emily no parecía importarle. Estaba con ojos soñadores y sonriente, así que inicié una conversación sobre fechas de boda y nombres de bebés que fue principalmente llevada por Grace, Ginny y Emily. Mis padres, Tom y Nancy permanecieron en silencio hasta que Grace se excusó, ofreciéndonos un abrazo antes de irse. Todos tomaron eso como su señal para terminar la comida y marcharse.

Mientras mamá usaba el baño y papá la esperaba, Emily y yo acompañamos a sus padres hasta la puerta. Nancy fue la primera en hablar, dirigiéndose directamente a Emily. Fue tenso para mí, así que solo podía imaginar cómo se sentía Emily mientras permanecíamos en el umbral.

—Emily, siempre he sabido que eras una mujer muy fuerte. Vas a ser una madre excelente. —Abrazó a Emily, luego me ofreció sus brazos a mí también—. Dan, gracias por amar a nuestra niña. Lamento que no confiáramos plenamente en la elección de Emily, y pido disculpas por cualquier sentimiento herido. —Cuando me soltó y se apartó, dijo—: Solo queríamos lo mejor para Emily, y ahora puedo ver que ella es muy feliz contigo.

Tom aún tenía el ceño fruncido, pero me estrechó la mano. Todo lo que dijo fue: —Si haces daño a mi hija, poseo tres escopetas y una membresía en la tienda de municiones. —Sospeché que esa era su manera pueblerina de decirme que estaba vigilando cómo trataba a Emily, y me reí entre dientes, pero él no se rió.

—Señor, no tiene nada de qué preocuparse. Emily es mi reina. Adoraré el suelo que pisa cada día por el resto de mi vida. —La mantuve a mi lado, y ella le lanzó un beso a su padre mientras se alejaba. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído, le pregunté a Emily—: ¿Estaba bromeando?

Ella soltó una risita y asintió. —Los padres son protectores, Dan. Es solo su manera de decir que te aprueba y que quiere que tengas cuidado conmigo. —Su mano se extendió sobre mi pecho, y notamos movimiento detrás de nosotros. Michael se acercó con una expresión tranquila por primera vez hoy. La forma en que se mantuvo me dijo que se sentía derrotado, como si finalmente hubiera ganado esta batalla y él estuviera agitando su bandera blanca.

—Mike... —Extendí mi mano hacia uno de mis amigos más antiguos, y él la tomó.

—Tengo que admitir, Dan, realmente pensé que esto era una mala idea. —Se volvió hacia Emily y dijo—: ¿Sin resentimientos? —Extendió su mano hacia ella, y ella la estrechó.

—Ninguno. Pido disculpas por la manera grosera en que mi hermana se entrometió en todo esto. —Se acurrucó a mi lado mientras Michael continuaba.

—Puedes, obviamente, recuperar tu trabajo. ¿Cómo podría decirle a Dan que su prometida no puede ser su asistente personal? Está claro que os queréis mucho. Realmente lamento haberme interpuesto en eso. Espero que seáis muy felices juntos. —Salió por la puerta, y Emily me sonrió con picardía.

Estaba confundido por esa sonrisa hasta que dijo: —Gracias, Mike. Y por cierto, no voy a devolver la bonificación por finiquito.

Michael se rió y gritó por encima del hombro: —Me aseguraré de que el director general sepa que tiene que maquillar los libros.

Ambos nos reímos mientras se alejaba, y Nick y Ginny se unieron a nosotros cerca de la puerta. Creía sinceramente que sin Nick recapacitando y disculpándose delante de todos, mis padres habrían montado una escena. Y la forma en que Ginny se comportó fue perfecta. Les debía mucho a ambos.

—Chicos, muchas gracias por venir. Realmente aprecio la forma en que nos defendisteis. —Abracé a cada uno de ellos, y Emily

también lo hizo.

—No puedo esperar para intercambiar historias de bebés contigo, Ginny —dijo Emily mientras abrazaba a Ginny. Podía notar que se llevarían muy bien, y nuestros hijos serían mejores amigos como primos creciendo juntos.

—Es genial conocerte, Emily. Dan me habló de ti, y simplemente supe que serías perfecta para él. Estoy tan feliz de que os vayáis a casar. —Ginny tomó la mano de Nick y lo arrastró hacia la puerta.

—¿Brunch la semana que viene? ¿Y después golf? —gritó Nick mientras ella lo arrastraba.

—¡No me lo perdería!

Nick y Ginny ya se estaban marchando cuando papá y mamá se unieron a nosotros en el umbral de la entrada. Esperaba que fueran civilizados, pero me sorprendieron gratamente siendo compasivos. Lo opuesto a cómo pensé que responderían.

—Daniel, Emily, ambos queremos que sepáis que apoyamos plenamente vuestro matrimonio y estos dulces bebés. —Mamá habló suavemente, retractándose de cada palabra que había dicho durante los últimos meses—. Tenía mis reservas y estaba equivocada, y se necesita ser una gran persona para admitir cuándo se equivoca. Así que lo siento por no admitirlo antes. —Incluso en su disculpa, tenía que hacerse quedar mejor que todos los demás, pero la acepté.

—Gracias, mamá.

—Hijo, todo lo que puedo decir es que estoy orgulloso de ti por mantenerte firme. Serás un excelente padre. —Papá asintió hacia Emily y dijo—: Bienvenida a la familia, señorita Kline. Seguro que te veremos mucho ahora. Espero que Daniel recuerde todo lo que le he enseñado.

—Gracias, señor y señora Jacobs. Ha sido un placer conocerlos. —Emily suspiró felizmente, y mamá y papá se excusaron sin mucho más que decir.

Nos quedamos allí en el umbral unos minutos más, y pude notar que algo todavía molestaba a Emily. La sacudí un poco y la guié hacia dentro de la casa. Ella caminaba lentamente, arrastrando los pies, y le pregunté: —¿Qué te pasa, cariño?

—Ojalá Evelyn hubiera venido a cenar. Creo que todavía está muy enfadada conmigo —se dejó caer en el sofá de mi despacho, y me senté a su lado.

—No te preocupes, Em. Ella cambiará de opinión. Nos aseguraremos de ello, ¿vale? —la besé, y ella se apoyó en mi pecho. No podía esperar para seguir adelante con nuestras vidas ahora. Los últimos meses habían sido una montaña rusa, pero yo estaba listo para algo de normalidad, y sabía que Emily también lo estaba. La vida con ella apenas comenzaba, y no podía esperar por cada segundo que nos quedaba por vivir.

33

EPÍLOGO

EMILY

Sostenía a Hunter contra mi pecho mientras mamaba con avidez, alimentándose por cuarta vez ya hoy. Daniel estaba sentado en el sofá con Willow en brazos, hablándole suavemente. Con menos de veinticuatro horas de vida, ambos bebés estaban sanos y felices, a pesar de haber nacido a las treinta y cinco semanas. Yo estaba agotada, cabeceando mientras esperábamos a que llegaran nuestros padres. Las enfermeras intentaron dejarme dormir anoche, pero con dos bebés y mi decisión de amamantar exclusivamente, no había pegado ojo. Sería un desafío, pero sabía que era la mejor elección que podía tomar para mis hijos.

—Pareces muy somnolienta, mamá —dijo Dan, manteniendo la voz baja.

—Lo estoy. Anoche fue duro. Imagínate cuando no tengamos un equipo completo de enfermeras para ayudarnos con los bebés llorando en mitad de la noche —me reí, pero él se lo tomó en serio.

—Lo que necesites, es tuyo. Si quieres que contrate algunas enfermeras o ayudantes para que se instalen en casa y te ayuden con las partes difíciles de la maternidad, lo haré. Solo tienes que decirlo —se levantó y caminó hacia mí. La cama doble era una bendición, no tener que separarme de Dan ni una sola noche. Era una nueva característica que el hospital había introducido para todos

los nuevos padres. Di una palmada en la cama y él se sentó en el borde, meciéndose suavemente con Willow acurrucada en sus grandes brazos.

—Ya veremos. Quiero intentar hacerlo por mí misma. ¿Sabes? —Hunter gimoteó, empujando mi pezón fuera de su boca, y capté la indirecta. Estaba satisfecho. Me volví a colocar el sujetador de lactancia y lo tumbé sobre mi regazo mientras me arreglaba el camisón del hospital.

—Me encanta que seas tan independiente, pero por favor, asegúrate de pedir ayuda y no agobiarte. No eres una supermujer —dijo, observándome mientras me arreglaba.

—¡Oh, sí que lo es! —Levanté la mirada para ver a mi madre de pie en la puerta, con papá detrás sosteniendo un montón de globos y flores. Tenía una sonrisa orgullosa en su rostro mientras entraba directamente, sin mostrar timidez a pesar de que yo estaba solo medio vestida.

—Hola, mamá —dije, subiendo las sábanas—, ven a conocer a tus nietos.

No tuve que decírselo dos veces. Se inclinó sobre la cama, emocionada, mirando a Hunter. Él se agitó y se removió, y lo cogí en brazos. —Es tan pequeñito —arrulló, dejando su bolso en el suelo—. ¿Puedo cogerlo?

—Por supuesto —se lo entregué—. Abuela y abuelo, os presento a Hunter Daniel Jacobs.

Lo cogió, poniéndolo inmediatamente sobre su hombro, y le dio palmaditas en la espalda. Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas mientras se dirigía a la mecedora en la esquina de la habitación y se sentaba.

—Es absolutamente perfecto —mamá se mecía, y papá dejó los globos y las flores en el mostrador al otro lado de la habitación antes de acercarse a besarme en la frente.

—Estoy orgulloso de ti, cariño —dijo, y luego caminó para inclinarse sobre el hombro de mamá.

—Gracias, papá —me acomodé mejor en la cama y noté otra cara sonriente en la puerta. Le di un codazo a Dan, y él se giró para mirar a sus padres mientras entraban. Había llegado a conocer

mejor a su madre cuando ayudó a la mía a organizar los planes del baby shower. Me caía realmente bien, a pesar de sus tendencias pretenciosas.

—Mamá, papá, pasad —se puso de pie y se giró, meciendo a Willow en sus brazos.

—¿Y quiénes son estos preciosos angelitos? —preguntó su madre, estirando los brazos para coger a Willow.

—Esta es Willow Grace Jacobs, y aquí tenemos a Hunter Daniel —era un padre tan orgulloso, anunciando sus nombres—. Hunter nació siete minutos antes que Willow, así que es el hermano mayor. Pero Willow pesó dos kilos cuatrocientos, y Hunter es un poco más pequeño. Pesó dos kilos cien al nacer, y ya ha perdido treinta gramos.

Mamá lo miró y negó con la cabeza. —¿Es eso normal? —preguntó, chasqueando la lengua—. ¿No estás teniendo problemas para dar el pecho, Emily? —me miró con preocupación, y yo descarté su inquietud con un gesto.

—El médico dijo que es totalmente normal que los bebés pierdan unos gramos cuando tienen su primera deposición —señalé a Willow —. Dan, deja que tu madre la coja —moví los dedos y él le entregó a Willow a su madre, luego se sentó de nuevo junto a mí.

—Es una muñeca, Daniel. Se parece mucho a Emily —su madre se sentó en el sillón junto a la mecedora donde estaba mi madre, y charlaron en voz baja sobre lo mucho que los gemelos se parecían a mí, mientras Dan permanecía de pie, hablando con su padre.

Sentí que la tristeza afloraba. No había hablado con Evelyn en meses. Después de la cena donde Dan me propuso matrimonio, solo me había llamado dos veces para hablar sobre cómo estaba llevando el embarazo, pero esas llamadas fueron cortas, la conversación forzada. Seguía disgustada porque hubiera decidido seguir adelante con una relación con Dan a pesar de todo lo que ella había intentado hacer para separarnos.

Jugueteé con un hilo suelto de la manta del hospital e intenté no mostrar mis sentimientos, pero papá se sentó en el borde de mi cama, tomó mi mano y la sostuvo. —¿Qué pasa, cariño? —preguntó, apretando mis dedos.

—Oh, ojalá Eve estuviera aquí. Esperaba que se pasara. No hemos hablado realmente, y la echo de menos. Quiero dejar todo esto atrás porque con vosotros viviendo tan lejos, voy a necesitar a alguien cerca que me ayude y me dé consejos.

—Bueno, tu madre está a solo una llamada de distancia. ¿Sabes? Y Evelyn entrará en razón. Ya verás —me dio una palmadita en la pierna y suspiró.

—Oh, querida, le dije a Evelyn que habías tenido a los bebés anoche. Me dijo que pensaría en venir a visitarte —el tono de mamá era alegre, como si Evelyn y yo no hubiéramos tenido una pelea. Daniel me dirigió una mirada tranquilizadora, pero él sabía cuánto me dolía el corazón por esto. Cuando Evelyn dejó de hablarme, una gran parte de mi vida se sintió vacía. Incluso Charlotte se había sorprendido de cómo había desaparecido.

Sin embargo, intenté aprovechar al máximo la visita, aunque antes de que nuestros padres se fueran, ya había cabeceado dos veces. Daniel colocó a los gemelos en su moisés y me dejó descansar un rato. Tuve una siesta inquieta, sin descansar bien en absoluto, y cuando desperté me sorprendió ver a Evelyn sentada en una mecedora sosteniendo a Willow. Daniel estaba sentado a su lado, hablando en voz baja.

—¿Eve? —pregunté, frotándome los ojos. No podía creer que realmente hubiera venido a visitarnos. Me sonrió y se levantó, acercándose a la cama mientras yo me esforzaba por sentarme. Me dolían muchísimo los pechos, llenos de leche y listos para amamantar si los bebés se despertaban.

—Em, son absolutamente perfectos. Dios, ya estoy completamente enamorada —empujó mis rodillas para hacerse sitio y se sentó junto a mí, de cara a mí—. Lo siento mucho por haber estado tan incomunicada.

Me froté los ojos otra vez y bostecé. —Está bien. Creo que ambas necesitábamos tiempo para procesar... —miré a Daniel, que parecía tranquilo, dada la situación. Esperaba que todavía tuviera algún tipo de enfado residual por lo que Evelyn intentó hacernos, pero parecía lo bastante feliz de tenerla aquí de visita.

—Mirad, necesito pediros perdón a los dos —miró a Dan y luego a mí—. No debería haberme entrometido. Simplemente no quería que cometieras el mismo error que yo —sus ojos parecían tristes. Noté la hinchazón y me pregunté si habría estado llorando.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, preocupada.

—Quiero decir que no soy feliz en mi matrimonio. No lo he sido desde el principio. Él es muy exigente cuando está cerca, si es que consigo pasar algo de tiempo con él. Simplemente odiaba la idea de que te quedaras atrapada en una relación sin amor. Estaba realmente preocupada de que Daniel solo te estuviera utilizando, y no podía soportar ese pensamiento.

—Eve, nunca supe que estabas pasándolo mal. Lo siento mucho por no haberme dado cuenta —extendí la mano y la posé sobre su rodilla, y ella dio unas palmaditas en la espalda de Willow—. ¿Es grave?

—Sí, honestamente. Voy a solicitar el divorcio, pero significa que tendré que volver a casa, y no estoy segura de cómo funcionará eso con la custodia y todo lo demás.

Pensé en la pequeña de Eve y se me partió el corazón. Necesitaría a ambos padres cerca, incluso si su padre no fuera una gran influencia. Era una de las razones por las que sabía que, aunque Dan y yo no hubiéramos funcionado, me habría quedado en la ciudad. Los niños necesitan a sus padres.

—Bueno, entonces es perfecto —Daniel dio una palmada en sus rodillas y se levantó, acercándose a la cama. Apoyó su mano en la barandilla lateral. Pensé que el comentario era un poco insensible hasta que continuó—. Emily acaba de decir lo complicado que será tener dos bebés. La falta de sueño, un horario de alimentación de locos —miró directamente a Evelyn—. Eres bienvenida a vivir con nosotros todo el tiempo que necesites para recuperarte. Emily necesita tener a su hermana cerca, y tú y tu hija tendréis un lugar seguro para recuperaros y crecer.

Los ojos de Evelyn se llenaron de lágrimas. Me miró y luego se volvió hacia Daniel. —¿Harías eso después de todo lo que te hice pasar?

Él sonrió y asintió. —Eres familia. Y créeme. Mi madre me ha hecho pasar por cosas peores —se rió—. Eres bienvenida cuando quieras.

Evelyn lloró, con lágrimas goteando sobre la manta de Willow. Se disculpó y me la entregó justo cuando estaba despertando y buscando comida. La acerqué a mi pecho, llena de tanto amor y esperanza por mi futuro. Daniel tenía razón. Todo había salido de la mejor manera posible, incluso cuando yo temía lo peor. Estaba triste porque el matrimonio de Evelyn probablemente había terminado, pero estaba encantada de que volviera a hablarme, y tenerla viviendo conmigo era la mejor solución para ambos problemas.

—También voy a necesitar ayuda para planear una boda, así que tener a mi dama de honor viviendo conmigo es una ventaja añadida —dije, guiñando un ojo. Evelyn asintió, sonriendo a través de sus lágrimas.

—¿Soy la dama de honor? —preguntó, y yo asentí.

Mientras un matrimonio terminaba, uno nuevo comenzaría, y este sería un amor para toda la vida. Miré a Daniel, tan enamorada, y él besó mi frente. No podía esperar a ser su esposa y llenar su casa de niños. Y no podía ser más feliz de que mi familia finalmente estuviera completa.